

HELENA SIVIANES

EMPEZAR OTRA VEZ

Cuando un libro puede cambiarlo todo



Titulo original: Empezar Otra vez
Publicado en San Juan de Aznalfarache (Sevilla), 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Ni parte ni la totalidad de la obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier formato electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro medio sin consentimiento del autor.

ISBN-13: 978-1534835146

ISBN-10: 1534835148

Autor: Helena Sivianes Sánchez

Portada: China Yanly

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura casualidad.

Contenido

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[Epilogo](#)

Para ti, Jesús, por aguantar mis
horas delante del ordenador
Para mis princesas,
por ser mi inspiración de cada día.

Prólogo

Ya están en mi ventana, por fin voy a mi primera fiesta. Sí, solo tengo 15 años, soy una niña, soy buena en mis estudios, pero soy siempre la idiota que se queda encerrada en casa estudiando. Todas mis amigas van y esta vez yo no voy a ser menos.

—Maggie, venga. Baja ya —decían mientras tiraban piedrecitas contra mi ventana.

Era una preciosa noche de primavera. Me puse la chaqueta porque no quería que se viera mi precioso vestido hasta no llegar a la casa donde se hacía la fiesta. Por una vez me gustaba que mi apariencia diera la impresión de que era mayor. Era más alta que la media y, aunque no era delgada, sé que tenía unas curvas bonitas y los pechos de mayor tamaño que los de mis compañeras de clase. Siempre vestía ropa deportiva porque no me gustaba llamar la atención

—Voy, voy, ... ¡qué vais a despertar a mis padres! ¿No os basta haberme convencido para ir?

Ahora sé que esa noche me debería haber quedado en casa, no recuerdo nada hasta que desperté en el hospital. Mi ropa estaba totalmente destrozada y escuchaba llorar a mis padres mientras hablaban con el médico.

—¿Por qué a mí pequeña? Solo es una niña —sollozaba mi madre mientras mi padre le masajeaba la espalda con la mirada perdida.

Me dolía todo el cuerpo y no entendía el porqué. Era algo extraño, no podía moverme, algo me pasaba. Tampoco conseguía abrir los ojos del todo y no tenía muy claro si de verdad estaba despierta o era una estúpida pesadilla.

Entonces lo empecé a ver todo algo más claro, tenía máquinas enchufadas, una vía en el brazo, la ropa destrozada que creía llevar puesta y no estaba, llevaba un camisón de hospital, notaba el olor a medicinas que impregnaba el lugar. Sí, algo malo había tenido que pasarme, pero no recordaba nada.

Empecé a pensar lo que había hecho esa noche. Llegué a la fiesta, recuerdo que la música estaba muy fuerte y que, nada más entrar, un vaso de plástico acabó en mis manos, era un líquido rojo, dulce, entraba de escándalo y el vaso nunca se vaciaba.

Todo empezaba a cobrar sentido, ahora sí que el dolor empezaba a ser más intenso ¡Joder! ¿Qué me había pasado? ¿Qué me habían hecho?

El viaje había sido largo y era la decisión más complicada de nuestras vidas, pero necesitábamos empezar de cero. Una nueva ciudad, nuevos amigos, nueva universidad y un pasado complicado, pero tenía que ser fuerte, debía ser fuerte si quería salir adelante de la mejor manera posible.

Llevaba aquí las dos semanas más intensas de mi vida, pensé que no sería tan fácil encontrar universidad.

Tras darle muchas vueltas me decidí a realizar el pregrado en la universidad de UCLA. No iba a ser barato, pero tenía muy claro que terminaría mis estudios y qué mejor manera que haciendo lo que más me gustaba, escribir.

Ahora venía la parte difícil, explicarle a mi madre que la universidad estaba a más de una hora de casa y había decidido buscar habitación en la residencia de estudiantes. Ya que me tocaba ser una chica americana de nuevo, iba a vivir el sueño americano con todas las letras.

Me había recorrido todas las librerías de Los Ángeles cercanas a la universidad, tenía que encontrar un trabajo para no tener que estar viviendo siempre de ella. No es que nos hiciera falta el dinero, todo lo contrario, mi madre tenía un buen trabajo y mi padre nos había dejado una buena herencia porque había trabajado muy duro toda su vida. Siempre que pensaba en él, las lágrimas se acumulaban en mis ojos solo de recordar que ya no estaría más con nosotras.

—Margaret ya he llegado a casa, ¿cómo te ha ido el día? —Sé que estaba pasándolo igual de mal que yo, pero su voz nunca dejaba de sonar feliz.

—¡Mamá, estoy en la cocina! —grité con la misma efusividad—. La cosa ha ido genial, ya tengo asegurada mi plaza —era el momento de soltarle la bomba— y he conseguido también una plaza para la residencia de estudiantes en el campus, así que solo me falta el trabajo.

—Pero... pero hija, no estás tan lejos de casa, podrías comprarte un coche. —La voz le bajó varios tonos. Sé que no le hacía gracia, pero que respetaría mi decisión.

—Lo sé, mamá, pero si consigo un trabajo será más cómodo tenerlo todo a mano y sí, me compraré el coche, así podré estar aquí más a menudo, no creas que te vas a librar tan rápido de mí —dije animada para que supiera que nunca la dejaría sola.

Se colocó el delantal y empezamos a preparar la cena juntas, hoy estábamos inspiradas, unos tacos mejicanos y unos mojitos sin alcohol.

Después de cenar estuvimos charlando y viendo la televisión hasta que el sueño empezó a ganar la batalla y decidimos que era hora de irse a dormir.

—Ummm... con lo bien que se está en la cama y ahora suena el móvil. —Miré el despertador y eran las 8 de la mañana. ¡Joder quién sería!

—¿Hola?

—Buenos días, ¿Margaret Clay? Soy Nicole de la librería Myles's. —Su voz era suave, pero a la vez exigente.

—Sí, soy yo, ¿en qué puedo ayudarle? —Crucé los dedos deseando que fuera una oferta de trabajo hasta que se me pusieron morados por la falta de riego sanguíneo.

—Nos gustaría saber si se podría pasar hoy por nuestra librería para una entrevista de trabajo, ¿a las once le iría bien?

—¡Sí, claro! Allí estaré.

Sí, parecía que todo estaba saliendo a pedir de boca. Tenía universidad, plaza en la residencia del campus y una entrevista. ¡No podía creérmelo!

Me di una ducha rápida antes de plantarme delante del armario para decidir qué ponerme. Opté por un pantalón de lino beige, una camisa marrón con unos pequeños volantes delante y unas bailarinas a juego. Quería sentirme cómoda y formal sin que llegara a ser excesivo.

Un poco de máscara de pestañas, coloretes, brillo labial y lista para emprender esa nueva aventura.

Faltaba una hora y media para la entrevista y la librería estaba a una hora en coche. Tenía que salir rápido y la única forma de llegar a tiempo era que mamá me llevara, así que le grité a pleno pulmón que necesitaba que me acercara y no sé cómo no se calló de la cama del susto.

Llegué a mi primera entrevista de trabajo y aún faltaban veinte minutos para que fuera la hora. Esperaba que la experiencia fuera perfecta porque quería tener todo mi tiempo cubierto, quería empezar de cero y la vida me estaba dando otra oportunidad. Aunque me llegara después de la muerte de mi padre, no pensaba dejarla escapar.

Cerca había un Starbucks y decidí tomarme un café con mi madre para que el tiempo pasara algo más rápido, no quería parecer desesperada por la oportunidad que me estaban dando al llegar con tanto tiempo de antelación.

—Cariño sabes que no te hace falta el trabajo. Gracias a Dios tenemos nuestras necesidades cubiertas. —Sé que respetaba mi decisión, pero eso no significaba que intentara disuadirme de ella.

—Mamá, sabes tanto como yo que necesito esto, quiero empezar de cero. Si no, no lo haría. —Me encantaba la sinceridad que siempre compartíamos. Bueno, siempre no, desde hacía cuatro años.

—Lo sé, Maggie, y sé que lo vas a hacer genial, déjalos con la boca abierta. —Me agarró la mano y me dio un apretón dándome las energías que en ese momento necesitaba.

Me levanté, le dediqué mi mejor sonrisa y salí de la cafetería. Ya estaba en la puerta de la librería Myles's, solo tenía que demostrar lo que valgo y conseguir ese trabajo. Estaba a quince minutos andando de la universidad, era perfecto y, si me habían llamado para realizar una entrevista con tan poco tiempo de reacción, es porque algo les habría gustado de mi currículo.

La librería era impresionante, hermosa, enorme y a la vez acogedora. Me recordaba a esas películas clásicas donde salen esas maravillosas bibliotecas con estanterías hasta el techo, con mesas entre las estanterías para poderte sentarte con comodidad y perderte en un libro. El olor a papel, tanto nuevo como viejo, impregnaba mis fosas nasales, luz tenue, música clásica de fondo, era impresionante. Sí, haría todo lo que estuviera en mi mano, esperaba conseguir el trabajo porque ese era el sueño de cualquier apasionado de los libros como era yo.

Venga Maggie, ya solo quedan cinco minutos y divagas en esta maravillosa librería, así que anda hacia el mostrador y preséntate, pensé para mí misma.

—Hola... Soy Margaret Clay. Venía a una entrevista, me ha llamado Nicole... —¡Vaya! No sabía su apellido.

—Hola, señorita Clay. Siga hasta el final del pasillo y allí encontrará una pequeña salita. La señorita Méndez ahora mismo la atenderá.

La chica del mostrador era muy guapa, tenía la típica pinta de bibliotecaria con sus gafas al borde de la nariz, pero unos impresionantes ojos verdes, pelo cobrizo ondulado y unos labios carnosos hacían que se notara que arreglada tenía que ser un bellezón.

No dejaba de mirar a todos lados porque aquella librería era una maravilla. Si no fuera por lo nerviosa que estaba me hubiera parado en cada una de las estanterías a mirar los lomos y portadas de cada libro. El pasillo por el que iba pasando era una sección de libros antiguos, seguro que había más de una rareza de precios incalculables.

Llegué a la salita y ni me dio tiempo a observarla. Sólo vi un pequeño sofá en el lateral derecho con una mesita delante y un jarrón con preciosas margaritas amarillas. No pude ver más porque la puerta que tenía delante de mí se abrió.

Salió una mujer esbelta, con pelo tan rubio o más que el mío recogido en una cola alta. Vestía una falda con vuelo de color verde hierba, una blusa amarilla y unos zapatos de tacón. Se acercó hasta mí y me tendió la mano.

—Buenos días, señorita Clay. Soy Nicole Méndez, hemos hablado esta mañana por teléfono. Si me acompaña podremos empezar con la entrevista.

Así me gustaba a mí la gente, directa y al grano, para qué andar con rodeos. Estaba más que preparada para lo que quisiera preguntar, sólo llevaba dos semanas en los Ángeles y tuve que organizar muchas cosas, pero la entrevista había sido una de ellas.

—Gracias por recibirme. Por favor, llámame Margaret.

—De acuerdo, siempre que recuerdes que me tienes que llamar Nicole.

Sí, eso era una buena señal. ¡Yo podía con aquello!

Entramos en la oficina que había tras la salita. Era pequeña pero acogedora y, como toda la librería, esta también tenía las paredes forradas de libros, exceptuando la que tenía frente a mí porque era un enorme ventanal que la ocupaba de lado a lado y del techo al suelo. Por él entraba una maravillosa luz para perderse horas y horas entre páginas de libros. Frente al ventanal había una enorme mesa de caoba repleta de papeles y justo en el centro mi currículo.

¡Joder! Mal momento para que los nervios hiciera aparición, eso no era bueno porque se me suelta la lengua y mi lenguaje suele ser muy vulgar cuando pasan estas cosas. En algo se me tenía que notar que he pasado mis últimos trece años al sur de España con la alegría andaluza.

—Bueno pues empecemos, esto va a ser rápido, no te preocupes. Sólo necesito que respondas a un par de preguntas y habremos terminado.

—Sí claro. Sin problema, ¿qué necesita saber? —«Venga sabes que lo puedes hacer Maggie», me daba ánimos mentalmente.

—Veo que has pasado prácticamente toda tu vida en España, tu acento te delata. También cuentas que has llegado hace solo un par de semanas a Los Ángeles y que te acabas de matricular en Literatura en UCLA. ¿Por qué te gustaría trabajar con nosotros?

—Me encantan los libros, leo de todo, se podría decir que soy una adicta a la lectura. Siempre he tenido uno entre las manos, mi ilusión es que algún día esos relatos que siempre llevo emborrionados en mis cuadernos se hagan realidad y los pueda ver rodeados de maravillas literarias como las que hay aquí. —¡Vaya! Esa era fácil, tenía muy claro mi futuro y sabía qué respuesta dar para expresarlo.

—Muy buena respuesta. —A ella también le gustó mi contestación y di saltitos de alegría en mi interior—. Tenía preparada una segunda pregunta, pero creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien, así que te explico cuáles son las condiciones. —¡Sí, sí, sí! Me va a ofrecer el puesto de trabajo—. Aquí ofrecemos puestos de becarios para estudiantes, no es un sueldo muy grande, pero suele ser el necesario para cubrir los gastos mínimos que puede causar la universidad. Queríamos contratar a alguien que no fuera de la zona, que trajera un nuevo punto de vista a esta pequeña librería y tu currículo cayó en mis manos.

—Sí, lo acepto, no hace falta que me explique mucho más. —Ahí estaba mi ímpetu andaluz. Esperaba no haber metido la pata porque el bote que acaba de dar en el sillón delataba mi ilusión.

—Vale, perfecto. Pues ahora solo queda que nos pases tus horarios de clases para que podamos cuadrar tus turnos de trabajo. Sé que aún quedan dos meses para empezar las clases, pero... ¿te gustaría empezar mañana en Myles's?

Mamá y yo salimos a comer fuera, teníamos que celebrar que al día siguiente empezaba a trabajar. Lo haría por la tarde, solo dos horas para que me explicaran cómo iba el funcionamiento, así que por la mañana iríamos a un par de concesionarios a buscar un coche porque no podía tener a mi madre llevándome todos los días hasta que empezaran las clases. Es cierto que tenía muchas libertades en su trabajo, es el privilegio que tiene por ser una de las mejores gerentes de la empresa de vigilancia española que se abría camino ahora en Estados Unidos, por eso nos fue tan fácil mudarnos y dejar atrás tan doloroso pasado.

Un precioso Fiat 500 celeste, me enamoré nada más verlo. Estaba prácticamente nuevo y mi madre no me dejó ni preguntar el precio, sólo necesito ver la expresión de mi cara para comprarlo, dijo que era mi regalo por lo bien que lo llevaba todo.

Sí, ya había conseguido todo lo que me había propuesto: universidad, trabajo y coche. Sólo nos quedaba llegar a casa rápido porque ya eran las doce, teníamos que comer y a las 4 tenía que estar de vuelta para empezar a trabajar.

Fue una maravilla conducir el coche hasta casa. ¡Dios, la cosa iba bien! La suerte me estaba sonriendo después de la tragedia vivida hacía tan solo un mes.

Por la tarde hacía más calor, pero era soportable. El verano en Los Ángeles no tenía nada que ver con el que yo estaba acostumbrada, ahora entendía por qué se

usaban tantas faldas. Me decidí por un vestido por las rodillas, color verde suave con pequeñas flores rosas, mis bailarinas a juego. El pelo trenzado hacia un lado y un poco de maquillaje. En el asiento del copiloto llevaba una pequeña rebeca negra, seguro que cuando saliera de mi primer día de trabajo ya estaría anocheciendo y el frío se notaría.

Llegué a la librería cuando faltaban quince minutos, quería ser puntual y si llegaba antes mejor. Mi pequeñín se portó como un campeón en el camino de casa a Myles's y yo no cabía en mí de felicidad. Me paré en la puerta de la librería sin saber exactamente qué trabajo iba a desempeñar, pero segura de que sería mejor de lo que me pudiera imaginar porque sabía las maravillas que había en ese precioso lugar.

—Señorita Clay, me alegro de verla otra vez. Ayer no me pude presentar, soy Marian White, pero llámame Mimi, lo hace todo el mundo. —Esa chica me gustaba, era pura alegría—. Nicole me dio ayer la noticia. Bienvenida a la familia Myles's.

—Vale, yo te llamaré Mimi siempre que tú recuerdes que mi nombre es Maggie. —Le guiñé un ojo en señal de complicidad, quería que supiera que me había ganado con su primera sonrisa.

—Perfecto Maggie, hoy me encargaré yo de ti. Así que, si me acompañas, te enseñaré todas las secciones de nuestra maravillosa librería.

¡Ni que lo digas! Me enseñó todos y cada uno de los rincones, la sección de novelas de ficción, literatura clásica, libros extraños, novelas románticas, zona que memoricé bien porque seguro que alguno compraría. Además, la librería tenía una sección de préstamos de libros con un pequeño salón de lectura y máquinas dispensadoras de bebidas y comidas, estaba todo muy bien pensado.

Pasamos las dos horas dando vueltas y disfruté como un niño con zapatos nuevos. Lástima que pasaran tan rápidas. Mi tarea los primeros días sería la de colocar la mercancía que llegaba en su sitio correspondiente, así iría haciéndome con el lugar y familiarizándome con su organización.

Mimi tuvo que irse a su puesto de trabajo porque ya no podía entretenerse más conmigo, estoy segura de que ya se había pasado de su tiempo, pero con la conversación se nos fue volando. Es lo que ocurre cuando hablas de algo que te gusta con alguien que sabes que lo disfruta igual que tú.

Y de repente me quedé paralizada. Tuve una sensación rara, como si alguien me observara. Estaba en la sección de préstamos, con un ejemplar de Cumbres Borrascosas en mis manos y miré a todos los lados, pero no había nadie. Solté el libro en su sitio y salí todo lo rápido que pude de allí. Sí, lo confieso, soy algo miedica.

Caminé hasta el mostrador para preguntarle a Mimi qué más podría hacer y otra vez esa sensación se apoderó de mí. Me giré y detrás de mí había un chico con pantalones vaqueros negros, zapatillas deportivas y una sudadera con la capucha del mismo color echada sobre su cabeza. Miraba al suelo, sólo podía verle un mechón rubio que caía por su frente y una perilla bien perfilada.

—Maggie, chica, ¿aun sigues aquí? —La voz de Mimi me hizo girarme nerviosa—. Cuando quieras puedes irte y mañana volver a la misma hora, Nicole me ha dicho que no te preocupes si no os veis, que sabe que conmigo estarás en buenas manos.

La escuchaba hablar, aunque mi mente seguía en la persona que tenía detrás. Miré despacio, pero ya no estaba.

—Gracias Mimi, el tour que hemos hecho ha sido fantástico, estoy deseando volver mañana.

Ahí empezaba mi vida o eso esperaba.

Mi primer mes de trabajo estaba siendo impresionante. Todos los días iba a la librería, incluso llegaba antes para leer Cumbres Borrascosas durante una hora. Conocí a todos mis compañeros de trabajo: Mimi, Nicole, el señor Myles, que era un cielo de hombre con ya más de setenta años y un espíritu muy jovial, Marc, otro becario como yo que también asistiría a UCLA aunque no compartiríamos ninguna clase ya que él terminaba su pregrado ese año, aun así se comprometió en enseñarme todo lo necesario de la universidad.

—Maggie te va a encantar la universidad siempre que sepas con quien te juntas. —Era un chico muy sincero—. Nunca olvides lo que quieres en todo momento, hay almas corruptas que intentarán sacarte de tu camino. —Su sonrisa era pura energía cuando hablaba.

—Siempre dándome esperanzas, Marc. —Reí fuertemente mientras me enroscaba el mechón que me rozaba la mejilla—. Sé que tú eliminarás la mala hierba de mi camino.

Los días pasaban rápidamente, estaba deseando comenzar las clases y lo preparaba todo con rapidez para cuando me fuera asignada la habitación de la residencia. Mi madre no escatimó en gastos, me ayudó a preparar muchísima ropa, incluso sudaderas y camisetas de la universidad y varios vestidos que no quería usar porque eran de fiestas y yo iba para estudiar. Ya tuve mi fiesta hace años y no quería volver a una a no ser que fuera algo necesario.

Había una cosa que no lograba quitarme de la cabeza desde el primer día que empecé a trabajar, ¿quién era ese chico que me observaba en la librería? No volví a verlo desde aquella vez, aunque la sensación de cosquilleo la tenía casi a diario.

Por fin llegó el día en que todo empezó a encajar, el día que se me asignaron mi habitación en la residencia. Nueva vida, nuevos amigos, si es que alguna vez tuve alguno de verdad.

Mi habitación se encontraba en la primera planta y el número me encantaba, el trece. No era nada supersticiosa, así que sabía que me traería suerte.

Mi madre quiso acompañarme, pero le pedí que me dejara instalarlo todo primero. Sabía que estaría siempre que la necesitara, pero necesitaba hacer esto por mí misma. Ella era lo mejor que podía tener después de lo ocurrido hacía ya varios años, podría haber sido más protectora, pero no, me ofreció la confianza que necesitaba para seguir adelante.

Estaba frente a la habitación con la llave en la mano, no sabía qué hacer, entrar, llamar... ¡Dios! ni siquiera sabía si tendría compañera de habitación asignada o estaría sola en aquel lugar. Me armé de valor, abrí con mucho cuidado la puerta y entré en la que sería mi nueva "casa".

No es que fuera muy grande, pero era perfecta, dos camas individuales al fondo con dos escritorios a cada lado junto a dos armarios, detrás de la puerta de entrada había otra que daba a un pequeño aseo. ¡Ufff, qué alivio! Nada de baños compartidos, eso era un avance.

Observé que no había nadie en la habitación y tampoco nada que diera a entender que nadie, excepto yo, la ocupaba por ahora. Así que decidí quedarme con la cama de la izquierda, me encantaba dormir girada hacia ese lado siempre que lo que viera fuera una pared y además tenía a los pies de la cama el baño.

Puse mi maleta sobre la cama y empecé a vaciar su contenido sobre mi cama para organizarlo todo. Llamaron suavemente a la puerta, me giré y vi cómo empezaba a abrirse poco a poco.

Una chica bajita, pelirroja y con unos ojos verdes impresionantes entró en la habitación. Su cuerpo, aunque menudo, era impresionante, no había ni una curva de más.

—¡Hola! —gritó con efusividad—. Tú debes ser mi compañera de habitación, soy Megan. —Tendió la mano para saludarme.

—Hola, yo soy Margaret, aunque puedes llamarme Maggie, ya que vamos a estar mucho tiempo juntas ¿no? —Esa chica tenía algo que me gustaba y solo había cruzado una frase con ella.

—Me encanta tu nombre, a mí puedes llamarme Meg. ¡Vaya! Esto es impresionante. —Extendió sus brazos como si pudiera abarcar toda la habitación—. Perdona, estoy muy ilusionada con todo esto, me imagino que será la alegría de la novata.

—No te preocupes, a mí me pasa igual, también soy nueva aquí y me encanta compartir la experiencia con alguien que sepa tan poco como yo.

¡Bien! La suerte cada vez me sonreía por momentos. Dice el refrán que no hay mal que por bien no venga y conmigo se cumplía por ahora.

Pasamos la mañana organizando la ropa, hablando de dónde proveníamos, incluso averiguamos que teníamos muchas clases en común. No podía creer que la suerte siguiera sonriéndome de aquella manera.

Al día siguiente decidimos madrugar, ir a desayunar al bar de la residencia y asistir juntas a nuestra primera clase.

El día pasó súper rápido hasta que sentí de nuevo aquella sensación que me invadía en el trabajo, el cosquilleo empezó en mi cabeza, pasó por mi cuello y me recorrió la espalda. Instintivamente agarré el mechón que siempre se me soltaba y acariciaba mi mejilla y empecé a jugar con él. Paseé mi mirada por la entrada del edificio, sabía lo que buscaba, ese chico que vi mi primer día de trabajo en Myles's.

Nada me había hecho sentir esa sensación, algo me decía que provenía de él y de repente ahí estaba, apoyado sobre un coche clásico oscuro, tan oscuro como su ropa. Vestía otra vez vaqueros oscuros, esta vez llevaba botas militares y una sudadera del mismo estilo con la capucha echada sobre su cabeza. En el momento en que mis ojos se clavaron en él, levantó la vista y me miró, fue una mirada intensa incluso desde la distancia a la que nos encontrábamos.

Se separó del coche y empezó a avanzar hacia mí, no era capaz de moverme. Las piernas no me respondían, sólo lo veía caminar hacia donde estaba, decidido, sin apartar sus ojos de mí. Solo sentía un escalofrío que me recorría el cuerpo y un tirón de mi pelo, tenía que soltarme el mechón antes de hacerme daño yo sola. ¡Dios! ¿qué me ocurría?

Llegó a mi lado justo cuando conseguí soltarme el pelo y agarró mi muñeca.

—Me gustaría saber lo que sentirías si yo fuera quien agarra ese mechón mientras saboreo tus labios —soltó esa frase sin ningún titubeo haciendo que me temblara todo el cuerpo—. ¿Me dejas probarte?

¡Joder! El escalofrío y el temblor que me azotaba se concentraron en un punto bajo mi vientre. No conocía de nada a este chico y hacía que me sintiera excitadísima. Agradecí que una voz familiar me sacara de aquel estado porque necesitaba apartarme de él.

—Maggie. Aquí estás, llevo un rato buscándote. —Era Meg que se acercaba con paso decidido hacia mí y tenía una mirada rara. En ese momento el chico misterioso me soltó la muñeca, se apartó, volvió al coche, se subió y se marchó sin dedicarme una sola mirada—. Chica ¿qué haces con Trent? Te recomiendo que no te acerques a él. —Sus palabras eran pura advertencia.

—Yo... yo no sé quién es. Se me acercó él, no sé qué acaba de pasar —dije con toda la sinceridad que pude, aún me temblaba todo el cuerpo.

—Estudia aquí también y, aunque intente pasar inadvertido, se sabe de sobra de qué palo va. Es un mujeriego, no es de fiar y no te recomiendo que lo trates mucho. Mejor dicho, te recomiendo que no lo trates nada. —¡Joder! Se estaba poniendo más que seria, tenía que preguntarle el porqué.

—Me pierdo, ¿qué es lo que pasa Meg? Se ve que es raro, además lo que me ha dicho no ha sido muy normal que digamos. —La voz me temblaba más de lo que yo quería.

—Lo que es raro es siquiera que se haya acercado a ti, no eres su tipo. No me malinterpretes, eres envidiablemente preciosa, pero demasiado joven para él por lo que he oído. —¡Qué cojones me estaba diciendo esta chica!—. Sabes que mi hermano se licenció el año pasado y, aunque soy novata, he paseado muchas veces por esta universidad y su fama le persigue. Este sólo es su segundo año, sin embargo, se le conoce muy bien. Le van las maduritas, chica. Además, que es bien sabido que no pasa más de un par de noches con cada una.

—Bueno, pues eso me deja en mejor situación, ¿no crees? —Pues si le gustan las maduras por qué me habrá dicho eso—. De todas formas, yo he venido aquí

para estudiar y crearme un futuro, no para ser el capricho de nadie.

Creo que eso último lo dije con muy poca seguridad. Ese chico tenía algo, no sé qué, pero quería descubrirlo.

Por la tarde me dirigí a la librería, tenía que desconectar, soltar la tensión que me abarcaba todo el cuerpo. No sé por qué una simple frase, un contacto, había hecho que me sintiera así. Era una sensación nueva para mí. En el pasado sentí cosas por otros chicos, pero esto era completamente diferente.

¡Joder! Ahí estaba otra vez esa sensación. Trent, como lo había llamado Megan estaba aquí, cerca de mí y, de repente, lo sentí. Estaba tras mi espalda, puso sus manos sobre mis hombros y yo no sabía qué hacer.

—Sé que lo sientes igual que yo, pequeña. Me atraes como la luz a una polilla, intenté alejarme de ti durante estas últimas semanas, pero como ves, me es imposible —me lo susurró todo al oído y su cálido aliento hacia que me perdiera en su voz—. Gírate. —Fue una orden—. Me gustaría verte.

Él me ayudó a girarme y ahí estaba. Esta vez podía verle la cara, llevaba la cabeza despejada, no llevaba la sudadera puesta y podía ver que su pelo apenas le llegaba a los hombros. Se había recortado la perilla que apenas pude ver la otra vez, su nariz era fina, pero iba totalmente acorde con la perfección de sus pómulos, unos labios delgados, pero a la vez más que apetecibles.

No sé por qué acababa de pensar en eso y allí estaba mi mano agarrando nuevamente el mechón.

Sus ojos eran de un azul intenso y su mirada me tenía cautivada y anonadada hasta que volvió a hablar.

—Sí, veo que lo sientes igual que yo.

Me cogió de la mano y me llevó por los distintos pasillos de la librería, estaba dejando que me guiara, sentía que con él estaba segura.

Llegamos a la salita donde esperé la primera vez a Nicole para la entrevista de trabajo. Esta vez no entré en la oficina, me llevó a una puerta que estaba en el lado contrario y que no recordaba haber visto la primera vez, algo lógico debido al estado de nerviosismo en el que me encontraba. Sólo recordaba el precioso jarrón con las margaritas amarillas que ya no se encontraba allí.

Entramos en una sala pequeña y me llevó hasta la pared, me tenía bloqueada con una mano a cada lado de mi cabeza y era incapaz de articular palabra. La sensación era tanto de seguridad como de pánico, no sabía qué hacer en ese momento. Se acercó a mí y se quedó a tan solo unos centímetros de mi boca.

—Jugamos en desventaja. Tú sabes mi nombre y yo sólo sé que eres preciosa. —Con una simple frase me hizo sentir bien.

—Maggie... Margaret. —No pude articular ninguna palabra más.

—Bien, pequeña. Ya están hechas las presentaciones, así que ahora es cuando te saboreo.

No esperó a que yo pudiera siquiera protestar, recorrió los pocos centímetros que separaban nuestras bocas, posó sus labios sobre los míos y la sensación fue más que placentera, separó una de las manos de la pared y cogió mi mechón de pelo siempre rebelde.

—Sí, sabía que la sensación sería impresionante —susurró sobre mis labios.

Con la otra mano me agarró la cara acariciando mi mejilla y profundizó el beso. Yo no pude resistirme y él lo sabía. Buscó el interior de mi boca con su lengua y, no sé por qué, no me separé. Aquella nueva sensación era increíble y no sé cómo pasó, pero de repente tenía mis manos sobre sus hombros y él bajó sus manos por mis brazos hasta acabar en mi cintura.

El beso cada vez era más ardiente, más intenso, más... Eso era, más de lo que nunca había sentido y solo estaba siendo un beso.

Se separó de mí y dio varios pasos hacia atrás.

—No, esto no está bien, no puedes dejar que vuelva a pasar. —¿Me estaba echando la culpa a mí? Era él quien me estaba besando—. Si ves que me acerco a ti, corre en dirección opuesta. Hazlo por tu bien.

Y se fue. Se dio la vuelta y salió de la habitación. No sabía lo que estaba pasando, solo sentía que aquel era el mejor beso de mi vida y parecía que no volvería a pasar otra vez.

Su última frase era una advertencia y tenía que agarrarme a ella con todas mis fuerzas. Mi vida estaba yendo bien, estudiaba lo que quería, tenía un buen trabajo y empezaba a conocer a nuevas amistades, no podía pararme a pensar en lo que acababa de pasar.

Margaret

Me desperté sudando y nerviosa por segunda noche consecutiva, hacía mucho que no me pasaba esto. Los terrores nocturnos habían vuelto tras muchos meses sin tenerlos, aunque esta vez eran distintos.

Ahora no aparecían los dos chicos, ahora tenía unos ojos azules que no dejaban de mirarme. Sus labios besaban todo mi cuerpo, con sus manos me acariciaba mis pechos, mis caderas, mi trasero y cuando llegaba a mi sexo el sueño pasaba de tranquilo y erótico a nervioso y doloroso. Yo gritaba cuando sus manos intentaban tocarme, el forcejeaba conmigo hasta que, cuando iba a hablarme, conseguía despertarme.

Desde lo pasado hacía cuatro años había estado con varios chicos, pero, aunque intentara llegar hasta el final en nuestros encuentros más íntimos, mi cuerpo y mi mente no me lo permitían.

Me negué a tener ayuda psicológica, mi madre fue de gran apoyo cuando mi padre intentaba que hablara con un especialista para superarlo todo, pero yo no tenía la misma opinión que él. Sabía que el día que estuviera preparada lo notaría y mi cuerpo dejaría que tanto él como mi mente y mi alma disfrutáramos de ese momento.

No entendía por qué los sueños habían vuelto y por qué en ellos veía a Trent, pero era así.

—Maggie, ¿estás bien? —Esa chica era una santa. Hacía muy poco que nos conocíamos y sin embargo parecía que nos conociésemos de siempre. Estaba segura de que las terapias que mi padre quería para mí, estaban sentadas al borde de mi cama universitaria.

—Sí, Meg. —¡Joder! estaba ronca. Seguro que los gritos habían aparecido otra vez—. Te he despertado otra vez. —Las lágrimas rodaban por mis mejillas sin haber sido invitadas.

—Sé que no nos conocemos apenas, aunque sabes igual que yo que tenemos algún tipo de conexión, ¿verdad? Sabes que puedes contármelo. —Me agarró la mano con suavidad para infundirme valor.

—Lo sé, Meg. Voy a contártelo, solo te pido que me no mires con cara de pena. Bastante tuve de eso en España en los últimos años y creo que la mejor forma de empezar de nuevo es dejando atrás mi pasado.

Pasamos horas y horas hablando. Le conté cómo me escapé aquella noche hacía ya varios años por la ventana de mi dormitorio, cómo llegamos a la fiesta de unos chicos mayores y empezamos a beber alcohol.

Yo tan solo tenía quince años, pero eso solo lo sabían mis amigos, nadie más. Mi apariencia siempre fue una bendición, encajaba perfectamente con los universitarios y dos chicos se acercaron a mí, yo era una ingenua y nunca pasaba más allá de un simple beso con un chico. En aquel momento dos dioses se me acercaban o tal vez era el alcohol lo que me hacía verlos así.

La cara de Meg cambiaba con cada frase que le narraba, quería consolarme, pero aguantaba porque yo se lo había pedido, sólo me agarraba la mano y según lo que le fuera contando su apretón era más fuerte.

Seguí contándole cómo uno de los chicos me llevó a una habitación. Estaba borracha y él estaba muy bueno. Quería dejar de ser la mojegata que nunca iba a ningún lado.

Todo empezó muy bien hasta que el chico empezó a atarme las manos y la puerta se abrió dejando pasar al otro chico que cerró la puerta tras de sí.

Los recuerdos de lo que sucedió a continuación siempre eran borrosos. Ellos me tocaban, se intercambiaban entre uno y otro y lo siguiente fue despertarme en una cama de hospital con todo el cuerpo dolorido y sin saber que me había pasado y que hacía allí.

Miré a Meg a los ojos y vi unas lágrimas rodando sin rumbo. No quería compasión, pero sabía que tenía que aceptarla de ella. Nunca le conté mi historia a ningún amigo y ella era la primera, tenía que dejarla que me consolara si quería. Le devolví el apretón de la mano que me sujetaba y ella finalmente me abrazó y lloramos juntas. Eso era algo que hacía mucho tiempo que lo necesitaba.

—Cielo, nunca pensé... —No conseguía articular las palabras.

—Lo sé, Meg. Es algo duro, pero yo llevo años viviendo con ello. Hacía varios meses que no soñaba, pero desde que hace unos días Trent me besó. —Se lo había contado porque necesitaba la opinión de una amiga. Le sorprendió porque nunca había escuchado algo así de él—. Los sueños empiezan como siempre, pero terminan con su mirada azul. El problema es que esta vez sí quiero que me toquen, pero mi cuerpo no lo deja y mi mente se resiste.

—Vaya... ¿Me estás diciendo que de verdad te gustó el beso? Ya sabes lo que te comenté de él, pero no lo conozco igual que tú.

Después de contarle la historia a Megan, volvimos a dormirnos y pasé la noche más tranquila.

Trent

No sabía qué cojones me estaba pasando. Era la primera vez que al ver a una chica me temblaba el cuerpo. La vi por primera vez cuando dejó su currículum en la librería de mi tío y la sensación fue extraña porque no pude dejar de observarla, escondido detrás de una estantería mientras estuvo allí. Cualquiera que me viera pensaría que era un acosador, pero no podía evitarlo, era preciosa.

Alta, con su melena larga y rubia, unos labios carnosos que en mi pensamiento sabían tan dulces como las fresas. Su cuerpo estaba hecho de curvas perfectas, unos pechos increíbles y un trasero bien proporcionado. Cuando habló ya no pude dejar de mirarla, su acento entre español y estadounidense le hacía más sexy de lo que ya era.

No sé por qué fue, pero no pude evitar ir al mostrador al verla salir. Como no podía preguntarle a Mimi por esa chica sin más, hablé con ella y observé que sobre el mostrador se encontraba su currículum. Estaba preciosa en la foto y cuando Mimi se alejó para atender a un cliente, lo cogí y fui directo a hablar con mi tío.

Nunca había actuado así y él tampoco me preguntó por qué lo hacía, solo me dijo lo de siempre, "*déjalo en mis manos. Sólo espero que sepas lo que estás haciendo, ya estoy cansado de recoger lágrimas de chicas*". Tenía que inventar una excusa a mi comportamiento inusual.

—Sólo he visto que es un buen currículum y necesitas a una becaria, yo no me meteré en nada. —A no ser que ella me deje, pensé.

Aceptó el trabajo y yo me pasaba las horas observándola porque era preciosa. No sé qué cojones me pasaba, con sólo verla aparecer y mi polla se ponía dura. Quería sentirla, saborearla, hacerla gemir y gritar mi nombre mientras se corría. No quería una relación, nunca la había querido, pero estaba seguro que con una chica como esa no bastaría con una sola noche, necesitaba tenerla debajo de mí una vez al menos.

Empezó a convertirse en una obsesión. Nada más que empezar el curso hice todo lo posible por saber a qué clases asistiría. Mimi era muy fácil de convencer, esa chica estaba loca por mí y yo me aproveché de ella sin pensármelo dos veces. Conseguí saber hasta cual era la habitación de Margaret y a donde quiera que fuera lo hacía buscándola a ella.

Ese no era yo, necesitaba follármela y sentir como sonaba mi nombre con su precioso acento mientras hacía que estallara de placer. Tenía que conseguir aquello para poder seguir con mi vida.

No sé por qué la esperé aquel día en la puerta del edificio apoyado en mi coche. Llevaba más de un mes intentando tener un encuentro directo con ella, exactamente desde el momento en que me quedé embobado mirándola desde las estanterías de la librería y allí estaba. Preciosa, ese gesto tan suyo cuando estaba nerviosa me volvía loco, quería ser yo quien le retorciera ese mechón de pelo. No lo dudé, me acerqué a ella y le pedí saborearla como si de una chica cualquiera se tratara, pero ella ni se inmutó.

Días más tardes pude acorralarla en la librería y... ¡Dios! No pude aguantarme y la besé. Sí, en ese momento me quedó claro, con solo una vez que la tuviera debajo de mí no sería suficiente. No podía caer en la tentación, esa chica era sencilla, sensible, natural, no se merecía que un cabrón como yo se interpusiera en su camino. Necesitaba alejarme de ella. El cómo lo haría era otra cosa.

Margaret

Las clases iban geniales, el trabajo mejor imposible y ese fin de semana por fin iba a asistir a mi primera fiesta de la universidad. Sí, yo, la que no quería oír de ellas ni en pintura.

Ya no era la niña de años atrás y Meg tenía buenos contactos. Que su hermano asistiera durante los últimos años a aquella universidad tenía sus privilegios y más siendo jugador del equipo de fútbol americano.

Gracias a eso empezamos a tener un buen grupo de amigos, por lo que la fiesta en la casa fraternidad a la que perteneció era un buen comienzo.

Me metí en la ducha con el agua bien caliente, me encantaba sentirla hirviendo sobre mi cuerpo. Hacía un par de noches que las pesadillas no interrumpían mi descanso.

Desde el beso con Trent la sensación de su cercanía había desaparecido. Al parecer iba en serio con intentar estar lejos de mí y era un gran avance.

Cuando salí de la ducha me decidí, con la ayuda de Megan, por el vestido verde pistacho que me regaló mi madre. Pensar que le dije que era una tontería, que yo solo quería estudiar, me arrancaba una sonrisa. Todo eso fue antes de ver que aquello me resultaba más fácil de lo que pensaba y que los amigos que empezaba a tener nunca los hubiera tenido en España.

El vestido era precioso, las mangas por debajo de los codos y un escote en forma de "v" que hacía que mis pechos parecieran más grandes. Era corto que no demasiado, me llegaba una palma por encima de las rodillas. Su corte en la espalda dejándola expuesta hasta el punto exacto en que esta pasa a perder su nombre era espectacular.

Me decidí por unos tacones de aguja bastante altos de color negro, tenía claro que acabaría con un dolor de pies insoportable, pero esa noche quería disfrutar y sentirme bien conmigo misma.

—¡Joder! Chica, estás cañón. —Megan parecía bastante asombrada—. De verdad que no sé cómo puedes ir todo el día con ropa tan holgada cuando tienes ese tipazo. Eres todo un partidazo, esta noche arrasas.

—¿En serio? Esa es mi intención. Si empezamos vida nueva, hagámoslo con el paquete completo. —¡Bien por mí! La luz siempre aparecía al final del túnel.

La casa de la fraternidad se encontraba cerca, a tan sólo diez minutos andando y decidimos ir así porque esa noche pretendíamos beber.

¡Vamos California, que la española va a pasárselo en grande!

Llegamos y ya estaba la fiesta en todo su apogeo. Sí que tenían ganas de marcha. Muchos recuerdos llenaron mi cabeza y Meg lo vio en mi rostro.

—Vamos chica, anima esa cara. Ya eres mayorcita y además sé que no te vas a dejar engañar por ninguno de estos imbéciles. —Aquellas palabras me demostraron que esa chica, en tan poco tiempo, me conocía mejor que nadie y por momentos mejor me sentía por haberle contado mi historia.

La fiesta era una maravilla, llegamos y directamente me plantaron un vaso en la mano, lo acerqué a mi nariz y lo olí. ¡Puro alcohol! Tenía que beber poco a poco porque no estaba en España y estas cosas se disfrutaban de otra manera.

La noche pasaba a una velocidad vertiginosa y yo disfrutaba como la que más. Bailamos todo el tiempo, buena música, Maroon 5, Bruno Mars,... Definitivamente, sabían lo que se hacían.

Megan no se separó de mí en toda la noche, acabamos tirada en un sofá en medio del salón mientras nos reíamos por el juego tonto que realizaban varios chicos con unas pelotas de pimpón y unos vasos llenos de cerveza. ¡Vaya borrachera llevaban!

—Guapa, estás bien, ¿verdad?

Meg me gritaba al oído porque la música estaba altísima. Un chico muy guapo estaba a su lado acariciándole el muslo y para lo menuda que era iba guapísima. Llevaba un traje con escote palabra de honor rojo súper sexy y unas botas altas negras que hacía que cualquiera que la mirara se derritiera por ella. Ese conjunto unido a

su precioso pelo rojo y esos ojos que no le cabían en la cara la hacían deslumbrar. Era normal que aquel chico se acercara a ella.

—Venga ve y disfruta que yo estoy aquí con los chicos. Sé que no me va a pasar nada, ¿Jordan?

Jordan era un chico guapísimo que asistía a nuestras clases. Era algo más alto que yo, castaño y de ojos negros como el carbón. No podía negar que yo le atraía, pero sabía que no intentaría nada si yo no se lo pedía. Era un perfecto caballero.

Me miró y asintió. Meg me abrazó y antes de que me diera cuenta salió de la habitación detrás del chico que le acariciaba el muslo. Creo que me lo presentó como David.

Sería el alcohol o algo lo que me hizo actuar así, me acerqué a Jordan y sin darme cuenta nos reíamos del profesor de lingüística y sus estúpidas anécdotas, con la tontería empezamos a acercarnos y acabamos con nuestras manos entrelazadas, era una sensación agradable a la que me podría acostumbrar, aunque necesitaba que todo fuera despacio, no estaba preparada.

Trent

La sentí mucho antes de entrar por la puerta y cuando lo hizo me quedé sin habla. ¡Cielo Santo, estaba guapísima! No, mejor dicho, estaba increíble. Me puse cachondo al instante, no sé por qué cojones acabé aceptando ir a esa puñetera fiesta, y o no era un tío de los que necesita relacionarse con la gente de la universidad. Me gustaba más ir a los antros donde pudiera beber algo más fuerte que la cerveza o los cócteles tan raros que solían preparar en esas mierdas de eventos universitarios. Verla aparecer por allí hizo que el esfuerzo no fuera en vano.

No podía dejar de mirarla. Le dije que no se acercara a mí y conseguí mantenerme alejado de ella durante varios días, pero verla en aquel momento no servía de ayuda.

Sin ser consciente de ello me pasé todo el tiempo buscándola con la mirada, queriendo saber con quién se relacionaba, quien era su grupo de amigos. La hermana de Jake no se separaba en ningún momento de ella, algo lógico ya que compartían habitación en la residencia. Lo que más me chocó mucho era ver a Jordan junto a ella, conocía su reputación que no distaba mucho de la mía. Lo único que nos diferenciaba era que él no lo ocultaba al resto del mundo. Ahora se encontraban los dos solos, en la mirada se le notaba las intenciones que tenía, quería follársela.

—¡Mierda!

Eso lo había dicho en voz alta y estrujé con rabia el vaso de cerveza que tenía en mi mano tirándoselo encima al idiota que tenía delante de mí. Menos mal que estaba tan borracho que no se había dado cuenta, además no tenía ganas de darle patadas en el culo a nadie cuando lo que intentaba era pasar desapercibido en esa maldita fiesta que iba de mal en peor.

—Pero qué cojones te pasa, tío. —Paul estaba a mi lado mirándome con cara extraña—. Parece que has visto un fantasma.

—Nada, que ya estoy harto de esta maldita fiesta o como lo llaméis vosotros. No debería de estar aquí, así que me largo.

Salí de la cocina y tenía que pasar por su lado para salir de la maldita casa. Con sólo entrar en el salón ese maldito cosquilleo que sentía cuando la tenía cerca hizo acto de presencia. En ese momento se giró, nuestras miradas se encontraron y ninguno de los dos era capaz de apartarla.

Margaret

¡No, por favor! Esa sensación, no. Mucho menos ahora que estoy tan a gusto con Jordan. No es que pensara en hacer nada con él, pero si lo intentaba, yo no se lo iba a impedir. Me giré buscando la fuente de ese cosquilleo y ahí estaba él mirándome a los ojos, debatiéndose entre seguir andando o no.

Margaret

¡Venga ya! Tenía que ser una broma, no me podía pasar a mí, por qué allí y en ese momento. Necesitaba salir, no quería volver a tener nada que ver con él, esa sensación de seguridad que sentí cuando me besó se convirtió en peligro cuando Jordan agarró mi mano y notó el cambio que mi cuerpo acababa de experimentar.

—Eh, Maggie. ¿Qué pasa? —Giró la cabeza hacia donde yo miraba y sus miradas se cruzaron.

—Nada, ¿podemos irnos a otro sitio?

No hizo falta que le dijera nada más. Se levantó y sin soltarme de la mano me ayudó a levantarme del sofá para salir de allí. No podía dejar de mirar a Trent y a mi mano. No podía soltarme, estaba segura que me caería en redondo si perdía el punto de apoyo que Jordan me proporcionaba. Me dio la sensación de que Trent me iba a decir algo, pero no fue así. Se giró y salió a paso rápido de la casa dando un portazo que retumbaron las paredes.

—Jordan, me gustaría irme a la residencia, por favor.

—Vale, te acompaño. No puedo dejar que te vayas sola un viernes por la noche y con la de copas que te has tomado.

No protesté y dejé que me guiara hasta la salida sin soltar mi mano, parecía darse cuenta que necesitaba ese apoyo por su parte. Caminamos en silencio todo el camino, yo estaba intranquila y tenía la sensación de que nos observaban. No quería pararme a averiguarlo, no necesitaba saber si él nos seguía, seguro que solo eran imaginaciones mías.

Tardamos casi el doble de tiempo en llegar a la residencia del que necesitamos para llegar a la fiesta. Sí, lo tenía claro, mi cuerpo tenía más alcohol del que hubiera deseado y encima la noche acababa como una mierda. Me había ido sin decirle nada a Megan, cogí mi móvil y como pude le mandé un mensaje.

"Guapa estoy ya en la residencia. Jordan me ha acompañado. Perdona por irme así, mañana te lo cuento todo"

—Bueno ya estamos aquí, espero que estés mejor. —Sí, era un chico listo, notó que me pasaba algo.

—Gracias por acompañarme, Jordan. —¡Qué más le podía decir!

La tensión se podía cortar con un cuchillo y entonces empezó a acercarse a mí. Como si me pidiera permiso se quedó a unos centímetros de mi boca, no pude evitar sonrojarme y sin darme cuenta cubrí el espacio que nos separaba para ser yo quien lo besara. Era dulce, cautivador y muy cálido. No era como el de Trent, no pude evitar compararlos.

Jordan era un buen chico y me gustaba. No despertaba esos escalofríos que sentía cuando Trent estaba cerca, pero si era alguien del que me podía enamorar siempre que mi cuerpo y mi alma me dejaran. Tenía claro que no querría besarme si conociera mi pasado, ya habría tiempo para eso, pero en aquel momento necesitaba aquello.

Me acerqué más hasta que nuestros cuerpos estaban pegados y sentí como se le acelera la respiración. Levanté los brazos y los apoyé sobre su cabeza acariciándole el pelo a la vez que tiraba de él.

Jordan aprovechó para estrecharme sobre su pecho mientras sus manos se deslizaron por mi espalda hasta apretarme el culo. ¡Vaya con el caballero! La verdad, es que la sensación me gustaba, pero no podía llegar más lejos, así que poco a poco fui bajando la intensidad del beso. Él lo notó y dejó que me separara poco a poco.

—Esto ha sido... increíble. —Su respiración era entrecortada.

—Vaya... perdona. —no sabía que decir.

—No, joder, Maggie. No hay nada que perdonar, llevo queriendo besarte desde que te vi aparecer en la clase de literatura clásica. Eres tú la que me tiene que perdonar, estabas incomoda y yo me he aprovechado. —Ha vuelto el caballero.

—Bueno dejémoslo en que fuimos los dos. A mí también me ha resultado... increíble. —Tenía que terminar aquella conversación sin que pareciera que me quería deshacer de él—. Tengo que subir, lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro. Voy a volver a la fiesta, tengo que llevar a más de uno a su casa antes de que mi coche pueda quedar hecho un desastre por el vómito de alguno —me dio un suave beso en los labios y subí sin mirar atrás.

El suave sabor de su boca me acompañó hasta llegar a mi habitación, me quité la ropa sin prisas y me puse el pijama. Tranquila, por un lado, a causa del beso y, por otra, nerviosa. No entendía las sensaciones que aquellos dos chicos despertaban en mí y así dejé que Morfeo me acogiera entre sus brazos.

Esa noche descansé como hacía tiempo que no lo conseguía, para ser exactos, desde la primera vez que sentí y vi a Trent en Myles's. Incluso tuve un sueño precioso con ojos negros y besos suaves.

¡Dios! ¿Cómo podía pasar de un sueño a otro en tan poco tiempo? ¿Podían gustarle a una chica dos personas tan distintas a la vez? Al final le iba a tener que dar la razón a mi padre y necesitaba terapias.

Un mensaje de texto sonó en mi móvil. Me levanté de la cama y lo cogí, tenía que ponerlo a cargar y hoy había quedado con mi madre para comer. Las últimas semanas habían sido muy intensas y solo habíamos hablado por teléfono. El mensaje, efectivamente, era de ella.

"Hola, cariño. Espero no despertarte. ¿Qué tal la fiesta anoche? Tengo ganas de que estés aquí y me pongas al día"

"Hola, mami. Muy bien, mejor de lo que me esperaba, tengo mucho que contarte. Me ducho, me visto y salgo para allá"

Me di una ducha rápida. Después de tantos días sin ver a mi madre, decidí arreglarme un poco y no vestir esas ropas holgadas que tan poco le gustaban. Me puse una falda lápiz color burdeos, una camisa marfil y mis zapatos marrones. Me recogí el pelo en un moño prieto parecido al de las bailarinas de ballet, me pinté la línea de los ojos, me puse un poco de coloretes y ya estaba lista.

En ese momento volvió a sonar mi teléfono, ¿qué se le había olvidado ahora a mi madre?

Casi se me cae de las manos cuando abrí el mensaje, el número era desconocido, pero solo leyendo el contenido sabía a quién pertenecía.

"Seguro que él no te saboreará nunca como yo puedo hacerlo, la próxima vez no huiremos ninguno de los dos. Abre la puerta"

¡¿Pero qué cojones?! No podía ser Trent quien mandaba ese mensaje. ¿Cómo tenía mi número de teléfono? ¿Cómo que abriera la puerta? Alguien la golpeó y fui consciente de que estaba allí. No quería abrir, pero tenía que irme. Encima estaba sola en la habitación, Megan no había vuelto, así que no podía recurrir a ella para deshacerme de él e hice lo que debía. Cogí mi bolso, las llaves del coche y me dispuse a salir.

Trent

¡Joder! Cada vez entendía menos qué demonio me pasaba, ¿por qué me había puesto como una fiera porque estaban cogidos de la puñetera mano? No podían ser celos, yo no podía enamorarme, no sabía lo que eso significaba, quien me conocía sabía de sobra que tenía muchos fantasmas como para que nadie quisiera pasar más de dos noches conmigo y ahora esta chica era una obsesión en mi vida.

Caminé hasta pasar la entrada de la casa dando un portazo tras de mí, justo delante había un pequeño parque que estaba a oscuras donde podía sentarme para tranquilizarme. Sería un buen sitio donde poder pensar, pero la suerte quería ser caprichosa conmigo porque ahí estaban los dos y aun cogidos de la mano. Deseaba acercarme a él, meterle un puñetazo en su preciosa cara y arrebatarla para poder probarla por fin.

Me levanté un par de minutos después de que pasaran por mi lado y recorrí el camino que creí que podrían haber tomado. Entonces los vi delante de mí.

Seguían con las manos entrelazadas sin cruzar palabra, caminando en silencio. Llegaron a la puerta de la residencia y recé por que no se le ocurriera subir con ella porque no sabía de lo que hubiera sido capaz.

— Pero ¿qué co...? —Mi boca se abrió todo lo que dio de sí. ¡Se estaban besando!—. Yo a este tío lo mató, ella es para mí. —¿De dónde había salido ese arranque?

Aguanté como pude escondido para que no me vieran, sus cuerpos se unieron y la tensión me inundó por completo. Se separaron y al instante él se giró y se fue. Yo seguía oculto detrás de la misma esquina donde los había visto besarse. ¡Le había tocado el culo!

Era el momento de pensar con claridad porque mil ideas se me pasaron por la cabeza. Tenía dos opciones. Una seguirlo y darle una paliza o, dos, ir tras ella y follármela. Voy tras ella porque necesito eliminar esta obsesión, necesito ser realista y quitarme esta sensación tan extraña de la cabeza.

Entré en el edificio que estaba a oscuras, siempre pasaba lo mismo cuando llegaban los fines de semana porque o todos estaban de fiesta o se habían ido con sus familias a casa. Subí a la primera planta y me dirigí a la habitación número trece, fue más fácil de lo que creía averiguar donde se alojaba. Una vez delante de su puerta no fui capaz de llamar. ¿Qué le podía decir? ¿Que la ha seguido porque me la quería follar?

Dejé que mi cuerpo resbalara sobre la pared quedándome allí sentado, mirando la puerta de su habitación. No sé cuánto tiempo pasó y ni si llegué a dormir en algún momento hasta que escuché un ruido tras la puerta. Estaba despierta, oí como entraba en el baño y el agua correr.

Me encantaría meterme con ella y saber por fin como eran sus curvas. La escuché salir y en mi mente sentí que sería maravilloso secarle el pelo. Soy idiota, debería hacer algo.

Así que recordé que Mimi era muy eficiente dejándose el móvil en su mostrador en el puesto de trabajo y pude copiar el número de Margaret. Le escribí un mensaje y oí cómo su respiración cambiaba después de leerlo. Sí, ella sentía lo mismo y yo necesitaba saborearla como le dije la primera vez. Me levanté del suelo y llamé a su puerta.

Maggie

Abrió la puerta y allí estaba él. Llevaba la misma ropa de la noche anterior, unos vaqueros negros desgastados, unas converse negras y una sudadera "Adidas". Su pelo estaba revuelto y sus ojos rojos de no haber dormido.

No me dio tiempo a mucho más, ni siquiera me permitió salir de la habitación porque avanzó hacia mí haciendo que retrocediera varios pasos. Su mirada era extraña, me hacía sentir nerviosa por lo que solo pude agachar la cabeza y escuchar como cerraba la puerta detrás de sí.

—¿Que... quieres? —Conseguí decir entre balbuceos.

—A ti. —Su voz sonó decidida.

Otra vez tenía agarrado mi mechón de pelo rebelde, ese que ya no sabía si se soltaba solo o yo me lo dejaba suelto sin darme cuenta para poder cogerlo cuando estaba nerviosa.

Estiró sus manos y me cogió la muñeca como hizo la primera vez que se acercó a mí. Volvió a pegarme contra su pecho y su respiración era agitada. No dejaba de mirarme a los ojos y yo no podía aguantar su mirada. Me transmitía excitación y la mía no se quedaba atrás. Bajé la mirada hacia mi pecho, pero él me agarró la barbilla para seguir mirándome a los ojos, quería que viera lo que estos transmitían.

—¿Qué hiciste ayer con ese tío? —Le quise decir que a él qué coño le importaba, pero no podía articular palabra—. Él nunca te hará sentir lo que yo puedo enseñarte.

—¿Qué quieres? Ya te lo he dicho una vez y no me gusta repetirme. —Bien, volvía a tener fuerza y aproveché el momento—. Además, a ti no te importa que es lo que hago o dejo de hacer y no puedes estar aquí. Esta es mi habitación, ¡FUERA!

—Shhh. Pequeña, no te pongas nerviosa, sabes igual que yo que te gusta que esté aquí.

—No seas tan engre... —No me soltaba la barbilla y no me dejó terminar la frase. Me plantó un impresionante beso que me cortó la respiración y lo peor de todo es que yo empecé a devolvérselo. Lo agarré del pelo, empecé a tirar de él, nos abrazábamos con fuerza, empezó a masajearme la espalda y de ahí descendió a mi trasero—. Déjame saborearte—me susurró sin dejar de besarme. Empezó a avanzar conmigo hasta el borde de la cama y con mucho cuidado me tumbó en ella sin soltarme.

No sé cómo estaba dejando que pasara aquello. Anoche me sentí genial besando a Jordan, la noche había sido buena y ahora estaba tumbada en la cama con el chico que me hacía tener de nuevo pesadillas.

Todo pasaba muy rápido a mi alrededor, sus labios empezaron a descender. Besando mi cuello llegó a mi oreja y mordisqueó el lóbulo haciéndome sentir palpaciones en mi zona más íntima. Sus manos exploraban mi cuerpo, rozaban mis muslos, acariciaban mi vientre y poco a poco empezó a meter sus manos por debajo de mi camisa.

Aquello no estaba bien, nunca había llegado tan lejos con nadie y a este chico, que ni siquiera conocía, le estaba permitiendo manosearme de la forma más placentera del mundo.

Su aliento me rozaba las mejillas y era incapaz abrir los ojos. El placer que sentía era muy nuevo para mí. Aunque no era virgen me sentía como tal, ya que nunca había tenido sexo consentido, había sido violada.

Nada más pensar en eso empezaron a llegar a mi cabeza las imágenes de esa noche. Borracha a más no poder, atada a una cama y sintiendo el aliento a alcohol de dos gilipollas por todo mi cuerpo.

Empecé a temblar y a llorar. Ya no había placer, solo dolor y él lo notó, se separó bruscamente de mí y en sus ojos se podía ver el terror que sentía por cómo me veía.

—Maggie, ¡por Dios! ¿Qué te pasa? ¿Te he hecho daño?

—Por favor, vete. Tú dijiste que no eres bueno para mí y yo no lo soy para ti.

—No me voy a ir y a dejarte así.

—He dicho que te vayas, joder. ¡FUERA!

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Megan entró hecha una furia. Lo agarró de su sudadera y lo empujó hacia la puerta. Nunca pensé que una chica tan pequeña pudiera tener esa fuerza y desde entonces la bauticé como "*mi pequeña matona*".

—Te ha dicho que te vayas, gilipollas. O te vas tú o te echo yo. —No hizo falta que le dijera mucho más. Se giró, me miró y entonces vi el miedo que tenía en la mirada. No tenía ni idea de lo que pasaba allí, ni si él tenía la culpa de que yo estuviera así.

—Déjame hablar con ella, yo...

—No tienes que hablar con ella nada. —Le interrumpió—. Recuerda, o te vas tú solito o te echo yo —se acercó a él levantando la cabeza para poder mirarlo a los ojos y le señaló con el dedo en señal de amenaza.

—Tenemos que hablar Margaret, por favor.

Se giró y salió por la puerta. Tal como lo hizo yo empecé a llorar sin importarme nada. Meg se sentó a mi lado y me abrazó para intentar consolarme.

—Chica, ¿qué ha pasado? —Se notaba su preocupación por mí.

—Yo... Él... estábamos besándonos, empecé a tocarme... vi lo que me pasó y empecé a llorar... no... no me ha hecho nada. —Conseguí decir con las lágrimas resbalando por mi rostro.

—No es bueno, ya lo sabes, pero ¿porque le has besado? Ayer te vi muy bien con Jordan.

—Y lo estaba... nos besamos cuando... me dejó aquí... fue... distinto y me gustó, pero Trent es tan diferente.

—Ya está, Maggie. Ya ha pasado, sé que es fácil decirlo, pero debes evitarlo, alejarte de él.

Nos quedamos un rato allí sentadas mientras ella me observaba y me relajaba para que dejara de llorar. Tenía que recomponerme porque ese fin de semana lo pasaría en casa de mi madre y eso era bueno, o al menos lo esperaba. Ella daba buenos consejos y necesitaba contarle lo que me pasaba, aunque ni yo misma sabía lo que me estaba pasando.

A la media hora salí de la residencia más calmada. Tuve que cambiarme de ropa, el poco maquillaje que llevaba había manchado mi camisa con las lágrimas y tenía que sentirme cómoda. Me puse un chándal aun sabiendo que cuando mi madre me viera sabría qué me pasaba algo. Al menos sería más fácil explicárselo todo si ya notaba que mi ánimo no era de lo más festivo.

La hora en coche de camino a casa se me hizo eterna. Mi mente vagaba entre besos ardientes con miradas azules y besos románticos de miradas oscuras. Manos suaves y menos exigentes. Nunca tuve que preocuparme por los chicos en España, supe mantenerme alejados de ellos, pero aquí todo era diferente. Quise empezar de nuevo con mi vida y el rumbo que estaba tomando se me escapaba de las manos.

El móvil me sonó un par de veces de camino a casa, sería mi madre que estaría preocupada porque ya tardaba más de lo que debía.

Aparqué delante de la casa y cogí mi móvil para mirar los mensajes que me habían llegado. Uno era de Jordan y otro de Trent. Las lágrimas pugnaban por salir y decidí empezar con el de Jordan.

“Hola preciosa, ayer me lo pasé genial, tengo ganas de verte”

Una sonrisa me iluminó en la cara, ese chico era un cielo y no dudé en contestarle.

“No vuelvo hasta mañana porque hoy paso el día con mi madre. Yo también quiero verte”

Le tocaba el turno al mensaje de Trent

“No sé lo que ha pasado, pero si es culpa mía déjame solucionarlo”

Este sabía que no quería contestarlo, lo eliminé y bajé del coche. Cogí mi mochila con la ropa para el fin de semana y fui a casa a encerrarme para olvidar lo pasado.

Mi madre estaba en la cocina con su delantal puesto. Me hacía mucha gracia cada vez que se lo veía puesto porque era mujer alta con curvas impresionantes, rubia y con ojos verdes que llevaba un delantal con una imagen del cuerpo de una chica pin-up. Todo el mundo decía que nos parecíamos.

Era joven y nos encantaba cómo nos sentíamos cuando salíamos juntas, sobre todo a ella como la halagaban los hombres diciéndole si era mi hermana mayor.

Estaba haciendo mi pastel favorito, tarta de tres chocolates, parecía que me leía el pensamiento porque siempre la preparaba cuando me encontraba de bajón.

—Cielo, ya estás aquí. —Se acercó a mí y me abrazó.

Necesitaba tanto ese abrazo que me dio igual la cantidad de pegotes de chocolate que tenía en su delantal y se lo devolví y empecé a llorar otra vez. Mi madre sabía cómo consolarme, ella era mi mejor amiga. Tenía que ver cómo podía contarle esto, sé que me costaría empezar, pero una vez que lo hiciera todo sería más fácil.

—Shhh, cielo. ¿Qué te pasa? Ven, vamos al salón y me cuentas, la tarta puede esperar un poco.

A mi madre le encantaba la decoración y se había esmerado muchísimo. Era entero en tonos blancos y negros, una de las cuatro paredes era negra y apoyada en ella había una preciosa mesa blanca con patas torneadas. Un jarrón de rayas blancas y negras con unos tulipanes blanco hacía un armónico contraste con la pared.

El sofá era de piel negra con cojines blancos y una flor damasco negra. La lámpara negra con lágrimas de cristal del mismo color

Al fondo una mesa comedor a juego con la mesa que se encontraba en la pared negra rodeada de seis sillas y en la otra pared blanca un gran mueble negro donde se encontraba un gran plasma de 47 pulgadas y mil y un libro.

El salón era todo lujo, pero a la vez familiar y comfortable. Nos sentamos en el sofá, me quité mis deportivas y me hice un ovillo. Mi madre se sentó a mi lado y me agarró las manos.

—Venga, dime qué te pasa. Sabes que puedes contármelo todo, ¿es por un chico? —Me daba miedo lo intuitiva que podía llegar a ser.

—Sí, bueno, no. Son dos, mamá. —Su expresión cambió. Sé que le vino a la mente lo que me pasó hace años, sabía que la noche anterior salí de fiesta, noté su miedo—. No, mamá, no es lo que piensas, ¿te pueden gustar dos chicos a la vez y que estos no tengan nada en común?

Empecé a contárselo todo. Le hablé de Jordan primero, le conté que teníamos la misma edad, que era todo un caballero, que teníamos muchas clases en común, hasta le conté cómo me sentí cuando me besó. Ella sonreía, incluso un par de veces me dijo que se le veía buen chico.

Ahora tocaba hablar de Trent, ¿cómo hacerlo? Ella me vio dudar y como siempre me dio un empujón.

—¿Qué tiene el otro chico que te hace dudar, cielo?

—Bueno mamá, él es tan... distinto.

Suspiré y de la mejor manera posible le empecé a contar cómo me sentía cuando le tenía a mi lado, cómo sabía que estaba cerca sin necesidad de verlo. Le expliqué cómo su primer beso me hizo sentir fuerte y cómo a la vez, estando con él, me sentía tanto segura como en peligro. Hablar con mi madre siempre era fácil, ella sabía escuchar.

—Mamá, pero con Trent es distinto, me gusta y mucho, pero me da miedo. Sé que con Jordan la cosa iría con calma, sé que él me entendería si quisiera ir todo lo lenta que necesitara en una relación, pero Trent... ¡Joder, mamá! E muy intenso, es un quiero y no puedo. Sé que no es bueno para mí, ambos queremos estar separados, pero siempre pasa algo para que volvamos a encontrarnos.

—Cielo, sé lo que estás pasando y no sé cómo aconsejarte en este caso. Jordan parece muy buen chico, es el típico que tu padre aprobaría sin pensárselo. —La mirada se le puso vidriosa de tan solo nombrarlo—. Y Trent... bueno, tú eres como yo cariño, nos gusta lo peligroso, ya sabes todo lo que luchamos tu padre y yo para estar juntos y a dónde le llevo eso. —Una lágrima empezó a rodar por su mejilla—. Eres joven, sé que tu pasado va a estar siempre ahí, aun así tienes que luchar contra él. Deja que tu corazón decida por una vez, ya has usado esa cabecita para darle demasiadas vueltas a todo. Tienes dieciocho años y tienes que vivir un poco la vida. ¡Anda! Ahora levántate y ayúdame a terminar esa tarta, que este fin de semana es de chicas y vamos a llevarnos todo el día comiendo chocolate y viendo películas románticas en la tele hasta que te vayas mañana.

Que dejara que mi corazón me guiara, sonaba fácil sí, pero yo era muy complicada, no quería parecer lo que no era, no quería darle falsas esperanzas a Jordan y sabía de sobra lo que buscaba Trent.

No solo Meg me lo había dicho, él era un chico de más de una chica y yo no quería ser una más de nadie. Sí, despertaba en mí un deseo impresionante, pero no quería sentirme utilizada otra vez.

Pasé un fin de semana genial con mi madre, fue tal y como ella lo programó, chocolate de todos los sabores, lágrimas y risas viendo un sin fin de películas. Ya eran las cinco de la tarde del domingo e iba de nuevo en mi coche hacia la residencia, mañana vería a Jordan y una vez que lo hiciera dejaría a mi corazón actuar.

Mi madre tenía razón, era joven y tenía que vivir la vida un poco, el pasado era solo eso, pasado, lo tendría siempre conmigo, pero tenía que aprender a convivir con él de una vez por todas.

Margaret

Conseguí llegar a la residencia mucho más feliz de lo que me esperaba, mi madre siempre hacía que me sintiera bien. Aparqué en mi plaza reservada y subí a mi habitación.

Al entrar estaban Megan y David, el chico con el que se fue en la fiesta. Parece ser que conectaron, estaban sentados en la cama hablando y con las manos entrelazadas. Ella nada más verme se levantó y me abrazó.

—Hola guapísima, ¿qué tal estás? Quitate ese chándal que nos vamos los tres a cenar un kebab. —Sí, me parecía buena idea.

—Vale, le voy a mandar un mensaje a Jordan. Me escribió ayer y sé que le gustará saber que ya estoy aquí.

— ¡Siiii! Invítalo a venir, seguro que dice que sí.

Me metí en el baño con la ropa que me pondría para salir. El tiempo aún era bueno y me decidí por unos leggins negros y una camiseta de manga corta de la universidad con mis converses. Cogí el móvil y empecé a teclear el mensaje para Jordan.

“Ya estoy aquí. Vamos a salir a comer, ¿te vienes??”

No pasó ni un minuto cuando mi móvil empezó a sonar, era él.

—Hola...

—Hola, guapa. Espero que disfrutaras del fin de semana con tu madre.

—Sí, no me puedo quejar, ella sabe cómo levantar el ánimo a cualquiera.

—Eso está bien y sobre tu propuesta... sí, claro, nos vemos en quince minutos allí, tengo muchas ganas de verte. —El corazón empezó a latirme con rapidez, si mi madre tenía razón y pocas veces era lo contrario, empezaría a hacerle caso.

—Yo también quiero verte. Nos vemos ahora.

Salí del baño y Megan y David estaban preparados. Los hice esperar un poco más porque Jordan aún tardaba un poco en llegar, así que aproveché para poner en orden mis cosas para las clases del día siguiente. Era una buena estudiante y no iba a dejar de serlo por cosas como estas.

Después me pinté la línea de los ojos y di un poco de color a mis mejillas y mis labios, trencé mi pelo hacia el lado y ajusté mi mechón rebelde detrás de mi oreja.

Bajamos y allí estaba Jordan. Era impresionante, con su metro noventa, su pelo oscuro y esa mirada infinita de ojos negros. Era guapísimo y hacía atletismo, así que su cuerpo era pura fibra, bien musculado y proporcionado, no podía dejar de mirarlo.

Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta de la facultad como la mía. Ni queriendo nos hubiéramos puesto de acuerdo. Megan nos miró y no pudo evitar reírse por la situación. Me pareció escucharle decir “un estáis hechos el uno para el otro”, pero estaba embobada mirándole.

Se acercó a nosotros, saludó a Meg y a David y se acercó para darme un beso en la mejilla. Por pura intuición giré mi cara hasta que nuestros labios se encontraron, fue un beso corto, pero precioso. Al separarnos él me miró con sus profundos ojos oscuros y sonrió. Me encantaba que sonriera así, le salía un pequeño hoyuelo en la mejilla que daban ganas de besar.

—¿Te han dicho alguna vez que eres guapísima? —Otra vez se me iba a salir el corazón del pecho. Le di un codazo y acepté la mano que me daba.

Pasaron dos meses y las fiestas de navidad ya se iban acercando. Mi relación con Jordan iba viento en popa, no definimos lo que éramos, aunque tampoco nos hacía falta. Él todas las mañanas me recogía en la residencia para desayunar e ir a clases, siempre que nos era posible almorzábamos juntos. Por las tardes él se iba a entrenar y yo a trabajar.

Todo parecía tan normal y a la vez tan extraño. Nunca me pedía más de lo que yo le daba, nuestros besos eran puro amor, fuimos a un par de fiestas y nunca se separaba de mí. Siempre tenía palabras románticas que decirme, me estaba enamorando de él, cómo no hacerlo si seguía siendo todo un caballero conmigo.

El problema aparecía cuando llegaba cada día al trabajo. Saludaba a Mimi, me ponía a recoger los libros, a atender y a ayudar en todo lo que me era posible. Sin darme cuenta recorría los largos pasillos de la librería buscando la mirada azul y ya hacía dos meses que no sabía nada de él.

Desde que Megan lo echó de nuestra habitación y no le contesté el mensaje que me mandó, no volví a saber de él. Sé que era lo mejor para mí, pero no conseguía entender por qué no podía quitármelo de la cabeza.

Trent

Salí de la habitación confuso, enojado conmigo mismo por no saber por qué había reaccionado así, cabreado por no entender a qué se debían sus lágrimas, enfurecido con la pequeña Megan porque esa chica era muy poca cosa, pero sabía cómo dar miedo.

Tenía que haberme esforzado más e intentar hablar con Maggie, aun así, sabía que lo mejor era alejarme de ella. Yo no le traería nada bueno, mis fantasmas eran más fuertes que yo.

Desde que tenía uso de razón siempre pasaba lo mismo, era hijo de una madre soltera débil que prefirió quitarse la vida antes que cuidar de mí. Mi familia prefirió tenerme en un centro internado en el que sólo buscaba problemas. Era un chico problemático, a mis diecinueve años me era más fácil solucionar los problemas a golpes que hablando, aunque la cosa mejoró un poco cuando mi tío me sacó de allí.

Me dio una nueva oportunidad y tenía que agradecerse de la mejor manera que pudiera. Eso sólo podía hacerlo intentando meterme en las mínimas peleas y si podía evitar que se enterara, sería muchísimo mejor. Era un hombre mayor y se estaba gastando una pasta en mí para que fuera un chico corriente al que pareciera que no habían maltratado en un maldito correccional.

Sin pensármelo dos veces me dirigí al gimnasio de la universidad, tenía que desahogarme con el saco de boxeo antes de buscar a Jordan y patearle el culo porque era lo que más me apetecía en ese momento. No sé por qué, pero esa chica despertaba en mí sentimientos que nunca había sentido.

Con lo fácil que siempre había sido todo, podía tener a la chica que quisiera y me deshacía de ellas con mucha facilidad, pero esta vez era distinto. Maggie era diferente, sentía que no podía hacerle daño, aunque la polla me dolía cada vez que la veía. Necesitaba hacerla mía, seguía pensando lo mismo, con una sola vez no me valdría y seguro que dos tampoco serían suficientes. No, no quería atarme a nadie, no era un capullo de esos que parecían perritos falderos detrás de una mujer bonita. Ni siquiera sabía de dónde salían aquellos pensamientos en los que veía más allá de un simple polvo.

Los días pasaban lentos, mi asistencia al gimnasio se hizo más continua de lo que pretendía, incluso el entrenador se sorprendió de verme allí tan a menudo. Empecé a practicar lucha, el saco de boxeo era inerte y no conseguía desquitarme de toda la rabia que había en mi interior.

—Veo que se te da bastante bien Trent, ¿has pensado en unirte al equipo de lucha? Nos hace falta alguien como tú.

—Yo sólo vengo a patear culos, no formó parte de ningún equipo.

—Bueno, podrías formar parte de este, además te valdría para tu nota final. Sólo tienes que seguir viniendo y patear un par de culos de vez en cuando en alguna competición, seguro que el que tengas público alentándote te hará sentirte mucho mejor.

—Bueno, ya veré lo que hago. Seguiré viniendo, eso no lo dude, cuando llegue el momento ya tomaré la decisión.

Lo que me faltaba, ahora me estaba convirtiendo en un chico normal, esos de los que siempre renegaba. «Seré gilipollas», pero me sentía bien. Además el tiempo que pasaba en el gimnasio me entretenía y no tenía que ir a la librería las horas que ella pasaba allí. Suficiente tenía ya con pasearme por el campus buscándola, cada vez que veía una melena rubia me paraba a mirar por si era ella.

Una noche consiguieron convencerme para asistir a una fiesta en una de las casas de fraternidad, necesitaba beber y follarme a alguna chica tonta o me volvería loco. Llevaba allí ya un par de horas en las que no sabía cuánto alcohol había podido ingerir, ninguna chica llamaba mi atención, ninguna era como ella hasta que de repente la vi.

Iba preciosa con unos vaqueros que se ajustaban perfectamente a su trasero, una camiseta de tirantes semitransparente y unos tacones de infarto. Quería acercarme a ella, la borrachera hubiera sido una buena excusa si no fuera porque el gilipollas de Jordan la llevaba agarrada de la cintura.

¡Pero qué cojones! Él le hablaba al oído y ella se reía. Vi cómo se besaron un par de veces, la complicidad que había entre ambos y no me lo pensé dos veces. Me giré y allí había una chica, esa me valdria, habíamos tonteado hacia unos minutos. La cogí de la mano, me la llevé a la habitación más cercana e hice lo que tenía que haber hecho la primera vez que vi a Margaret, ignorarla y pasarle mi frustración a la primera que se cruzara por mi camino.

Al día siguiente me levanté con una jaqueca tremenda, no sabía dónde cojones estaba, sólo que tenía a una morena enredada en mi cuerpo. Me separé de ella, fui al baño, me lavé y, como hacía siempre, me fui de allí.

No me sentía mejor después de haber echado un polvo porque no era a esa tía a la que quería sentir bajo mi cuerpo. Tenía que ponerle remedio a esto, tenía que conseguir acercarme de nuevo a Margaret, si tenía que parecer un chico normal para ello lo haría. Maggie conseguía hacer temblar mi mundo sin apenas conocernos.

¡Pero qué cojones! ¿quién era yo? No lo sé, me daba igual, pero necesitaba hablar con ella y solo podía hacerlo en un sitio, algo neutral para los dos, el trabajo sería nuestro campo de batalla.

Era domingo y decidí pasar varias horas en el gimnasio. Cuando salí no sabía cuántas horas había estado, sólo sabía que entré de día y era de noche cuando llegué a casa. Estaba agotado, me dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía. Corrí, pateé el saco de boxeo, levanté más pesas que en toda mi vida, pero necesitaba aquello, tenía que quitarme toda mi mierda de encima antes de la conversación que quería tener con ella.

Estaba en mi coche cuando la vi entrar. Su rutina era siempre la misma, saludaba a Mimi, se preparaba un café en la máquina y se ponía a trabajar. Me encantaba ver desde la ventana cómo se paseaba de pasillo en pasillo ayudando a todo el que la necesitaba. Lo que más odiaba es como algunos la miraban, exactamente como yo lo hacía, con deseo. Esta vez no arrancararía el coche y me iría como siempre, entré sin pensárselo dos veces, tenía que verla y hablar con ella.

Margaret

Mientras ordenaba la zona de libros de ciencia ficción escuché entrar a alguien. Me encantaba el tintineo que hacía la puerta cada vez que algún cliente entraba o salía, pero en ese mismo momento un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Era esa sensación, la misma que sentía cuando Trent estaba cerca, ¿por qué aparecía ahora después de dos meses sin saber de él?

Mimi me contó que era sobrino de Myles, nuestro jefe, que ahora pasaba las tardes en el club de lucha de la universidad y por eso no pasaba las tardes allí como antes. Todos estaban sorprendidos con su nueva actitud, él y las relaciones con otras personas no eran compatibles según sus palabras.

Bueno a lo mejor la excusa de estar allí era yo o eso quería pensar. A lo mejor se arrepentía de lo que había pasado. Sí, solo fue un beso, un apasionado e increíble beso, pero yo me puse a llorar. Él intentó hablar conmigo, pero no lo dejé y Meg tampoco. Sólo hizo el intento a través de un mensaje y desde entonces nada. Sí, había sido una más, a lo mejor estaba dándole demasiadas vueltas y solo venía de paso.

Tenía que dejar de buscarle respuestas a todo, mi madre me dijo que me guiara por mi corazón, que dejara de pensar tanto las cosas y lo había hecho. Me sentía genial con Jordan, era algo bonito, pero seguía sin ser completo. Poco a poco necesitaba más, mi cuerpo estaba preparado pero mi mente no. Sólo en mis sueños había alguien con quien llegaba a más y era él.

Trent

Estaba de pie frente a una estantería y sé que notó que yo estaba allí porque yo también sentía esa sensación que me recorría el cuerpo y llegaba hasta mi entrepierna. Despertaba algo increíble en mí.

Avancé unos pasos hasta encontrarme justo detrás de ella, quería tocarla, tenía que ser fuerte, esa conversación estaba pendiente entre nosotros y no quería joderla otra vez.

—Ho... hola, Maggie. —¡Joder! Iba a ser más difícil de lo que pensaba—. Espero no molestar, pero necesito disculparme. —Ella se giró y me miró fijamente a los ojos, esa mirada azul me encantaba—. No sé qué pasó el otro día, pero no quería... bueno, sí quería besarte, pero no quería que acabara así.

—Disculpas aceptadas. —Su voz era igual de preciosa que ella.

—Sé que no nos conocemos. —Tenía que hacerlo, esa era el momento—. Sé que soy un completo gilipollas, pero sé que tú lo sientes igual que yo. —Sus ojos no dejaban de mirarme, si seguía haciéndolo no podría seguir hablando—. Sé que no merezco que me hables y no puedo arreglar lo que he hecho, pero al menos me gustaría tener una oportunidad. —¡Dios! Llegaba lo más difícil—. Deja que nos conozcamos, déjame enseñarte quién soy de verdad. —Ya estaba dicho—. Por favor, dime algo...

Silencio, sólo había silencio, ella bajó la mirada y no me decía nada, quería cogerla de los hombros y zarandearla para que hablara. Pero no podía hacerle eso, si no quería saber nada de mí lo entendería.

—Trent... —Su voz era un simple susurro que me sacó de mis pensamientos—. Yo... no puedo... no sé cómo hacerlo... Jordan... él y yo ahora estamos bien, no me conoces y no sé si quiero que lo hagas.

—Déjame intentarlo, no te pido más que eso, concómete tú a mí, déjame al menos ser tu amigo.

—Vale... pero dame tiempo. —¿Ha dicho que sí? ¿En serio?—. Sí, yo también lo siento, pero es difícil. Por favor,...

—De acuerdo, solo déjame explicártelo. Entenderé que tú no lo hagas, pero cuando tú puedas, solo dame la oportunidad de explicarme, de contarte mis fantasmas y saber quién soy.

Margaret

No sé de dónde sacaba las fuerzas. No lo conocía y quería hacerlo. Trent despertaba cosas en mí que nadie había hecho jamás, me hacía sentir mujer, querer más, pero no podía dejar de la noche a la mañana a Jordan. Él me hacía sentir bien conmigo misma, no me pedía explicaciones. Si lo pensaba en frío, si no fuera por los besos apasionados, lo nuestro parecía una amistad, parecía que se conforma con mi simple compañía.

—Te dejaré seguir trabajando. Por favor, piensa en lo que te he dicho, tienes mi teléfono, cuando quieras que hablemos solo dímelo. —Se dio la vuelta y se fue.

El resto de la tarde fue extraña, fue como si pasara toda la tarde por las nubes pensando en todo lo que Trent me había dicho. Estaba raro, su actitud no era la misma, era extraña, parecía triste. Sus ojos no tenían esa luz de la primera vez que se dirigió a mí, sentía curiosidad por saber más de él, necesitaba saber de qué fantasmas hablaba.

Yo no estaba preparada para contar más de mí, mi pasado era una absoluta mierda y quisiera o no, siempre estaría allí. Él me había dicho que no era necesario que le dijera nada, sólo que le permitiera conocerlo.

Pasaron los días y me dediqué a estudiar. Evité a Jordan, no podía enfrentarme a él, no quería verlo y sentir que lo iba a traicionar de alguna manera. Después de la charla con Trent sólo tenía una cosa clara, Jordan era un amigo, no podía sacar mucho más de aquella relación, no quería darle más de mí, no podía tener un futuro con él porque no conseguía imaginarlo.

Estaba sentada en mi habitación frente a mi ordenador intentando realizar una redacción de un libro al azar y decidí hacerlo de Cumbres Borrascosas. En los meses que llevaba en la Los Ángeles lo había leído tres veces seguidas, así que ese tenía que ser el libro.

Tal vez tanta lectura romántica hacía que siempre soñara en cuentos de princesas y príncipes azules, mis pensamientos pasaban de Trent a Jordan y de cómo me sentía con ambos. Sabía lo que sentía por Jordan, sí, le quería, pero como amigo y por Trent, no lo sabía, pero necesitaba saberlo. De repente un sonido me sacó de mis pensamientos, era la puerta, me levanté y sin preguntar quién era la abrí.

—Hola, preciosa. —¡Joder! era el momento de enfrentarme a la realidad—. ¿Ha pasado algo? Hace días que no sé nada de ti.

—Yo... hola. —No podía articular palabras—. Lo siento, Jordan. —empecé a llorar, las lágrimas salieron solas, no podía controlarlas, me abrazó y entramos en mi cuarto.

—Shhh. Dime qué pasa, sabes que puedes contármelo. —Me acariciaba los brazos intentando reconfortarme.

—Sólo es que no puedo, Jordan, no puedo seguir engañándote. —Bueno, ya estaba dicho, me separó y me miró de una manera que nunca creía que pudiera hacerlo—. No, Jordan, no es lo que piensas, solo es que... —¡Dios, era muy difícil!—. No puedo seguir engañándote y engañándome, esto no va a salir bien.

—Pero Maggie, yo te quiero. —Esas palabras me dolieron más de lo que nunca hubiera imaginado, creía que la primera vez que las escuchara sentiría mariposas en la barriga y sin embargo me sentaron como un jarro de agua fría—. Sé que con el tiempo tú podrías quererme también.

—Jordan, yo te quiero, pero no como tú necesitas, eres un gran amigo, me encanta pasar tiempo contigo, pero no puedo hacerte esto ni hacérmelo yo.

Me soltó bruscamente, la expresión de su cara cambió del miedo a la furia de repente, no entendía lo que pasaba por su mente en ese momento y sentí miedo, solo había visto esa mirada una vez y siempre me acompaña en sueños. No, otra vez no, por favor...

—Serás... ¡puta! —Me quedé bloqueada—. Llevo aguantando tres meses, siendo un completo gilipollas, comportándome con un caballero contigo y ahora me vienes con esto, tenía que haber hecho caso a los demás, haberte echado un polvo y dejarte tirada, que es lo que mereces. —Levanté mi mano y le propiné una bofetada que me dolió la palma de la mano, yo llevaba varios días preocupándome por cómo decírselo y ahora esto—. ¡Serás zorra! —Entonces fue él quien me golpeo y caí de rodillas al suelo rota de dolor, mis lágrimas no conseguían brotar, todo se me nubló, no sé cuándo se fue, no sé cuánto tiempo pasó.

—Maggie, ¿qué te pasa chica? —Era la voz de Megan. Yo me encontraba en mi cama, hecha un ovillo, llorando sin lágrimas—. Por favor, háblame. ¿Qué pasa? llevas ahí más de media hora, no me contestabas. —Yo intentaba hablar, pero no conseguía que las palabras salieran de mi boca, estaba bloqueada, era otra vez esa sensación...

Margaret

Las voces iban y venían, no sabía dónde me encontraba. Me sentí flotar, me llamaban y yo no conseguía responder. ¿Qué me estaba pasando? Sentí que alguien me tocaba, me llevaban en brazos, como si flotara, me movían y volví a caer en un extraño sueño.

Todo pasaba muy lento, escuché que lloraban, que me llamaban, pero yo no conseguía responder. "Princesa, estoy aquí. Contéstame", era mi madre. Quería gritarle, decirle que estaba bien, pero me era imposible, no podía verla, los ojos no me respondían, solo veía oscuridad. Por más que intentaba moverme, era imposible, sentía un gran peso sobre mi cuerpo.

Abrí los ojos y la luz me cegó. No sabía dónde estaba, sólo escuchaba un pitido y noté que alguien me agarraba la mano. Giré la cabeza y vi a mi madre sentada junto a mí.

—Ma... mamá. —Tenía la garganta seca, las palabras se agolpaban por salir.

—Maggie... —Sus lágrimas corrían por las mejillas—. ¡Oh, mi princesa! Estás despierta.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Dónde estoy? —Me acercó un vaso de agua e intenté beberlo rápido, pero tenía la garganta tan seca que me fue imposible. Se limpió las lágrimas y me acarició la mano.

—Maggie estas en el hospital, hace tres días te desmayaste y has estado inconsciente hasta ahora. —¿Habían pasado tres días? Pero... ¿cómo? ¿Qué pasaba? Sólo tenía recuerdos vagos y de repente me acordé. Ví la cara de Jordan, sentí su mano golpeándome la mejilla y empecé a llorar—. Cielo, tranquila. No hace falta que hables ahora, sabes que estoy aquí para ti, solo ponte bien para que podamos irnos. Ahora voy a avisar al médico, ¿vale? —Me acarició el pelo y salió de la habitación.

Observé la habitación donde me encontraba. Tenía una máquina conectada a mi brazo a través de una vía, ese era el pitido que había escuchado en mi inconsciencia. Tenía un gotero de suero suspendido sobre mi cabeza, estaba débil, llevaba allí tres días y necesitaba recordar lo que había pasado.

—Maggie, preciosa. ¡Qué alegría volver a verte! —Sonreí, era Megan, ese cuerpecito pequeño era siempre pura energía—. Me tenías tan asustada, chica. ¿Qué pasó? Llegué a la habitación y no me contestabas, me crucé en el pasillo con Jordan y sólo me gritó. Intenté hablar con él varias veces, pero no contesta a mis llamadas.

—Yo, no lo sé, él y yo... hemos roto Meg. él... —Tenía que pensar que palabras usar para explicarle lo que pasó—. Él se portó mal conmigo. —Y empecé a llorar de nuevo.

—Sshh, tranquila. No tienes por qué contarme nada ahora, solo descansa, ¿vale? Ya estás despierta, verás cómo en nada estamos de fiesta otra vez. —Su sonrisa siempre animaba.

Pasaron dos días más y vinieron a visitarme al hospital los compañeros del trabajo. Mimi me trajo Cumbres Borrascosas, sus palabras fueron "*te faltan cuatro capítulos de esta cuarta pasada, así que ya sabes, terminalo*". Nicole me dijo que tenía que recuperarme pronto, que estaba todo hecho un desastre y que hacía falta mi orden y mi alegría en aquella librería.

Megan vino esas dos tardes después de las clases, me contaba todo lo que hacían y me decía que no me preocupara, que ella me lo estaba anotando todo. Hablamos de las pruebas que me hicieron y de que no vieron nada raro, así que esa misma tarde me darían el alta. Simplemente dijeron que había sido un ataque de ansiedad aunque con muchas palabras técnicas que me tuvieron que aclarar.

Mi madre y Megan me acompañaban esa tarde esperando a que pasara el médico para poder salir de aquel lugar.

—Mamá, no te preocupes. Ya has escuchado al médico, estoy bien y quiero volver a las clases porque ya he perdido mucho tiempo aquí encerrada.

—Maggie, unos días de reposo más no te vendrían mal. —Siempre tan preocupada por mí—. Venga, cielo.

—Mamá, recuerda lo que me dijiste, que me guiara por mi corazón. Necesito seguir con mi vida, por favor.

—Vale, cielo, pero tienes que contármelo. —Aún no le había dicho nada, sólo Meg sabía algo, pero desde la primera conversación que tuvimos el día que desperté ella no volvió a preguntarme nada más—. Voy a buscar los papeles, estoy deseando que salgamos de aquí. —Se levantó y me dejó sola con Megan.

—Meg... ¿puedo preguntarte una cosa? —asintió—. ¿Sabes algo de Jordan? —La vi dudar, pero finalmente empezó a hablar.

—Yo... —dudó—. No he conseguido hablar con él, Maggie. Por más que lo he intentado, pero David, ya sabes que tienen amigos en común y ha oído cosas... —Tragó saliva—. Cosas que no me creo Maggie. Él dice que tú y él... —Empezó a bajar la voz—. Maggie, ha estado con otras chicas mientras estabais juntos... —Su voz se perdió en un susurro.

—Lo sé. —Después de lo ocurrido ese día ahora lo sabía—. Bueno, más bien me lo imaginaba, Meg. Él me dijo cosas muy feas, me llamó puta, me llamó zorra, yo lo abofeteé. —Meg se acercó a mí y me agarró la mano—. Y él me respondió de la misma manera. Ya no recuerdo nada más.

—Hijo de pu... —Le tapé la boca.

—Por favor, Meg. Esto no puede salir de aquí, me da igual lo que digan de mí, sólo quiero salir de esta maldita habitación, volver a mis clases y seguir con mi vida.

No dijo nada más porque mi madre entró. Me dolía no contárselo, pero no quería que volviera a sentir lástima por su hija y por la mala suerte que tenía con los chicos.

Tres horas después llegamos a la residencia y obligué a mi madre a irse nada más instalarme. Era tarde y quería quedarme sola.

Trent

Pasó una semana, los días más largos de mi vida. Le abrí mi corazón y no supe más de ella. Me daba una paliza cada día en el gimnasio, evitaba ir a la librería y hablar con mi tío. Ella quería espacio, pero ya no podía más.

Estaba en el mismo sitio que siete días atrás, en la puerta de la librería y, por más que miraba, no la veía, no estaba, no la sentía. Una sensación de terror recorrió mi cuerpo y salí apresurado del coche. Entré y allí estaba Mimi como siempre, con su amplia sonrisa.

—¿Dónde está? —Le grité.

—Buenas tardes a ti también y podría responder a tu pregunta si supiera por quién preguntas.

—Joder, Mariam. ¿Quién va a ser? ¿Dónde está Margaret?

—¿No te has enterado, Trent? Eso te pasa por no cumplir con tus obligaciones. —¿Qué había pasado? Joder, chica, habla—. Maggie ha estado enferma, hace cinco días la ingresaron en el hospital, pero hoy ya le dieron el alta.

Salí corriendo de allí sin rumbo alguno, en ese momento me cuadraron los comentarios que escuché sin prestar atención esos cinco días atrás en los vestuarios del gimnasio. No era sociable, por lo que lo que hablaban los otros chicos de chicas me daba igual, pero aquellas frases aparecieron en mi cabeza como una revelación. "*Sí, la rubita por lo visto es una fiera*", "*le gusta que le den fuerte*", "*Jordan ha jugado bien durante tres meses y ella ni se ha enterado*", "*ahora que está sola, yo seré el próximo*". Hablaban de Maggie, ahora lo sabía. Por fin tenía un destino, ese gilipollas me iba a escuchar.

Llegué a las pistas de atletismo, él siempre estaba allí mientras yo entrenaba. La tarde era fría, apenas faltaba una semana para navidades y muchos estudiantes ya no estaban, por lo que Jordan estaba sólo. No lo dudé, salí corriendo y me abalancé contra él, no quería escucharlo, solo partírle su bonita cara.

—¿¡Pero qué haces gilipollas!? —Me gritaba mientras le sujetaba contra el suelo—. ¡Quítate de encima!

—¿Qué cojones le has hecho? —Solté un puñetazo contra su cara.

—¿A quién, joder? ¿A Maggie? Yo nada, ella me lo hizo a mí, solo es una calentapollas. —Consiguió salir de debajo de mí y poner algo de distancia entre ambos, me dolía el puño y a él le iba a quedar marca en su ojo derecho—. Vete de aquí y pregúntale a ella.

Me abalancé de nuevo contra él, la ira invadía mi cuerpo y necesitaba descargar todo el odio que acumulé contra él durante aquellos malditos tres meses. Aguaté como pude, no quise interferir en nada porque la veía feliz, pero ya no tenía por qué retenerme. Lo sujeté del cuello de su camiseta y, propinándole nuevamente un puñetazo en la cara, dejé que su cuerpo cayera al suelo. Le brotaba sangre de la nariz, con aquello, por ahora, tenía que ser suficiente.

Me di la vuelta y fui rápidamente hacia el coche. Corrí todo lo que pude y pensé que debería haber ido andando, seguro que hubiera tardado menos que buscando un maldito aparcamiento y cuando me quise dar cuenta estaba en la puerta de su habitación. De verdad que no me reconocía a mí mismo. ¿Qué tenía esa chica que me hacía actuar así? Sí, lo sabía, me hacía sentirme bien, no un completo gilipollas que solo pensaba en mí. Llamé a la puerta y esperé.

Margaret

Estaba a punto de acostarme. Meg y yo íbamos a ver una película, nos decantamos por algo romántico. Bueno, lo hizo ella, yo hubiera preferido algo más gore, no estaba para romanticismo. En ese momento llamaron a la puerta, Meg se levantó y abrió.

—¿Qué haces aquí? Ya te eché una vez y volveré a hacerlo. —¡No! Trent...

—Déjame hablar con ella, ¿qué ha pasado?

—¡Y a ti qué te importa! —Llegué a la puerta y sujeté a Meg por la mano que agarraba el pomo haciendo que Trent no pudiera mirar hacia el interior.

—Tranquila, Meg. Déjalo hablar, estamos bien. Él se disculpó y yo acepté sus palabras. —Megan me miró extrañada, pero soltó la puerta y lo dejó entrar—.

¿Podrías dejarme un momento a solas con él?

—Estaré en el pasillo. Si en cinco minutos no sale él, entró yo —la miré sonriente. Esa chica era toda una matona y se preocupaba por mí como poca gente hacía.

Entramos en la habitación y me senté en la cama. Él arrimó una silla del escritorio y se sentó mirándome a los ojos. Nos quedamos así un par de minutos, observándonos, sintiendo escalofríos hasta que él agachó la cabeza y habló.

—Margaret, ¿qué ha pasado? Me preocupó no saber de ti y ahora me entero que has estado en el hospital. —Su voz era triste—. ¿Es por mi culpa? Si es así, perdóname, sé que soy un completo gilipollas...

—No, Trent. No tiene nada que ver contigo, pero gracias por preocuparte, sólo me encontraba mal.

—Y Jordan, ¿qué ha pasado con él? —¿Qué sabía él, por dios? Meg me había dicho que en el campus se escuchaban cosas, pero ¿qué se decía?—. Me ha dicho que te lo preguntara a ti.

—¿Lo has visto? —Entonces miré sus manos porque no paraba de tocárselas—. Trent, eso es sangre, ¿qué has hecho? —Me acerqué a él y le cogí las manos. Levantó la vista y me miró. Esa mirada azul que congelaba el tiempo y hacía latir más fuerte mi corazón.

—He oído cosas, Maggie, cosas que no me gustan de ti. Le busqué para obtener respuestas, no me paré a pensar...

—¿Os habéis peleado...? —¡Dios! por una parte sentía miedo, no quería que le hubiera hecho daño. Era un gilipollas sí, pero no me gustaba la agresividad. Por otra parte, se lo merecía—. Trent, contéstame, ¿le has pegado?

—Bueno,... sí, joder. Te llama calentapollas, te insulta y he oído que te estaba engañando. ¡Joder, Margaret! ¿No ves que me gustas? —Me quedé bloqueada, acababa de decirme que yo le gustaba, no era posible—. Por favor, di algo.

—Trent, no puedes decir que te gusto, no me conoces, no sabes nada de mí, no sabes quién soy ni la mierda que me acompaña. —Me puso los dedos en los labios para silenciarme.

—Sé lo suficiente, Margaret. Sé que desde que te vi la primera vez en la librería, cuando llevaste tu currículum, me gustaste, me hiciste sentir vivo, hacía mucho tiempo que no me sentía así, si es que llegado a hacerlo alguna vez. —Estaba siendo sincero conmigo y yo no podía más que mirar sus labios y escuchar lo que me decía—. He sido un completo gilipollas durante quince años, desde que mi madre decidió que dejar el mundo era mejor que estar conmigo. He estado en centros donde me pegaban a diario, donde solo el más fuerte podría sobrevivir, o era uno de ellos o me hundía más en la mierda, así que decidí ser un completo imbécil. Sé que no me he portado bien, sé que he tratado mal a muchas chicas, pero ninguna me ha importado como tú. Ahora me doy cuenta, las estaba haciendo sentir como se sintió mi madre cuando el gilipollas que la dejó embarazada no quiso saber nada de ella, yo no quiero ser así y desde que te conozco, sé que contigo sería diferente. —Terminó de decirlo y se levantó de la silla. Me miró, pero yo no podía decir nada. Se iba a ir si no hacía nada al respecto.

—Trent... —Se detuvo justo antes de llegar a la puerta—. No sé qué decirte, lo siento. Tú... tú también me gustas, pero es complicado. —Ahora sí me miraba y vi brillo en sus ojos—. Yo no puedo darte lo que tú quieres, lo siento. —Volvió sobre sus pasos y me agarró las manos.

—Princesa —¡Dios! Había usado las palabras cariñosas que siempre usaban mis padres, el corazón se me iba a salir del pecho—. Querías espacio, te lo he dado y mira lo que nos ha hecho. Ahora me dices que yo también te gusto y no puedo alejarme de ti, lo entiendes, ¿verdad? No sé qué es eso que no puedes contarme, pero estaré aquí para cuando quieras hacerlo y ya me has dado todo lo que quiero, te quiero a ti.

Mis lágrimas corrían por mis mejillas y esta vez no eran de tristeza. Este chico malo, al que todo el mundo decía que no me acercara, me acababa de decir que le gustaba y segundos después que me quería. Tenía que luchar con mis mierdas del pasado porque no quería perder la oportunidad de seguir sintiendo lo que sentía cuando lo tenía cerca, así que me abracé a él y lo besé con toda la pasión que provocaba en mí. Como si ese beso fuera lo último que iba a hacer en la vida y él me respondió. Esa vez fue suave, precioso, todo amor.

Margaret

No era tan fácil como parecía. Después de aquella noche, Trent entendió que no podíamos ir deprisa, era tan nuevo para él como para mí lo que sentíamos. Él estaba dispuesto a darme espacio y yo tenía que pensar cómo procesarlo todo. Un miedo recorrió todo mi cuerpo, un miedo que se apoderó de mí y no pude evitar hacer caso a mi intuición, necesitaba irme de allí, tenía que volver a huir.

—Mamá, tengo... necesito irme. Sé que es la primera vez en dieciocho años que nos separaríamos tanto, pero quiero volver a España, volver a Sevilla por Navidad. Puedes acompañarme o me voy sola, tú decides. Ya he hablado con María y su familia está encantada de que pase las navidades con ellos. Así que, por favor, no me lo pongas difícil.

—Princesa, todavía no me has contado lo que pasó, aun así sabes que no te presionaré. Si es lo que necesitas, lo entenderé, pero no puedo ir. Estas fiestas hacen que tenga más trabajo, pero, por favor, prométeme que cuando estés preparada hablarás conmigo.

No podía decirle a nadie más que me iba, tenía que salir de allí antes de arrepentirme de mi decisión. Al día siguiente salía mi vuelo, a primera hora estaría rumbo a mi hogar. Ese fin de semana lo pasaría en casa con mi madre y Meg ya estaba en su casa, por lo que no sabía nada de mis planes. Trent respetaba mi espacio como me prometió y sólo de vez en cuando me mandaba un mensaje para saber cómo me iba el día.

Eran las seis de la mañana y me encontraba en el avión sentada esperando que avisaran de que el vuelo saldría. Era el momento de explicarle a Trent que me iba, mi madre creía que era solo por dos semanas, pero yo sabía que no sería capaz de volver en mucho tiempo.

"Lo siento, no he tenido el valor de decírtelo a la cara. Te debo muchas explicaciones, pero no puedo dártelas. Pienso muchas veces que tú lo entenderías, pero yo me cuesta bastante vivir con mis fantasmas como para hacerte participe de mis sentimientos. Tal vez sea cobarde, tal vez sea una estúpida, pero necesito irme. Tú no eres como todos creen, pero tampoco eres la persona que crees que eres cuando estás conmigo. Esto es una locura, lo sé, pero no nos conocemos, no lo olvidas nunca. Yo no estoy preparada para lo que mi cuerpo pueda darte, mis miedos son mayores que mi pasión y tú eres más fuerte que mi cordura. Necesito huir, correr, desaparecer, por favor, no me preguntes por qué, no intentes hablar conmigo, déjame alejarme sin sentirme más culpable. Gracias por hacerme sentir así, aunque solo hayan sido unos días, gracias por saber respetar mi espacio, nunca seré lo suficientemente valiente para enfrentarme a lo que tantas veces anhelo. Ahora que eres más fuerte sigue adelante, tal vez algún día volveremos a encontrarnos y, citando a Miguel de Cervantes, "Confía en el tiempo, que suele dar salidas a muchas amargas dificultades." "

Le di a enviar y apagué mi móvil. La vida que quería empezar acababa ahí, se lo explicaría a mi madre cuando llegara el momento. Era mayor de edad y necesitaba retomar las riendas de mi vida. En los últimos meses lo había intentado con todas mis fuerzas, pero no lo conseguí en ningún momento, volvía a la casilla de salida, tenía que empezar otra vez...

Seis meses después.

Todo parecía ir bien. Mi madre estaba triste, lo sabía por cada llamada que compartíamos, por cada mensaje que nos mandábamos, pero yo empezaba a ver la luz.

Retomé mis estudios, veía a mis amigos de siempre cada día, podía vivir con los ahorros que mi padre reunió para mí, mi madre me mandaba dinero y tenía alquilado un pequeño estudio en el barrio de Triana.

Me acordaba cada día de la vida que había podido tener y dejé atrás, pero ahora podía o por lo menos intentaba empezar otra vez.

Mi vida parecía sencilla porque era pura rutina. Me había matriculado en Filología, finalmente deseaba escribir y aunque tenía claro que para ser escritor no era necesario tener estudios, quería estar preparada para el mundo del que quería formar parte. Ese verano realizaría trabajos de becaria en una editorial, me servirían para poder tener un primer contacto con este mundo, aunque siempre había escrito quería aprender de los mejores.

Llegó el día, estaba súper nerviosa y me dirigía a un precioso edificio en el casco antiguo de Sevilla. Prácticamente viví toda mi vida aquí y siempre me seguía enamorando de lo hermosa que era la ciudad, sus callejuelas, su historia, sus preciosos monumentos, pero el nerviosismo que sentía no dejaba que me empapara de las maravillas que pasaban por mi lado mientras caminaba escuchando en mi iPod la preciosa canción de Passengers, Let Her go.

"Bien, sólo necesitas la luz cuando se está consumiendo, sólo echas de menos el sol cuando empieza a nevar, sólo sabes que la quieres cuando la dejas marchar. Sólo sabes que has estado bien alto, en una buena racha, cuando te sientes de bajón. Sólo odias la carretera cuando echas de menos tu casa, sólo sabes que la quieres cuando la dejas marchar, y la dejas marchar. Mirando fijamente el fondo de tu vaso, esperando el día en que hagas durar un sueño, pero los sueños llegan despacio y se van tan rápido. La ves cuando cierras los ojos, tal vez un día entenderás por qué todo lo que tocas, de seguro que se muere." "

Sabía en quién pensaba cuando escuchaba esa canción, iba dedicada a una chica, sí, pero en mi mente solo aparecía él, Trent. ¿Qué sería de él? le pedí que no intentara ponerse en contacto conmigo y respetaba mi decisión, aunque mi subconsciente esperaba aquella llamada con ansias, que hubiera hecho algo por saber de mí. Entonces mis pensamientos cambiaban, tal vez era cierto, pero él no cambiaría su forma de ser nunca. Ahora que yo no estaba podía seguir siendo el mismo chico de siempre, yo solo fui un capricho, seguro que cuando me alejé de allí el retomó su vida y se olvidó de mí.

Hablaba con Meg cada vez que podía, pero nunca me atrevía a preguntar por él, no quería, no debía y sin darme cuenta, enredada en mis pensamientos llegué a mi destino.

Estaba delante del precioso edificio donde trabajaría los próximos tres meses de verano. Hacía mucho calor, en Sevilla a la sombra se podía alcanzar fácilmente los cuarenta grados. Así que llevaba un sencillo vestido de tirantes estampado con preciosas flores violetas, el pelo recogido en un moño desenfadado y unas sandalias de tiras enrolladas a los gemelos.

Entré en el edificio y me dirigí a la recepción donde había estado días antes rellenando todo el papeleo para poder entrar sin ningún problema. Allí me entregaron mi acreditación, una tarjeta con mi foto y mi nombre. Margaret Clay, editora en prácticas, me encantaba cómo sonaba aquello.

Pasé por el torno con mi tarjeta y me dirigí al ascensor, pulsé el botón de la tercera planta, saqué un pequeño espejo de bolso y me miré por última vez para ver que mi maquillaje seguía estando como debía. Tenía que conseguir dejar de soltar pequeñas lágrimas cuando pensaba en todo lo que había dejado en California.

A más de 9.000 km de distancias.

Trent

Todo era muy extraño, me había abierto a ella y de repente se iba, no entendía que pasaba. Meg no me quería decir nada, pero tras someterla a un tercer grado al

menos conseguí sacarle la dirección de la casa de su madre.

No sabía cómo iba a salir aquello, me pidió que no intentara contactarla y desde el principio me prometí que cumpliría su petición, aunque en ningún momento me dijo que no intentara saber de ella. Por lo poco que había conseguido sacar de Megan sabía que con su madre tenía una relación especial, necesitaba hablar con ella, explicarme, al menos saber que Margaret estaba bien.

Habían pasado varios días desde que se fue, no sabía cuántas veces había leído su correo, pero esa última frase no me gustaba. *“Confía en el tiempo, que suele dar salidas a muchas amargas dificultades”*.

Esa frase podía tener muchos significados, desde que el tiempo haría que olvidara lo que podía sentir por ella hasta que el tiempo podría ayudarnos a estar juntos. Tenía que saber cómo hacerlo, pero para ello necesitaba ayuda y su madre era la única salida.

Esa chica a la que apenas conocía me había hecho cambiar más que nadie que lo hubiera intentado. Necesitaba tenerla cerca, me encantaba sentirla junto a mí, era más persona cuando pasaba eso, me sentía vivo y cuando parecía que eso iba a pasar, se fue, llevándose mi alma con ella. Se la regalé y, después de irse, me quedé vacío. Empezaba a entender lo que me pasaba, aunque no quería reconocerlo, me había enamorado y me dolía ese sentimiento.

Sabía que mi madre me abandonó, se fue de este mundo por culpa de ese sentimiento y ahora yo sufría también por él, pero yo no era mi madre, tal vez los años en centros de menores me hicieron más fuerte y aunque, a la manera de Maggie, no iba a dejar de luchar por lo que quería, por ella.

Llegué a su casa. Me costó la propia vida bajarme del coche y llamar a su puerta porque ni tan siquiera sabía si su madre estaría allí y si, después de decirle quién era, querría hablar conmigo. Ya no tenía opciones y quería saber de ella, necesitaba planear bien cuál sería mi siguiente paso.

Llamé a la puerta y una mujer joven, de melena rubia y muy atractiva me abrió, al instante supe que era su madre porque el parecido era indiscutible.

—Hola, ¿te puedo ayudar en algo?

—Perdone que le moleste. No nos conocemos, pero tenemos a alguien en común de la que me gustaría saber. —Su mirada cambió y me miró con ojos tristes—. No sé si Margaret le ha hablado alguna vez de mí, soy Trent.

—Pasa, creo que podremos hablar mejor dentro. —Abrió más la puerta y la seguí hasta la cocina. Sin preguntarme siquiera me preparo un café, señalándome un taburete de la mesa para que me sentara—. No sé nada de ti, tan solo lo que me contó Maggie, pero creo que tú podrás ayudarme en entender por qué se ha ido.

—Solo sé que se ha ido señora.

—Llámame Laura, por favor. —Me interrumpió.

—De acuerdo, Laura. Yo no sé si podría decirle mucho, solo sé que se ha ido y me ha pedido que no me ponga en contacto con ella, pero no que no haga por saber, ¿cómo está? —Bajé mi mirada hasta la taza de café, me estaba abriendo a una persona que no conocía y todo por la chica que me había robado el corazón.

—A mí no me ha pedido que deje de contarte cosas, así que si tú me dices lo que sabes yo te ayudaré en todo lo que esté en mi mano siempre que sea bueno para ella. —Asentí levemente—. Así que ponme al corriente.

Le conté cómo me quedé prendado de ella la primera vez que la vi, cómo le robé los dos mejores besos que había recibido en mi vida, cómo ella se negaba a aceptar que sentía lo mismo que yo y cómo al final acabó confesándomelo. Le conté con más recelo cómo casi le destrocé la cara al imbécil de Jordan cuando me enteré de lo mal que la trató frente a sus amigos y no pude contarle nada más porque no sabía hasta dónde sabía y si eso podía correr en mi contra.

—No sé más, Laura, pero ella es especial. Me hace sentir muy feliz, lleno de vida y desde que se fue no sé qué hacer.

—Bueno, chico. Pareces sincero y no puedo contarte mucho de lo que le pasa a Maggie, no porque no lo sepa, sino porque ella no me perdonaría nunca si lo hiciera. —Había algo más que se me escapaba—. Pero si es cierto lo que me dices y por tu actitud parece que así es, te ayudaré en todo lo que pueda.

Me contó que estaba en España, que había vuelto a Sevilla y que no tenía intención de volver a corto plazo. Retomaría allí sus estudios cuando pasara el verano, así que empecé a darle vueltas, necesitaba saber cómo actuar, no podía aparecer en un país que no conocía, en una ciudad de la que apenas había oído hablar y buscarla y encontrarla al momento.

Salí de esa casa sabiendo mucho más de lo que me esperaba y tres horas después me veía con un billete de avión reservado para dentro de dos semanas, tenía muy poco tiempo para organizarlo todo e intentar saber cómo encontrarme con ella.

Margaret

Llegué a la tercera planta, estaba ansiosa por saber que funciones realizaría, aunque cualquier cosa referente a la escritura era bienvenida. Nada más entrar había un mostrador con el nombre de la editorial y una chica me sonreía detrás de él nada más abrirse las puertas del ascensor para poder acceder a la planta.

—Hola, soy Margaret Clay. Hoy empiezo a trabajar aquí en prácticas —me presenté.

—Hola, Margaret. Soy Silvia, encantada de conocerte. Ahora mismo aviso de que estás aquí, te va a encantar trabajar con nosotros. —Silvia era una chica muy mona, morena de ojos azules y con una sonrisa encantadora—. Espera sentada aquí si quieres.

—Gracias —le respondí con una gran sonrisa y me senté en un sofá tapizado de piel marrón que se encontraba en el lateral del mostrador de recepción. Junto a él había varias revistas y un precioso jarrón con tulipanes rojos.

Estaba ojeando una revista del montón que había allí cuando un hombre vestido con un elegante traje salió y me miró de arriba abajo. Era alto, muy atractivo, de pelo castaño muy bien peinado. Sus ojos eran marrones y cuando su mirada llegó a mi cara se acercó y me tendió la mano.

—Buenas tardes, señorita Clay. Soy Sergio y creo que tú serás mi ayudante durante los meses de verano. —Me levanté y acepté su mano—. Soy redactor de esta editorial y mi ayudante dejó su trabajo hace un par de semanas, así que tu ayuda será muy bienvenida. —Su sonrisa era preciosa y sus ojos brillaban al mirarme.

—El placer es mío, señor... —Me interrumpió.

—No, no, nada de señor. Llámame Sergio

—Llámame Margaret entonces —le respondí devolviéndole la sonrisa.

—Acompáñame, te enseñare cuál es tu puesto de trabajo y tus funciones.

Abrió la puerta de cristales que comunicaba con la zona de trabajo de la editorial y todo estaba lleno de mesas separadas por paneles. El lugar era espacioso y allí había más de cincuenta personas trabajando. Al fondo se veían varios despachos y nos dirigimos hacia allí, aluciné con todo lo que veía, cada una de las personas que se encontraban allí leían o corregían manuscritos, tomando anotaciones, tecleando en sus ordenadores, trabajo en estado puro. Llegamos frente a una de las puertas de uno de los despachos, parecía el más grande y en esta ponía el nombre de Sergio Estévez, el nombre de mi nuevo jefe.

—Esta mesa que está delante de mi despacho será la tuya, no creas que serás una simple secretaria, eres mi ayudante en todos los aspectos. —Me olía que tenía que estar trayendo cafés y cogiendo el teléfono—. Todos los manuscritos que tienen que pasar por mis manos antes deben pasar por las tuyas, así que me gustaría que los revisaras todos y agradecería tu opinión, siempre es buena la perspectiva de alguien que comienza.

—Gracias, espero hacerlo lo mejor posible. —Estaba de los nervios—. ¿Cuándo empiezo?

—En la mesa tienes un manuscrito que me llegó de un viejo amigo, me gustaría que lo leyeras, anotarás todas las impresiones que te dé su lectura, lo que sientes, lo que cambiarías, lo que quitarías y este viernes nos reuniremos para comentarlo. Por ahora eso sería todo para esta semana, después de dos semanas sin nadie tengo a más de media editorial entretenida, así que con eso te sobrará para ir familiarizándote. —Me dedicó una gran sonrisa y desapareció por la puerta de su despacho.

Bueno, esperaba que ese fuera el momento, que allí pudiera empezar de verdad mi nueva vida. Crucé los dedos porque así fuera, me acomodé en mi mesa, no había ningún tipo de adorno, estaba vacía si no fuera por el sobre que contenía el manuscrito que debía leer y el ordenador. Tendría que buscar algo para animarla un poco si tenía que pasar aquí ocho horas diarias, cinco días a la semana durante tres meses. Abrí el sobre y saqué un manuscrito, deseaba empezar a leer aquello aún sin saber de qué se trataba.

“Son las siete de la mañana, mi madre volvía a gritar y yo me levanté corriendo de la cama. Ella seguía dormida, como cada día tenía enormes pesadillas y yo solo era un crío de cinco años. Repetía lo mismo cada vez que le pasaba, me metía en su cama y me acurrucaba junto a ella cantándole canciones de la radio que sabía que la hacían sonreír cuando las escuchaba. Entonces se calmaba, me abrazaba y seguía durmiendo con tranquilidad.

Ahora soy yo quien me despertaba cada día de madrugada soñando aquello, empapado de sudor y con lágrimas en los ojos. Ese era el único recuerdo que tenía de ella, después de tantos años, es era lo único que me había dejado y la odiaba con toda mi alma.

Por su culpa ahora era la persona que era, un capullo que la había jodido y bien con la única persona que me había importado”

Me encantaba el inicio del manuscrito, así que seguí leyendo.

Trent

No es que supiera mucho, pero me puse manos a la obra. Durante dos días me dediqué a bombardear a Laura a preguntas hasta que conseguí averiguar que Maggie iba a empezar a trabajar en una editorial.

Decidí pedirle un último favor a mi tío y para mi sorpresa conseguí más de lo que me esperaba, así que mi plan iba bastante bien. Margaret no sabía que yo estaría allí hasta el momento adecuado, estaría a su lado más cerca de lo que pudiera imaginar, tenía que dejarle su espacio, eso lo tenía claro y, aunque, ella no lo sabía, sería ella quien se acercaría a mí, o por lo menos eso esperaba.

Fueron dos semanas muy complicadas, no salí del despacho de mi tío en todo el día, incluso más de una vez me quedé a dormir en el incómodo sofá que tenía allí instalado. Necesitaba hacer aquello, hacía muchos meses que lo dejé de lado, escribir siempre fue una buena salida para mi mal genio, pero esta vez podía servir para algo más y no iba a desperdiciar la oportunidad.

Margaret

El primer día de trabajo pasó rapidísimo, el manuscrito me tenía súper enganchada, era la historia de un chico que sufrió mucho en su infancia y nunca nadie se lo puso fácil. Su actitud para con el mundo tampoco es que ayudará mucho, tenía una manía malísima cuando leía y era irme al final del libro, pero para mi sorpresa este no estaba acabado. Eso me llevó a pensar que probablemente faltaría una parte por llegar, pero tenía que preguntarle a Sergio.

—Margaret, ¿aún estás aquí? —Miré el reloj y vi que eran las cuatro. Mi trabajo había terminado hacía una hora y no me había dado cuenta de que la oficina estaba casi vacía—. Veo que te gusta lo que lees.

—Sí, la verdad es que se me ha pasado el tiempo volando, además tenía que preguntarte una cosa sobre el manuscrito.

—Dime, ¿qué necesitas saber? —Me miró pensativo.

—A parte de que parece que el nombre no es definitivo, creo que falta una parte, ¿no?

—Sí, tienes razón. Aunque yo creo que finalmente el nombre se quedará tal cual. “Empezar otra vez” me parece que tiene gancho y sí, no está terminado, pero es un favor que estoy haciendo. Además tengo entendido que el autor del manuscrito vendrá dentro de varias semanas para intentar terminar su historia aquí, por lo visto perdió la inspiración allí. Ahora que ya sabes lo que querías saber, ¿te apetece comer? —Vaya, esa pregunta no me la esperaba, pero la verdad es que tenía hambre

y quería saber más sobre la editorial.

—Bueno, sí, eso estaría bien.

Salimos de la editorial y bajamos al sótano donde tenía aparcado un flamante Mercedes descapotable negro. Fuimos a mi barrio, a Triana, por lo que me dijo él vivía también por aquella zona y fuimos a tomar algo cerca de mi estudio. Era muy amable y yo me sentía bien en ese momento, así que empezamos a entablar una conversación amigable.

—Bueno, Margaret y ¿qué te ha hecho venir aquí?

—Yo soy de aquí, he vivido en los alrededores de Sevilla durante trece años, hasta que hace unos meses me fui a California con mi madre. La cosa no salió como esperaba, así que ya ves, he vuelto a casa. ¿Le puedo pedir un favor? —Asintió extrañado porque imagino que no esperaba esa pregunta el primer día de trabajo—. Llámame Maggie.

—Trato hecho. —Sonrió y me guiñó un ojo—. Ya decía yo que tenías un español muy fluido y ese acento no me cuadraba. —Nos reímos a carcajadas los dos.

—Sí, andaluza y sevillana de pura cepa y muy orgullosa de serlo. Y, si no es mucha indiscreción, ¿qué hay de ti? —Me moría de ganas de saber más sobre él—. Sabes mi edad, sabes de dónde vengo, lo que estudio,... la desventaja es abismal.

—Pues yo soy madrileño. Vine aquí nada más terminar la carrera por amor, pero este se esfumó. Ahora a mis veintiocho años, soy editor de una pequeña editorial de Sevilla y no me puedo quejar de mi vida, la verdad. —era solo nueve años mayor que yo. Así vestido de traje parecía mayor pero igualmente sexy.

—Bueno, unos vienen por amor y otros huimos de él —lo dije sin pensar y me miró con el ceño fruncido—. Mejor no hablemos de ello que la vida sigue y yo quiero disfrutarla.

—Amén por eso, Maggie. —Miró su reloj y se quedó pensativo—. Bueno, creo que ya es tarde. —entonces fui yo quien miró a el reloj en mi móvil. ¡Dios, eran más de las ocho de la tarde!—. Será mejor que te acompañe a casa, tengo que hacer unas gestiones antes de que se me eche el tiempo encima.

Me acompañó hasta mi apartamento y nos despedimos con dos besos en la puerta. Fue una tarde estupenda, hacía tiempo que no me lo pasaba así y menos con un chico. Bueno en este caso un hombre hecho y derecho... ¡y vaya hombre!

Mi apartamento estaba en la última planta y era un cuarto, pero me apetecía subir andando. La ventaja de estar en España era que a mis diecinueve años podía tomarme unas cervezas sin que me pidieran el carnet como en California y esa tarde habían caído unas cuantas, estaba algo achispada.

Cuando llegué a la tercera planta me fijé en un cartel dorado que había en la puerta de uno de los apartamentos, "Dr. Martín, Psicólogo". Muchas fueron las veces que mi padre me lo recomendó y nunca le hice caso. No sé lo que me empujó a hacerlo, simplemente cuando me quise dar cuenta, estaba llamando a la puerta.

Margaret

Simplemente entré, no sabía qué mosca me había picado, pero una vez que estaba dentro me sentí bien. Le di mis datos a la recepcionista y no me preguntó nada más. Si me hubiera dicho que en ese mismo momento me podría atender seguramente no estaría en aquella cita, pero en ese momento necesitaba estar allí.

Tal vez antes no lo necesitara, tenía fuerzas suficientes para afrontar mis miedos, pero sentía que ese era el momento. Si quería empezar otra vez tenía que romper con mi pasado, era ahora o nunca.

—Señorita Clay, el Doctor Martín le va atender ahora, puede pasar. —La recepcionista me habló sin despegar sus ojos del ordenador mientras tecleaba, se le veía entregada a su trabajo.

Me dirigí a la puerta que me señaló con la mirada en el momento que levantó la vista del teclado, sin llamar entré en aquella habitación. Era una sala pequeña y nunca me la habría imaginado así. Siempre relacioné la consulta de un psicólogo con una habitación blanca, un diván negro y un gran escritorio, cosas de las películas, pero era una sala bonita.

Estaba pintada en colores pastel, dos sofás color berenjena y una mesa pequeña en el centro. Frente a los dos sofás una silla grande de escritorio con una pequeña mesa al lado sobre la que reposaba un ordenador. Era una habitación bastante acogedora, en la pared del fondo se podían ver varios títulos y en el resto de paredes se veían cuadros muy bonitos de niños jugando, paisajes, flores, ... para nada parecía una sala donde contarías tus penas y secretos más íntimos.

—Pase, señorita Clay. Me alegro de conocerla. —Cuando me di cuenta, junto a la ventana donde estaban colgados los títulos, había un hombre de mediana edad. Rondaría los cuarenta y cinco años, de pelo rubio tornándose a canoso, vestía de forma bastante informal, con vaqueros oscuros, unos náuticos y una camisa celeste. ¡Vaya! Si hubiera sabido que podría ser así, probablemente mi padre habría ganado aquella batalla mucho antes—. Por favor, siéntese.

Avancé hasta uno de los sofás y me senté en el borde. Aunque el lugar fuera acogedor no terminaba de sentirme cómoda, no las tenía todas conmigo. ¿Estaba realmente preparada para contar mis mayores miedos a un extraño?

—Bueno, llevo viéndola varias semanas subiendo esas escaleras. Me alegro de que finalmente se haya decidido entrar. —Aquello me dejó perpleja—. No se asuste por mi atrevimiento, son bastantes años realizando mi trabajo.

—Ya veo, ya. Bueno, a mí también me alegra estar aquí, aunque no sé si es lo correcto. —Ante todo siempre era sincera y sin darme cuenta ya tenía ese dichoso mechón entre mis dedos.

—Siéntase cómoda y cuénteme lo que crea conveniente. Usted es la que manda aquí.

Empezamos a hablar y con una simple frase consiguió que le contara la mitad de mi vida. Me había dado espacio para hablar y la situación fue más cómo de lo que imaginaba. Sin lugar a dudas, el Dr. Martín era muy bueno en su trabajo.

—Llevamos una hora, Margaret. Dejaré a su elección seguir contándome más cosas. Tengo otra hora libre antes de que venga el próximo paciente, así que usted decide.

—No quiero molestarle. Son casi las diez de la noche y me sorprende que aún esté trabajando.

—No se puede imaginar los horarios que llegamos a tener los que trabajamos en esta profesión. Veo que está a gusto, así que, si quiere continuar, por mí perfecto.

Así fue como continúe con mi historia y sin darme cuenta llegué a aquella noche. Me quedé totalmente en silencio y las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. Se lo conté todo, incluso cosas que nunca llegué a admitir. Ese hombre en menos de dos horas sabía más de mí que nadie, un desconocido, sí, pero necesitaba desahogarme. Me miró, asintió con la cabeza y seguí hablando.

—Nunca he mantenido una relación sexual... bueno, nunca he practicado sexo consentido desde aquella noche, hasta que lo conocí a él. Quise que me tocara desde el momento en que lo sentí, pero el miedo siempre está presente ahí y sé que siempre estará. Llámeme loca, pero...

—No, Margaret. Ese término en la psicología no es correcto y no, usted no tiene ningún problema grave. Claro que entiendo que es una situación complicada, hay personas que en su caso lo viven desde el lado contrario, personas que han tenido cualquier tipo de abuso sexual a temprana edad y se vuelven muy asiduos al sexo y otras, como usted que les cuesta más hacer frente al problema por miedo. No le digo que cuando salga por esa puerta ahora deba buscar a alguien con quien mantener una relación más allá de los besos, pero sí que no debe tener miedo. Eso es lo que usted ha creado con aquella experiencia, pero el sexo puede llegar a ser algo hermoso y muy placentero y, aunque esto no debería decirlo, estoy seguro que ya encontró a la persona con quien avanzar en esos miedos y afrontarlos.

—Pero ya no será posible. Yo, como siempre, hui. Siempre termino comportándome como una cobarde.

—No eres una cobarde, no intentes ser negativa contigo misma. Sólo tú sabrás cuando estás del todo preparada para avanzar, sólo haz caso a tu instinto. Y, ahora, si me perdonas si tenemos que terminar por hoy. Me ha encantado esta doble sesión, hacía tiempo que no coincidía con una chica tan madura. Pídele a Sonia que te dé una cita para dentro de un par de días y, hazme caso, no pienses tanto las cosas, déjate llevar por tu juventud.

Dicho esto, se levantó, me tendió la mano, se despidió de mí y me acompañó a la puerta.

Después de varias semanas sin poder descansar conseguí dormir toda la noche. Los sueños seguían allí, recordaba a la perfección lo que aparecía en ellos, ojos azules, escalofríos y todo muy sereno y agradable, sabía con quién soñaba, Trent. Llevaba haciéndolo desde que lo conocí, pero por primera vez el sueño era tranquilo y por fin descansé.

Al final mis padres tenían razón y entendía por qué nunca me presionaron, yo era quien tenía que dar aquel paso y en ese momento se lo agradecía a los dos. A veces, hablar con un extraño de tus miedos, podía hacerte sentirte mejor porque un extraño siempre es ajeno a tus fantasmas y esta era la mejor casualidad que me pasaba en mucho tiempo.

Me metí en la ducha, me cepillé los dientes y después de darle muchas vueltas a toda mi ropa, me decidí por unos pantalones vaqueros cortos, unas sandalias con plataformas color verde hierba y una camisa ajustada y escotada blanca con pequeñas florecitas del mismo color que las plataformas. Me sentía más viva y mi imagen así lo demostraba.

Llegué veinte minutos antes al trabajo, deseaba coger aquel manuscrito, me quedaba muy poco para terminarlo y necesitaba revisar todas las anotaciones que dejé en los márgenes. Cuando entré en la planta de la editorial tres chicas que vi el día anterior se acercaron a mí. Eran varios años mayor que yo, pero no tendrían más de veinticinco.

—Hola, ¿tú eres la nueva verdad?— preguntó la más alta de las tres. Era morena con el pelo largo hasta casi la cintura, su piel era blanca. La verdad es que para ser sevillana era poco común, pero su acento la delataba—. Soy Merchi, ella es Patri. —Señaló a la bajita rubia con buena delantera y bastantes curvas—. Y ella es Pepi. —Era algo más baja que yo, pelo castaño y ojos verdes. Las tres muy atractivas aunque fueran tan diferentes—. Ayer quisimos saludarte, pero el jefe te tenía entretenida. Mucho trabajo para el primer día, no dejes que te agobie—sin darme cuenta andamos hasta la sala de descanso, allí había máquinas expendedoras, una máquina de café, microondas y unas cuantas mesas y sillas.

—Yo soy Margaret, pero podéis llamarme Maggie. —Aquellas chicas me transmitían confianza, no daban la impresión de falsedad que dan muchas personas—.

Bueno, sí, se podría decir que estaba enfrascada en un manuscrito bastante interesante.

—¡Guauu, que suerte! Nosotras hace tiempo que no leemos manuscritos de primera mano —fue Pepi quien habló—. Yo soy maquetadora y ellas correctoras, tienes mucha suerte de que el puesto quedara vacante, además, Sergio es muy buen chico.

—Sí, eso parece. La verdad es que llevo un día aquí y me siento genial.

Hablamos de todo un poco. Ellas estudiaron lo mismo que yo empezaba aquel año, así que me sentí muy bien al saber que estaba en el lugar correcto. Las chicas eran muy amables conmigo y, aunque siempre tuve amigas, nunca me sentí así con chicas que tuvieran las mismas aficiones y aspiraciones que yo. Nos despedimos después de tomarnos nuestros cafés y unos donuts y cada una se fue a su puesto de trabajo sin antes quedar para ir a comer.

Llevaba a algo menos de una hora en mi mesa cuando Sergio apareció, la sonrisa que me dedicó fue impresionante y se le veía guapísimo. No vestía traje de chaqueta como el día anterior, llevaba unos pantalones vaqueros desgastado, una camisa de deporte, una chaqueta motera y sobre su brazo un casco.

—¡Ehhh, no me mires así! Sé que no parezco el mismo, pero ayer era cuando estaba disfrazado, tuve una reunión antes de venir y de vez en cuando uno tiene que arreglarse.

—Pues estás genial. —No sé cómo dije aquello, pero desvíe la mirada al instante.

—Gracias, ahora empezarás a darte cuenta que soy un jefe más enrollado y, volviendo al trabajo, ¿cómo llevas ese manuscrito?

—Me quedan los dos últimos capítulos. Me da pena terminar y no saber cómo acabará.

—No te preocupes, en una semana tendremos aquí al escritor, me lo confirmaron esta mañana. Yo me leí el manuscrito antes de que tú llegaras y también tengo ganas de saber qué final tendrá, así que térmalo y mañana hablamos de él.

La mañana pasó tranquila. A la una y media las chicas vinieron a buscarme y fuimos a comer a un pequeño restaurante cercano llamado La Taberna. Nos recibió un chico con un cuerpazo increíble, moreno, con ojos marrones y una mirada de infarto que hizo que mis acompañantes suspiraran. Me dio la impresión de que no era la primera vez que iban allí y que no sería la última. Uno de los camareros pronunció su nombre y hasta eso tenía bonito, Gonzalo.

El gazpacho era buenísimo y las tapas estaban para morirse. No sé si era hambre o las ganas de volver a comer comida con consistencia y dejar la comida rápida de lado por una vez, pero poco a poco mi vida volvía a tener sentido.

—Y, ¿qué nos puedes contar de ti, Maggie? —Merchi habló todo el rato de chicos con las otras dos. Pepi llevaba dos años con su pareja y Patri se casaría en seis meses con su novio del instituto—. ¿Hay alguien en tu vida?

—Pues la verdad es que ahora mismo no, aunque hubo dos chicos en California. Uno un gilipollas y otro con el que la cagué, así que no. —Y como siempre mi sinceridad salía a relucir.

—Bueno del gilipollas no hace falta que nos hables, pero del otro queremos saberlo todo. —Miró a las otras dos y ambas asintieron y empezaron a reír animándome a hablar.

—Es una historia muy larga, pero dejémoslo en que me asusté y salí corriendo, pero ya es tarde. —Que me cayeran bien no significaba que de buenas a primera les dijera todo—. Así que ahora estoy aquí, empezando otra vez y en busca de un sueño.

—Nunca es tarde chica. Marcos y yo, aunque llevemos desde siempre juntos lo habremos dejado unas tres o cuatro veces... No sé, perdí la cuenta, pero siempre acabamos buscándonos el uno al otro, así que eso de que las segundas oportunidades no existen no me lo creo.

—Venga, Patri, tú no cuentas. Que Marcos está loco por ti y tú por él lo sabe todo el mundo, vosotros no servís de ejemplo. —Merchi se echó a reír tras su propio comentario.

—Sí que servimos, nada más que por eso de que estamos hecho el uno para el otro. Si yo no fuera tan cabezona, él nunca me hubiera pedido que me casara con él y si él no fuera tan orgulloso, nunca le hubiera dicho que sí.

La hora de la comida pasó entre risas y chismes. Entre la consulta del día anterior y la charla con mis nuevas amigas empezaba a sentirme genial. Seguimos con nuestro trabajo y deseé con todas mis ganas terminar de leer el manuscrito. Sin darme cuenta, cuanto más leía aquella historia más me recordaba a mi chico de ojos azules, ese en el que no había podido dejar de pensar un solo instante desde que llegué a España.

La semana pasó rápida y los desayunos y las comidas con las chicas se repitieron cada día. Estábamos a viernes por la noche y me encontraba en mi estudio preparándome para salir aquella noche, accedí a salir de copas con Merchi, Pepi y Patri porque era imposible decir no a aquellas tres. Decían que desde que me habían conocido, sentían que las mosqueperras se habían vuelto a unir.

Me puse una minifalda de cuadros escoceses, una camisa anudada a la altura del ombligo, unas botas altas y una cola alta desenfadada. Sí, parecía un dibujo manga, pero deseaba ponerme aquella ropa desde que me la compré y mi primera salida nocturna desde que volví era la mejor excusa. Me pinté los ojos con sombra oscura, perfilé mis ojos, un poco de colorete, labios rojos y rímel. Estaba lista para salir.

Me llevaron a la discoteca Abril después de cenar en el restaurante La Mafia una buena cena italiana y después a mover el esqueleto. Me sentía genial y nada más entrar empezó a sonar Uptown Funk de Bruno Mars. Empezamos a saltar mientras cantábamos la canción y a bailar porque esa canción siempre sacaba mi lado más salvaje.

“Está aquí el hielo frío. Michelle Pfeiffer, el oro blanco. Esto es para las chicas con capuchas, las chicas buenas, las obras maestras rectas. Corrediza, un animal salvaje, esto se disfruta en la ciudad. Conseguí un esmoquin, no sé lo que digo, tengo que besarme a mí mismo, soy hermoso.

Soy muy caliente, llama a la policía y a los bomberos. Soy muy caliente, provocaste al dragón, ejecuta tu retiro. Soy muy caliente, di mi nombre, tú ya sabes quién soy. Soy muy caliente, obtuve mi apuesta de dinero.

Las chicas envían su Aleluya. Causarte un UpTown Funk (Funk Exterior) ¡Dártelo! Sábado por la noche y ya estamos en el lugar. ¿No me crees? ¡Observa!”

Llevábamos varias copas cuando les dije a las chicas que necesitaba ir al baño, Patri y Pepi bailaban juntas y Merchi bailaba con un chico que se acercó a nosotros hacía ya un rato. Lógico que siendo cuatro chicas en una discoteca se acercara, sobre todo porque íbamos bastante provocativas. Además, a Merchi le gustaba mucho un perreo y no perdía oportunidad ninguna.

Y de repente un escalofrío muy familiar me recorrió el cuerpo. Me giré, miré a todos lados, sabía lo que buscaba, pero aquello tenía que ser imposible. Me engañaba a mí misma si pensaba que él podía estar allí. No podía ser, estaba en California y no intentó ponerse en contacto conmigo en ningún momento como le pedí. Llegué al baño bastante nerviosa y me apoyé en el lavabo para refrescarme la cara. Demasiado alcohol, no podía haber otra respuesta a mi loca imaginación.

Trent

Una semana. Aún faltaban siete días para irme a España y no podía esperar más. Todo me hacía perder el juicio y saber por mi tío que mi manuscrito gustaba era una buena señal, sobre todo porque ella era una de las primeras en leerlo.

Su madre me ayudaba en todo lo que estaba en su mano y me contaba bastantes cosas de Maggie. Le iba genial en el trabajo, tenía nuevas amigas y después de mucho tiempo empezaba a verla feliz. Pero a mí me dolía saber que su vida continuaba sin mí y que yo no había hecho el más mínimo esfuerzo por pertenecer a ella. Bueno, lo intentaba, pero ni ella lo sabía, ni yo imaginaba qué resultado podría obtener.

—Su jefe se está portando muy bien con ella. —Se le iluminaba la cara cada vez que hablaba de su hija.

—Eso está bien, no sé cómo se tomará que yo aparezca allí y sobre todo no quiero meterte en ningún lío, Laura —susurré esto último.

—Maggie sabe cómo soy y que nunca hago nada que no sea por su bien. Si te puedo decir que ahora la veo bien y que Sergio está siendo un gran jefe y consejero. —Otra vez ese nombre—. Sólo te pido que, si crees que en algún momento puede sufrir, te alejes de ella, si no yo diré que nunca hablé contigo —sentenció.

Pasé poco más de cinco minutos con ella. Sabía que me había ayudado, pero también pensaba que podría estar cambiando de parecer, tal vez ver bien a su hija le hacía pensar que yo no tenía tanta fuerza sobre ella como creía al principio. No podía esperar una semana más, así que tal como llegué a mi casa cambié la fecha de mi vuelo.

¡Genial! El avión salía en cinco horas, no tenía mucho tiempo para nada, menos mal que mi tío tenía amigos por todo el mundo y España siempre fue un sitio que le fascinó. Viajó varias veces allí y por eso yo me defendía un poco con el idioma, aunque poca gente lo sabía.

Preparé una maleta con lo justo. Varias mudas, un par de libros, mi ordenador, mi tablet y el pasaporte, realicé un par de llamadas para que todo estuviera algo organizado cuando llegara y salí pitando hacia el aeropuerto. Deseaba más que nada en el mundo estar cerca de ella, pero como siempre mi ímpetu no me hacía pensar las cosas antes de hacerlas, así que ahora tenía que reorganizar todos mis planes.

Fueron las once horas más largas de mi vida y con la diferencia horaria era como si hubiera perdido un día, al menos conseguí dormir algo durante el trayecto. En el aeropuerto, como imaginaba, había un chico con mi nombre esperándome "Trent Myles". Me acerqué a él y le estreché la mano, tendría solo un par de años más que yo. Era alto, de constitución atlética, llevaba el pelo bastante corto y vestía una camiseta de tirantes que dejaba ver los tatuajes que tenía en los brazos.

—Hola, soy Trent. —Le miré indiferente.

—Hola, yo soy Manu. Vengo a llevarte a tu nuevo hogar, espero que el viaje haya ido bien. —Su tono era algo prepotente, pero me agradaba ese chico—. Hablas bastante bien español, al final mi padre va a tener razón.

—Bueno, mi tío me obligó a aprender el idioma. Pensaba que era una pérdida de tiempo, pero ahora se lo agradezco. — Nos reímos a carcajadas mientras andábamos en busca de un coche.

El trayecto hasta su casa y la que sería mi casa por un tiempo, que no sabía cuán largo sería, fue bastante agradable. Ese chico me caía bien, me contó que su madre y mi tío se conocieron una vez que él estuvo aquí de vacaciones y ampliando sus horizontes sobre literatura. Su madre era profesora en la universidad de Bellas Artes, él era el menor de cinco hermanos y con el que le continuaba se llevaba diez años. Al parecer, fue un desliz de última hora.

Llegamos a su casa y era una maravilla, allí podría vivir una familia entera sin apenas verse. En la planta baja, nada más entrar, había un enorme recibidor clásico. Era solo el principio de la casa y se veía que había gusto en ella. El salón que lo continuaba recordaba una sala de baile de las de época, con una enorme lámpara de preciosas lágrimas de cristal en el centro, candelabros en las paredes, una enorme mesa para veinte comensales rodeada de sillas y sofás y divanes colocados por toda la estancia.

—Oye, no te quedes embobado. A mi madre le gusta sentirse una dama de época cada vez que entra en casa, pero no te asustes, esto es solo la planta baja, arriba todo parece más normal. —Me pegó un codazo para que reaccionara.

Subimos a la planta alta y me dijo que gustaba esa broma siempre a sus amigos. A esa planta siempre se accedía por el lateral de la casa y aquel salón sólo se usaba para eventos y poco más.

La casa era un pequeño palacio. Sin duda alguna, mi tío sí que sabía con quién compartir amistades. Me enseñó un salón acogedor, una biblioteca, una gran cocina y para el final dejó las habitaciones. Me quedé de piedra cuando entramos en una pequeña salita de estar que tenía un pequeño sofá para dos personas, un sillón, un escritorio, un televisor y al fondo se veían dos puertas.

—Esta será tu habitación. Bueno, tu zona de la casa, la puerta de la derecha es tu habitación y la de la izquierda un cuarto de baño. —Me tendió la mano y me entregó unas llaves—. Son pequeños apartamentos para los huéspedes por así decirlo, así tendrás algo de privacidad. Cualquier cosa que necesites, me tiene justo enfrente. —Salió de la salita y cerró la puerta dejándome sólo con mis pensamientos.

Pasé a la que sería mi habitación aquellos días. Era muy espaciosa, la cama, grande con cuatro póster se encontraba en el centro. Me sentía en otro siglo, a la derecha había un gran armario de caoba con un pequeño vestidor, a los pies de la cama un pequeño asiento y en la izquierda un aparador con un espejo. Justo detrás de la cama había un gran ventanal con un balcón que daba a la parte trasera de la casa. Las vistas eran hermosas, se veía Sevilla entera desde allí. En ese mismo momento sonó un teléfono en la salita y cuando conseguí ubicarlo contesté.

—¿Sí?

—¿Ya te has instalado? —era la voz de Manu—. Sí, mi madre es muy snob. Sólo quería decirte que, si necesitas algo, al lado del teléfono tienes un directorio con las extensiones para hablar con las distintas zonas de la casa, la cocina y esas cosas y la mía es la tres. ¡Ah! Y tengo entendido que quieres visitar una editorial, así que me tienes a tu entera disposición.

—Gracias. —No sabía que contestar, mi tío me había allanado bastante el camino—. ¿Podríamos ir ahora?

Quedamos media hora más tarde, necesitaba saber dónde estaba Maggie. Mis ganas de verla eran más fuertes que mi cansancio, pero ella todavía no podía saber que estaba allí si no quería estropearlo todo antes de tiempo.

Llegamos a la una a la puerta de la editorial y nos quedamos en un bar tomándonos unas cervezas. Lo poco que había visto de Sevilla me parecía precioso, el ambiente en aquella época del año era impresionante, las calles estaban abarrotadas y el olor a azahar inundaba el aire.

Hablamos de todo un poco y me sorprendió que tuviéramos tantas cosas en común siendo de lugares tan diferentes. Practicaba kick-boxing como yo, era un fanático del deporte, y entonces la vi salir y el tiempo se paró. Nosotros estábamos dentro del bar, allí no podía verme, pero me puse tenso al instante.

—¿Quién es ella? —me preguntó.

—Mi otra mitad —respondí sin pensar. Le conté más a él de lo que yo mismo me reconocía a mí mismo.

—Es el motivo por el que has venido, ¿verdad? Sabía que un libro no era la única razón por la que habías cruzado el charco. —Allí empezó una larga conversación.

Se lo conté prácticamente todo. Cómo nos conocimos, cómo me sentía cada vez que la tenía cerca y cómo me alegré cuando parecía que todo entre nosotros iba a empezar y ella huyó sin darme ninguna explicación.

Me sentía raro porque le estaba contando a un completo extraño todo lo que sentía. Sólo le conocía desde hacía unas horas, pero estaba a gusto con él.

—¡Vaya! Así que eres todo un romántico. —Eso no me hizo ninguna gracia.

—No digas gilipolces, sólo quiero saber qué ha pasado.

—Pero estás enamorado de ella. Si no fuera así no estarías ahora aquí sentado—no podía negárselo.

Me quedé callado, no quería responderle a aquello, ¿estaba enamorado? ¿Era eso lo que se sentía? No, no podía ser así, nunca quise enamorarme, no quería ser un alma en pena como lo fue mi madre, pero... ¡Dios! Necesitaba estar cerca de ella.

Pasamos media hora más allí y la vi volver con las tres chicas que había salido, se veía tan guapa con aquella luz. Llevaba el pelo recogido en un moño desenfadado y un precioso vestido rosa claro con zapatillas marrones. Su risa era preciosa, nunca la había visto así de feliz y entonces se unió al grupo un chico que vestía vaqueros, camiseta deportiva y zapatillas. Las otras chicas se despidieron y ella se quedó a solas con él en la entrada del edificio. No me gustó lo que vi. Él la miraba de aquella forma, de la misma que yo lo hacía, con pasión. No sabía quién era y ya lo odiaba.

—Ese es Sergio, es editor. —Parecía que Manu había leído mi mente—. Es amigo de mi hermano y de la familia.

—Ese es su jefe. —No fue una pregunta.

—Ella es Margaret, ¿cierto? Joder, el mundo es un pañuelo. —Lo miré con el ceño fruncido.

—¿La conoces? —Tenía que saber lo que él sabía.

—No he tenido el gusto. Como te contaba, es amigo de mi hermano Toni y el otro día estuvo cenando en casa. Se pasó todo el rato hablando de ella y mi hermano le dijo que siempre estaba enamorándose, aunque ahora lo entiendo. ¡Es guapísima, joder! Y está muy buena.

—Cállate, no hables así de ella. —Si las miradas matasen la mía lo hubiera fulminado al instante.

—Tranquilo, chico, no seas así. Amigo, vámonos y aprovechemos lo que sabemos. Me caes bien y me encantará ver la cara de Sergio cuando sepa quién eres y por qué estás aquí. —Se echó a reír y salimos del bar.

La semana pasó muy lenta. Me negué a volver a la editorial hasta el día que tuviera la reunión para saber la opinión de mi manuscrito y así ver por fin a Maggie. Manu era un gran amigo y había conseguido averiguar que Maggie saldría ese viernes con las compañeras de trabajo. Por lo visto su hermano tonteaba con una de ellas, así que sabíamos a dónde irían y él me insistió en salir. Yo no las tenía todas conmigo, necesitaba verla y saber cómo estaba, pero sin acercarme a ella. Si lo hacía, el factor sorpresa se iría a la mierda.

Estaba preciosa. Nunca me imaginé verla vestida así, me resultaba gracioso ver cómo los cambios de humor de las personas podían influenciar en su manera de vestir y actuar. Nos encontrábamos en la otra punta de aquella discoteca para que no nos viera.

Manu se encargó esos días de enseñarme muchas cosas de Sevilla y por las noches me era imposible conciliar el sueño. Mirando el lado positivo, la musa, mi musa, desde que la había visto, había vuelto y tenía que plasmar todo lo que sentía en el papel. El libro seguía adelante y deseaba con todas mis fuerzas que tuviera el final que quería para él.

—Se te van a salir los ojos. Si no dejas de mirarla así, va a notar que estas aquí. —Siempre tan directo.

Lo ignoré por completo, no podía apartar mis ojos de ella. Se lo estaba pasando en grande y eso me hizo dudar de si hacía bien en llevar a cabo aquel plan. Creía que cuando la viera me iba a encontrar a una chica destrozada, sin ganas de nada, pero no fue lo que encontré. Aun así, no quería irme, tenía que verla y hablar con ella solo una vez y si de verdad quería que me alejara, esta vez lo haría para siempre.

En ese mismo momento noté que le decía algo a una de las chicas y se alejó del grupo. Me puse de pie y la seguí, Manu intentó agarrarme, pero fui más rápido que él. A mitad de camino noté ese cosquilleo que siempre sentía cuando la tenía cerca y ella se giró.

¡Joder, ella también lo había sentido! Me agaché entre la multitud buscando algo que realmente no se me había caído, no podía verme por más que quisiera acercarme a ella y besarla.

Cuando me levanté vi que seguía su camino y entró en los baños. No pude evitar recorrer el mismo camino que ella y me quedé al lado de la puerta de entrada, en un lugar que estaba seguro de que no me vería cuando saliera. Necesitaba estar allí, cerca, cuidándola.

Pasaron cinco minutos y sentí otra vez aquella sensación. Di dos pasos hacia atrás para evitar encontrarnos cuando un chico se le acercó. La agarró de la cintura y empezó a bailar muy pegado. Al principio parecía que aceptaba el baile, pero no era así. Estaba intentando soltarle, pero a él parecía no importarle que ella forcejeara. Se pegó aún más y la besó.

Me hirvió la sangre y Maggie le propinó una cachetada que me dolió a mí sin haberla recibido. ¡Bien hecho, Maggie! Pero el imbécil en vez de alejarse, la pegó más a su cuerpo devorándole la boca. Estaba borracho, de eso no había duda, pero no pude aguantarlo más.

Me acerqué y le agarré por la espalda obligándolo a soltar a Maggie. Cuando se giró le propiné un puñetazo en la cara, cayó hacia atrás justo a los pies de Margaret y en ese momento nuestras miradas se cruzaron.

—Trent... ¿qué...? ¿qué haces...?

La cogí de la mano y la saqué de allí sin ningún tipo de explicación. Ya la había cagado, no había vuelta atrás, estaba improvisando sobre la marcha porque no podía pensar.

Margaret

Me quedé bloqueada, no sabía qué pasaba ni de dónde salió, pero Trent estaba allí. ¿Qué narices hacía en Sevilla?

Me tenía agarrada de la mano y me sacaba de la discoteca. No protesté porque no era capaz de articular palabra. Le dejé hacer, solo sabía que ya no quería estar allí dentro, después de que ese idiota me besara me sentí totalmente débil y Trent apareció en el mejor momento. Seguía sin saber qué hacía allí, pero se lo agradecería cuando recuperará la capacidad de hablar.

El aire me relajó y poco a poco mi respiración se fue normalizando. Trent seguía sin soltarme de la mano y yo tampoco quería que lo hiciera. Me sentía protegida junto a él, nos miramos a los ojos y vi en los de él una expresión de desesperación y nerviosismo. Me había alejado de él por miedo y lo tenía delante de mí.

—Maggie, ¿estás bien? —Me soltó la mano y empezó a acariciarme las mejillas—. Te juro que no sé de dónde saqué las fuerzas para no matarlo allí mismo.

Miré a ambos lados de la calle. La entrada de la discoteca estaba abarrotada de gente fumando y esperando para poder entrar. Ya no estaba cómoda en aquel lugar, mis amigas aún estaban abajo, tenía que volver y decirles que estaba bien, pero también necesitaba saber qué hacía Trent allí, cómo había dado conmigo si no intentó ponerse en contacto en todos estos meses. Como si leyera mis pensamientos, me sujetó la mano con la que jugueteaba con mi mechón de pelo, como cada vez que estaba nerviosa.

—Siento aparecer así. Sé que tengo que darte muchas explicaciones y te pido que me dejes hacerlo—avanzó y llamó a un taxi—. Mándales un mensaje a tus amigas, necesitamos hablar.

—Pero no puedoirme así como así—cogió su teléfono y marcó para llamar a alguien.

—Hola, Manu. Habla con sus amigas, dile que está conmigo y que ella misma les escribirá un mensaje. Después nos vemos.

Nos montamos en el taxi y el taxista nos preguntó dónde queríamos ir. Ambos nos miramos y sin saber por qué le di la dirección de mi casa, necesitaba estar en mi terreno para lo que pudiera pasar.

Durante todo el camino fuimos en silencio, me tenía la mano cogida y trazaba círculos con su pulgar sobre mi muñeca. No quería mirarlo, sentía solo escalofríos de tenerlo junto a mí, esa sensación que sentí la primera vez que lo tuve cerca seguía ahí y sabía de sobra que él también lo notaba.

Bajamos del taxi al llegar al portal de mi casa y no necesitamos decirnos nada, no tenía que invitarlo a subir. Debíamos hablar, no sé de qué, pero había que hacerlo lo antes posible. Subimos andando hasta la última planta, saqué las llaves de mi bolso y las manos me temblaban muchísimo. Trent se dio cuenta y me las quitó para abrir la puerta dejándome pasar delante de él.

Entramos, cerré la puerta y se apoderó de mí. Me abrazó con pasión apretándome contra la pared, había demasiada tensión contenida. Su respiración era entrecortada y la notaba sobre mi cuello mientras me abrazaba y deslizaba sus manos por mis brazos. En otras circunstancias lo hubiera empujado e incluso pateado hasta quitármelo de encima, pero mi cuerpo necesitaba aquello, ansiaba a Trent y él pareció entenderlo.

Levantó su cara de mi cuello, me miró y me besó. Se adueñó de mis labios y yo le dejé. Nuestras lenguas hacían el amor dentro de nuestras bocas, aquel era sin duda el mejor beso que me habían dado y no quería que acabara nunca. Sin darme cuenta llevé mis manos a su pelo y le di tirones exigiendo más.

Sus manos empezaron a acariciarme por el cuello y bajaron por mis hombros hasta que me atrapó un pecho. Saltaron chispas por todo mi cuerpo y un calor abrasador me recorrió hasta perderse entre mis piernas.

Eso era lo que se sentía cuando la pasión te encontraba y no querías dejarla ir. Por primera vez, desde que abusaron de mí, rogué porque aquello no parara. Trent era atento, cálido y cada vez se acercaba más a mí hasta que noté su entrepierna abultada. Tenía miedo, sí, pero no quería que aquello terminara allí.

Sus besos bañaron mi cuello y jadeando me preguntó con tono de súplica dónde estaba mi habitación. Sin soltarme me cogió del trasero y yo enredé mis piernas a su cintura, levanté la vista y mirando hacia la puerta de mi habitación le indiqué el camino, no hicieron falta palabras.

Sus labios y los míos se devoraban. Nos tumbamos con cuidado sobre el colchón y empezó a acariciarme con dulzura y pasión. Sus manos se demoraron en mis pechos haciendo que el calor inundara mi cuerpo arrancando suaves jadeos que escapaban de lo más profundo de mí. Sus manos con una lentitud que me desesperaba bajaron hasta el borde de mi camisa y la subió deshaciéndose de ella. En un abrir y cerrar de ojos mi sujetador también desapareció y su boca empezó a lamer uno a uno mis pezones mientras con sus manos seguía un lento recorrido por mis piernas.

—Maggie, te deseo desde el primer momento que te vi. Joder, tu piel es tan perfecta.

Sólo podía jear y arquearme con cada una de sus caricias. Con sus manos llegó hasta la unión de mis muslos y ya no pude más. Aquello estaba siendo increíble, pero en ese momento mis fantasmas se apoderaron de mí. Imágenes que intentaba ocultar en lo más profundo de mi alma se proyectaban en mi mente y un grito de dolor salió de mi garganta acompañado de lágrimas desconsoladas.

—¡Quítate de encima! —Le golpeaba con fuerza en el pecho—. Para, por favor. No me toques, no me hagas daño. —Su mirada era confusa, no entendía qué me pasaba. Se levantó rápidamente y abandonó la cama sin dejar de mirarme.

—Maggie, pequeña, ¿te he hecho daño? ¿Qué pasa?

Le temblaba la voz y yo sólo podía llorar y abrazarme a mí misma. Poco a poco se volvió a acercar a mí y yo se lo permití. Él me trataba bien, él problema era yo y tenía que decirselo.

Sus manos se acercaron a mí con precaución y cuando notó que empezaba a relajarme me abrazó. Me acunó y, mientras me besaba el pelo, decía palabras dulces para tranquilizarme.

—Perdona, Trent. No me conoces, ya te lo dije. No podemos hacer esto... —hipaba con cada palabra—. Yo no soy capaz.

—¿Eres virgen? —dijo incrédulo.

—No, Trent... no lo soy... aunque me gustaría serlo. —No entendía lo que le decía—. A mí... ¡Joder! Me... ¡ME VIOLARON!

Ya estaba dicho. Sus caricias pararon y yo no quería mirarlo, no quería su compasión. Para mi sorpresa, no sólo no me soltó, me abrazó más fuerte y sus labios buscaron los míos. Aquel era un beso lleno de amor, sincero y lleno de calor.

Nos quedamos en silencio. Por ahora no podía contarle más y él parecía respetar mi silencio porque no preguntaba nada. Me hubiera gustado saber lo que pasaba por su mente, pero entonces sus caricias comenzaron de nuevo.

Con mucho mimo me acarició los brazos y me besó. Sus labios acariciaban cada rincón de mi cara, mis mejillas, mis ojos, pasó a mi cuello, saboreó mis labios y entonces habló.

—Maggie, lo siento mucho. Si no estás preparada lo entenderé, pero yo no voy a hacerte daño. Yo te quiero, no me preguntes porqué, ni yo mismo lo sé, pero desde la primera vez que te vi supe que eras lo que me faltaba y cuanto más te conocía más necesitaba estar a tu lado —sus manos empezaron a descender y sus palabras me estaban calmando. Volvía a oír de sus labios que me quería, el chico del que estaba locamente enamorada me declaraba su amor por segunda vez. El mismo con el que tantas noches soñaba que pasaría esto, que mi sueño se haría realidad—. Déjame demostrarte la pasión que me haces sentir, sé que tú sientes lo mismo. Permite que lo disfrutemos.

Me rendí a sus caricias y sus manos empezaron a recorrer todo mi cuerpo. Pasión, amor, dulzura y lujuria contenida era lo que yo desprendía bajo sus dedos y

por fin podía sentirlo. Sus palabras eran todo lo que yo necesitaba para avanzar, él lo era todo en ese momento. Me tumbó boca arriba y sus labios bajaron por mi cuello. Dulces besos recorrieron nuevamente mis clavículas y todas las imágenes desaparecieron beso a beso, caricia a caricia.

—Así pequeña... déjame amarte.

Deslizó mi falda deshaciéndose de ella junto a las braguitas. Sus dedos dibujaban ahora las formas de mis piernas y yo quería sentirlo, necesitaba sentir eso que siempre leía en los libros, mariposas en el estómago que ardían entre mis piernas. Sus manos llegaron a la unión de mis muslos, arqueé mis caderas buscando su contacto y él pareció entender lo que mi cuerpo pedía. Sus dedos llegaron finalmente a la parte ardiente de mi cuerpo y sus labios me besaron sintiendo su calor en mi entrepierna. Lo agarré del pelo acercándolo más a mí, lo escuché gemir y con suavidad, mientras me besaba, me penetró con un dedo. Su lengua descendió hasta encontrarse junto a su mano y empezó a lamer hasta encontrar la zona más placentera de mi sexo. Con suaves mordiscos y lengüetazos en mi clítoris hizo que me perdiera en un mundo de deseo.

—Pequeña, estás húmeda para mí. Déjanos disfrutar.

—Sí, Trent, por favor. Disfrutemos. —Lo miré a los ojos y vi su pasión oscureciéndose—. ¡Ah! —grité cuando otro dedo acompañó al primero.

Se separó de mí y en menos de un segundo se deshizo de sus pantalones y sus calzoncillos. Era tan bello... Lo necesitaba dentro de mí, necesitaba que me hiciera olvidar.

Sacó un sobrecito plateado del bolsillo de sus vaqueros, lo rasgó y se puso un preservativo. Había llegado el momento. «Ahora o nunca», me dije a mi misma.

—Lo haré con mucho cuidado y si quieres que pare, sólo tienes que pedírmelo.

—Por favor, hazme olvidar —le susurré entre jadeos.

Sus dedos volvieron a mi interior y me hizo sentirme llena otra vez. Me separó las piernas, se colocó entre ellas y con mucho cuidado se apoyó sobre mí colocando su pene sobre la entrada de mi vagina. Poco a poco se introdujo dentro de mí con una pasión controlada. No me arrepentía de haberle dicho mi secreto, se estaba conteniendo por mí, lo notaba en la tensión de las venas de su cuello, de sus puños apretados junto a mi cuerpo y de cómo se introducía poco a poco hasta que finalmente me llenó por completo.

—Así Maggie, ahora me voy a mover. Esto va a durar poco porque llevo demasiado tiempo queriendo sentirte.

Y entonces noté como se retiraba y se volvía a introducir dentro de mí. Su ritmo aumentaba poco a poco y empujé mis caderas hacia él buscando más. Quería sentirlo más dentro de mí, necesitaba que su ritmo fuera más rápido. Mis manos fueron hacia sus hombros y de ahí a su espalda, alcé las piernas y le rodeé las caderas con ellas.

—¡Joder, Maggie!

—Más, Trent, hazme olvidar. ¡Sí!

Sus manos y su boca volvieron a mis pechos y el calor empezó a quemarme. No sé de dónde provenía, pero no quería que se acabara. Era la sensación más placentera que nunca imaginé y sus embestidas eran perfectas.

Sí, ahora lo tenía más claro que nunca. Yo, Margaret Clay, amaba a Trent. Y tras ese pensamiento llegué al séptimo cielo, un gemido escapó de mis labios y él lo atrapó con los suyos acompañándome en el clímax.

Lo había conseguido, junto a él conseguí acabar con mis fantasmas y así, después de haber hecho el amor con el chico al que le acababa de regalar mi corazón, me quedé dormida acurrucada en sus brazos.

Margaret

Me desperté de repente sintiendo muchísimo calor y entonces me di cuenta. No era un sueño, Trent estaba a mi lado, con sus piernas enredadas en las mías y un brazo sobre mi cuerpo atrapándome un pecho. Era la primera vez que tenía sexo con alguien, la otra no contaba, y además todo fue maravilloso. No quería moverme, parecía despreocupado, más niño, sus largas pestañas le hacían de una belleza irresistible, parecía dormir con una sonrisa en los labios.

—Si me sigues mirando así no respondo de mis actos —habló sin abrir los ojos— y estoy deseando repetir lo de anoche.

—Lo siento, no quería despertarte —susurré mientras él deslizaba su pulgar por el pecho que tenía agarrado—, pero creo que deberíamos hablar.

—Sí, tienes razón, te debo una explicación de porqué estoy aquí. —Soltándome se incorporó colocando su espalda en la cabecera de la cama.

—Dame un segundo por favor. —No sabía que tenía que hacer ni decir, pero necesitaba un momento a solas.

Salí de la habitación y me metí en el baño. No sé cómo llegué allí sin ruborizarme, estaba desnuda después de una noche de sexo con un chico guapísimo, sexy y que me hacía sentir muy especial.

Me lavé la cara, me puse el albornoz que tenía colgado detrás de la puerta y me dispuse a salir del baño. Abrí la puerta y Trent seguía en la misma postura que antes, con la diferencia que ahora llevaba puesta una camiseta. Me hizo señales para que me acercara, me sentía rara, que él me llamara a mi propia cama me hacía sentir como una invitada en mi casa, como si aquel no fuera mi lugar. La noche fue impresionante, creía que los fantasmas empezaban a desaparecer, pero había algo no terminaba de gustarme en lo que me tenía que contar.

Trent

—Por favor, antes de que digas nada, déjame explicártelo. —Tenía que contarle el porqué estaba allí, pero sabía que eso podía alejarme de ella—. Siento mucho aparecer de nuevo así en tu vida, pero no me dejaste otra opción. Me pediste que no me pusiera en contacto contigo e intenté respetar tu decisión. —No podía contarle lo de la novela, aún no—. Estoy aquí por motivos de trabajo, sí, pero la razón real para decidirme a dar este paso has sido tú.

—Pero, ¿cómo sabías dónde estaba? —Su cara era de total preocupación.

—Alguien me ayudó. —Hizo el intento de hablar, pero le puse un dedo en los labios para poder continuar—. Déjame seguir, por favor. Después pregúntame todo lo que quieras. —Iba a ser más difícil de lo que creía porque con esa conversación podía perderla. El impulso de la noche anterior podía salirme muy caro—. Llevo varios días en Sevilla y ayer estuve por casualidad en el mismo local que tú —le mentí—, aún no era el momento para vernos. No te voy a negar que quería verte, pero no de esa manera. Todo lo que te dije es verdad, te quiero. No me preguntes porqué, pero desde el primer día que te vi sentí vivir y nunca antes me sentí así con nadie. Cuando estuviste con ese gilipollas me mantenía al margen, pero deseaba matarlo— «¡Vamos, Trent, tú puedes!»—. Necesitaba sacar todo lo posible, sé que ella sentía lo mismo o por lo menos eso esperaba—. Después tuvimos dos días en los que empecé a ver la luz, pero no me dejaste demostrar quién era, no sé lo que pasó.

—Ayer te lo dije, no sé por qué... bueno, si lo sé, ayer me hiciste olvidar y te lo agradezco, pero no estoy preparada para una relación y ahora vienes a buscarme. —Le tomé la mano—. Mi vida empezaba a tomar sentido, Trent. Lo de ayer me gustó mucho, yo... no quiero, no puedo de verdad. Dame tiempo, déjame pensar, por favor.

—De acuerdo. —Me miró sorprendida—. Sólo te pido una cosa —me levanté de la cama con el alma en los pies, ya la había cagado y haría lo que me pidiera—, prométeme que me llamarás cuando lo tengas claro, esperaré lo que haga falta.

Me vestí todo lo rápido que pude, necesitaba salir de allí. En otro tiempo me hubiera lanzado a por ella y le habría hecho el amor para ayudarla a cambiar de idea, pero ella se merecía más que eso. Si necesitaba tiempo se lo daría, ya la cagué bastante apareciendo así en su vida antes de tiempo. Jodí mis planes y ahora ella era quien tenía que tomar la decisión. Le declaré mi amor y ya no podía ni debía hacer nada más.

Se acurrucó en la cama, me acerqué un poco y, como vi que no se echaba hacia atrás, le di un beso en la mejilla. Sin más me di la vuelta y salí de su apartamento.

Margaret

Pasaron tres días desde mi encuentro con Trent aquella noche, tres días desde que Trent me dijera que me quería, tres días y no sabía qué hacer.

—Maggie, ¿estás bien? Llevas varios días que no sales a comer con las chicas.

—Perdona, Sergio, esta lectura me tienen enfrascada y sabes que estoy deseando terminar de pasar a limpio las correcciones. Me dijiste que la reunión se pasó al lunes, ¿verdad? —Intenté sonar lo más convincente posible.

—Sí. Has dedicado demasiadas horas a este manuscrito, y tu trabajo es excelente, así que déjame invitarte a cenar este viernes y no admito un no por respuesta. —Su sonrisa era radiante.

—Bueno, si me lo pides así. —Sergio siempre había sido muy amable conmigo desde que empecé a trabajar allí y en ningún momento me hizo pensar mal de él.

—Como ya se dónde vives, te recogeré a las nueve. —Me dedicó una sonrisa burlona.

El resto de la semana pasó rápido. Conseguí terminar de pasar a limpio el borrador de las correcciones del manuscrito, preparar la entrevista con el escritor anónimo y pasear por las calles de mi ciudad buscando algo que ponerme para la cena con Sergio.

Lo que pasó con Trent me ayudó, se lo dije a él y me lo repetí a mí un millón de veces, pero a cabezota no me ganaba nadie, en eso me parecía a mi padre. Si fui de California para no estar con él, seguiría en mis treces. La vida me sonreía de nuevo y no le iba a dar la espalda a esta nueva oportunidad que se me presentaba.

Trent

Tres largos días deseando que mi teléfono sonara y en la pantalla apareciera su nombre y una foto que le hice con disimulo mientras bailaba en la discoteca aquella noche, pero no llegaba.

Conseguí retrasar la reunión durante todo el fin de semana, ella quería tiempo y yo se lo debía. Las ganas de verla otra vez eran más fuertes que yo, pero tenía que cumplir mi promesa.

Tal vez cometí una gran locura al venir a buscarla y aparecer de nuevo en su vida. Todo lo que pensaba me hacía sentir una mierda y lo peor de todo era que me pasaba todo el día sentado frente a la editorial para poder verla desde la lejanía. No podía quitarme de la cabeza las horas que la tuve entre mis brazos.

Mientras estaba sumido en mis pensamientos la vi salir. Esta vez no iba sola como días atrás, la acompañaba Sergio. Lo conocía porque era quien tenía mi manuscrito aún por terminar, mi tío consiguió que fuera quien se hiciera cargo de él y de que Margaret fuera su ayudante en prácticas.

Sabía de sobra que ella se encargaba de las correcciones y esperaba que después de que lo leyera pudiera comprender quién era yo y me ayudara a que tuviera un final feliz. Un final que compartiéramos los dos, aunque después de aquella noche y su reacción, me parecía imposible.

Estaba preciosa, como siempre. No me gustaba cómo se miraban, cómo le dedicaba aquellas sonrisas y menos aún me gustaba cómo él le retiraba el pelo de la cara, como acariciaba su rostro. Me levanté de allí y cogí el primer taxi que pasó.

Cinco días más. Sólo cinco días más para que supiera que yo era el escritor anónimo. Cinco días más para saber su respuesta.

Margaret

Era viernes y todavía no estaba segura de porqué había aceptado cenar con mi jefe. Estaba asustada, bueno, más que eso, estaba acojonada. Casi una semana antes compartí mi cama con Trent y lo cierto es que fue impresionante, pero necesitaba empezar de cero, una vida nueva y este era mi segundo intento.

Lo intenté en Los Ángeles y no había funcionado. Ahora estaba de vuelta en Sevilla, en mi tierra, tenía un trabajo en prácticas y en menos de dos semanas cumplía los veinte años. Tenía que empezar a pensar en mí, tenía que saber por qué él estaba aquí y las respuestas a mis preguntas sólo me las podía contestar mi madre. Decidí llamarla.

—¡Hola! —contestó entusiasmada al descolgar.

—Hola, mamá. Esta no es una llamada normal y creo que tú sabes por qué. —Se hizo el silencio—. Sólo dime porqué lo has hecho. Me fui de allí para evitar esto y tú me lo pones más difícil.

—Maggie, preciosa. Es un buen chico...

—No, mamá, no es así cómo se actúa—No la dejé terminar—. Al menos me podrías consultar las cosas importantes que tienen relación con mi vida. —Se escuchó un suspiro a través del teléfono.

—Cariño, los días que estuvisteis juntos fue la primera vez que te vi feliz—Sabía que yo iba a contestar a aquello—. Déjame terminar. Él vino a pedirme consejo y lo vi muy sincero, quería hablar contigo y sí, le di la información necesaria para encontrarte. Lo demás es cosa de él.

—Mira, mamá. Sé que quieres lo mejor para mí, pero ya soy mayorcita. Haz el favor de dejarme decidir por mí misma. —Colgué el teléfono y corrí a mi cama con lágrimas en los ojos.

Ese día salí antes de trabajar porque ya teníamos todo preparado para la reunión del lunes con el escritor misterioso. Su historia era triste y en sus palabras se veía que intentaba con todas sus fuerzas realizar un gran cambio en su vida. Me recordaba a mí, a mi empeño en olvidar el pasado y empezar un futuro prometedor junto a la chica de la que estaba enamorado. Al parecer ella era una estúpida y se alejó de él, pero la historia acababa ahí, no tenía un final y para eso era básicamente la reunión, para poder ponerle un desenlace. ¿Cómo podía ayudar yo en aquello si ni mi propia vida tenía un final feliz?

Así pasé dos horas, dándole vueltas a mi vida e identificándome con aquella persona que ni siquiera conocía. Maldita sea la hora en la que me escapé de mi casa, maldito sea el momento en el que me bebí aquellas copas. Era hora de coger el toro por los cuernos y empezar a vivir y esa noche pretendía que todo fuera a mejor. Iría con Sergio a cenar, era muy sexi y él me hacía ojitos, no era tan idiota como para no darme cuenta y sí, era mi jefe, pero solo era una cena. El encuentro con Trent me ayudó a avanzar en este tipo de situaciones y afrontarlo como una adulta, no como una niña que sale huyendo.

Me levanté de la cama con decisión, fui al baño, me di una ducha más que relajante y me depilé las piernas.

Me puse un precioso vestido blanco con escote en forma de corazón que me llegaba justo por encima de las rodillas y unos tacones súper altos que sabía que acabaría con ellos en las manos, pero la ocasión lo merecía. Me sequé el pelo y con unas tenacillas me lo ricé. Un poco de maquillaje, coloretes, sombra de ojos y labios de un rojo intenso. Me sentía genial, hasta yo misma me daba cuenta de que estaba bastante sexi con aquel conjunto, sólo esperaba que no fueran imaginaciones mías las miradas de Sergio porque haría un gran ridículo aquella anoche.

Cuando terminé de arreglarme eran justo las nueve, tardé más de lo que imaginaba en estar preparada. En ese mismo momento el portero de apartamento sonó.

—Hola.

—Hola, Margaret. Ya estoy aquí. —Hasta su voz era sensual.

—Vale, dame un minuto, ya bajo.

Cogí mi bolso, metí las llaves, mi cartera y el pintalabios, porque eso no puede faltar en el bolso de una chica por muy pequeño que sea.

Allí estaba Sergio, apoyado en su precioso Mercedes descapotable de color negro. Menos mal, porque si aparecía por mí en su moto no sabría cómo sentarme con este vestido.

—Vaya... Margaret, estás preciosa. —Me dio un repaso de arriba a abajo.

—Gracias, Sergio. Tú tampoco estas nada mal y recuerda lo que te dije, llámame Maggie cuando estemos fuera de la editorial.

Vestía un pantalón de lino negro que le caía en las caderas y una camisa negra con los dos primeros botones desabrochados estratégicamente. Las mangas las llevaba recogidas hasta los codos, informal pero perfecto.

Me abrió la puerta y me tendió la mano para ayudarme a sentarme en el lado del copiloto, siempre tan atento. Le di las gracias y le dediqué una sonrisa traviesa.

—Bueno, pues vayamos a cenar. Tengo reserva cerca de aquí, podíamos ir andando, pero me gustaba la idea de recogerte en coche. Así después podemos ir a donde quieras.

Fuimos a cenar a Abades Triana, un precioso restaurante junto a la orilla del Guadalquivir. La reserva era en la terraza y las vistas eran preciosas... la Torre del

Oro, el puente de Triana. ¡Dios! Era todo tan romántico que me quedé con la boca abierta.

—Un precioso restaurante para compartir con una preciosa chica—me susurró las palabras al oído mientras me retiraba la silla para que pudiera sentarme—. Espero no parecer atrevido, pero dejé el menú concertado, conozco al Chef y le pedí que nos pusiera un menú especial. Si no te parece bien, sólo tienes que decirlo.

—Es todo un detalle, pero creía que esto iba a ser algo más informal. —Me ruboricé a más no poder.

—Maggie, te considero una persona inteligente y creo que sabes que me gustas, así que dame el gusto de complacerte esta noche. Sólo dime si me sobrepaso y me retiraré como un buen caballero —Me quedé pasmada con su sinceridad—. Bueno, sé que soy mayor que tú, pero nueve años más no son tantos, ¿no?

La velada pasó de una forma súper divertida. Comimos, bebimos un vino que era exquisito y hablamos de todo un poco. De mi vida en California, de su vida en Madrid, de lo mierda que era el amor, me habló de su ex y de que había venido a Sevilla por amor o eso creía, pero que se dio cuenta de que aquello no era amor. No se arrepentía de estar en Sevilla, la consideraba su hogar y no pensaba dejarla por nada.

Terminamos la velada en Abades y nos dirigimos a la discoteca Abril en la zona de Nervión. La verdad es que nunca salí tanto como en ese último año, desde lo que me ocurrió me dedicaba a estudiar y poco más, pero aquello no estaba nada mal, me podía acostumbrar.

Trent

—Venga, no me dirás que te vas a quedar encerrado mirando tu teléfono móvil un viernes por la noche —me decía Manu mientras se encendía un cigarro—. Haz el favor de cambiarte que nos vamos, déjame ejercer como un buen anfitrión.

—No seas estúpido, no tengo ganas de ir a ningún sitio. —La verdad es que pensaba en presentarme en casa de Maggie buscando una respuesta que no llegaba porque los nervios me mataban poco a poco y mi paciencia brillaba por su ausencia.

—Pues mira, ahí te quedas. Yo sí que no voy a quedarme encerrado en esta casa como un fantasma —Me ofreció un cigarro de su pitillera—. Si cambias de idea, estas son las llaves de mi moto, sal un poco y diviértete.

Me quedé allí sentado con el pitillo en las manos, jugando con el mechero, hasta que lo encendí. Sí, lo tenía claro, si ella no me daba la respuesta, yo iría a buscarla. No podía soltarme aquella bomba de que fue violada, después dejar que le hiciera el amor, decirle te quiero y no volver a saber de ella.

¡Joder! Así es como se sentían las tías con las que yo ligaba en la universidad, utilizadas y abandonadas. Sentí lastimas por todas ellas.

Me puse lo primero que pillé. Unos vaqueros negros desgastados con las zonas de las rodillas rotas, una camiseta blanca con cuello en uve y una chaqueta de cuero que le robé a Manu de su armario.

Llegué al garaje y cogí su KTM verde. Me dirigí a Triana, a su casa y una vez que llegué tenía muy claro lo que quería hacer. Subí a su apartamento, llamé al timbre y esperé a que me abriera. Nadie, no había nadie.

¿Que pretendía yo? ¿Que ella estuviera en su casa encerrada? La verdad es que encontrármela allí hubiera significado al menos algo. Decidí esperar lo que hiciera falta, me senté en las escaleras y cogí mi móvil. No, no esperaba más su respuesta...

"Sé que no tengo derecho, pero para mí sí significó algo, al menos podrías mandarme a la mierda".

Margaret

Una vez que llegamos a la discoteca una extraña sensación me invadió. «¿Pero qué cojones estás haciendo Maggie?». No era una persona de ir a discotecas, pero era la segunda vez que salía en los meses que llevaba en Sevilla e iba a la misma.

Sin ser consciente de ello, al entrar mi mirada vagaba buscando a Trent, sacudí la cabeza intentando quitarme la idea de la mente. Bajamos las escaleras de la discoteca y Sergio y yo nos dirigimos a la barra. El local aún estaba tranquilo y pedimos de beber, necesitaba una copa.

—¿Qué te apetece tomar? —me dijo mientras me daba la mano para ayudarme a sentarme en el taburete.

—Una cerveza está bien por ahora. —Trent fue tan tierno y caballeroso... «Por favor Maggie céntrate, estás aquí con Sergio».

—Estás muy seria desde que entramos —lo dijo susurrando a mi oído mientras posaba una mano en mi rodilla desnuda—. Venga, disfrutemos de la noche.

Me retiré hacia atrás al notar su contacto. Que Trent me hiciera el amor, porque tenía claro que eso era lo que ocurrió entre nosotros, no significaba que otros me pudieran tocar.

Otra vez estaba en mi cabeza y ahora lo tenía más claro que nunca. Actué como una niña, hui de su lado cuando empezábamos una relación y él nunca se portó mal conmigo. Vino a Sevilla a buscarme y volvía a salir corriendo otra vez. No sé en qué momento me levanté del taburete, pero...

—¿Maggie? —me llamó Sergio extrañado—. ¿Pasa algo?

—Sí, Sergio, perdóname. Esto es un error. Me encantó compartir la cena contigo, pero tanto tú como yo sabemos lo que podría pasar esta noche y quiero ahorrarte el trago de una negativa. —Se quedó blanco—. Me voy a casa y, por favor, me dijiste que te portarías como un caballero, así que permíteme irme sola. Cogeré un taxi.

Y así sin dejarle decir nada salí de la discoteca, cogí el primer taxi que vi pasar y le di mi dirección.

¡Maldito Trent! Lo tenía metido bajo la piel, aunque me lo intentara negar estos días, no podía dejar de pensar en él en ningún momento, en lo tierno que fue, lo comprensivo que estuvo después de que yo le hablara de mis fantasmas, sus palabras de amor mientras me hacía sentir la mujer más afortunada del mundo.

Saqué mi móvil del bolso para ver la hora que era y vi un mensaje, era suyo. Leí sus palabras y una lagrima se deslizó por mi mejilla, no iba a mandarlo a la mierda, no sabía si eran horas para llamarlo, primero llegaría a casa, me quitaría la ropa, me prepararía una copa, tomaría el manuscrito que me traje del trabajo para dar los últimos retoques antes de la reunión del próximo lunes y le mandaría un mensaje, se lo merecía. ¡Joder! Yo también le quería desde el primer momento que lo sentí.

Llegué a la puerta de mi apartamento y no me di cuenta de que en las escaleras había alguien sentado. Intenté abrir la puerta, pero como siempre esa vieja cerradura se me resistía.

—¿Me permites ayudarte? —Esa era su voz, Trent estaba aquí. Apoyó su mano sobre la mía y me ayudó a girar la llave.

—Hola—no pude decir mucho más.

—Hola—Me dedicó una amplia sonrisa—. Estás guapísima. —Olvidé en ese momento lo que llevaba puesto, me sentía desnuda ante él. Estaba nerviosa, las rodillas me temblaban y el rubor tiñó de rojo mis mejillas.

—¿Quieres entrar? —Quería que lo hiciera, teníamos una conversación pendiente.

Sin más, abrió bien la puerta para que yo pasara y él me siguió. Nos quedamos mirándonos sin decir nada, no conseguía descifrar su mirada. Una mirada que no me decía nada y a la vez me decía mucho. Tristeza, esperanza, deseo y con este comecocos en la cabeza me acerqué a él, le cogí las manos y uní mi boca a la suya.

Él apoyó sus manos en mis caderas y me devolvió el beso con mucha pasión, como sólo él sabía.

Margaret

Hasta que no habló no me di cuenta de que mi respiración era entrecortada y que me encontraba sentada encima de él y su pecho subía y bajaba rápido debido su respiración trabajosa también. Tenía que detener aquello, necesitábamos hablar.

Me levanté y recorrí con la vista el salón. ¡Dios! Volvía a estar con él en mi casa, a solas, sin preguntar nada y devorándole la boca. No era un chico cualquiera, era Trent, él hacía que me olvidara de todo cuando estaba cerca de mí.

Sin decir nada me acerqué a la cocina, que formaba parte del salón. Mi apartamento, o más bien mi estudio, era de poco más de cincuenta metros cuadrados. Tenía un pequeño recibidor con un perchero, un paragüero y una pequeña mesa de Ikea de cristal negro con un cestito donde tiraba las llaves siempre que entraba. Lo siguiente era un pequeño salón con un sofá blanco, una mesita baja, un televisor bastante grande para las dimensiones de la habitación y una mesa de comedor, si se le podía llamar así, con dos sillas. No cabía nada más.

Si lo mirabas con detenimiento parecía sacado del catálogo de Ikea, estaba preparado para estudiantes y, aunque mi padre me dejó unos buenos ahorros, el estar sola en una ciudad hacía que me pensara bien cómo gastar mi dinero.

La cocina estaba al fondo. Las paredes y los muebles combinaban en tonos verdes y beige, había una barra americana para dar más espacio, un frigorífico, un microondas, un pequeño horno, y una vitrocerámica. Lo indispensable para esos días que me apetecía dar rienda suelta a mi imaginación repostera.

—¿Te apetece algo de beber? — Saqué dos vasos, hielo del frigorífico y una botella de vino.

—Tomaré lo mismo que tú. —Me dedicó una sonrisa de esas que te hacen que las rodillas te tiemblen y pierdas el equilibrio.

Volví a su lado y se sentó más cómodo. Apoyó la espalda en uno de los brazos del sofá y su pierna izquierda sobre este dejándome suficiente espacio para no estar pegados. Dejé las copas sobre la mesita y nos miramos.

Lo observé mientras recorría con la mirada la habitación, en la mesa del salón tenía el manuscrito que esa tarde me traje del trabajo, se quedó mirándolo y rápidamente su mirada volvió a centrarse en mí.

—Siento aparecer así como así, pero necesitaba verte. —Se le veía nervioso y no sabía si se refería a estar en mi casa o en Sevilla.

—Yo siento más tenerte que hacer esperar, pero... —Posó su dedo sobre mis labios y no me dejó continuar. Su tacto sobre mi boca me hizo volver a sentir mariposas en el estómago.

—Por favor, no digas nada. Déjame explicarte qué hago aquí o, por lo menos, déjame intentarlo. —Retiró su mano de mi boca y enlazó sus dedos con los míos dejando su mano sobre mi regazo—. Sé que no estoy actuando bien, no puedo aparecer, así como así en tu vida sin ninguna invitación, no sé ni siquiera porqué lo hice. Bueno, sí lo sé, lo hice porque te quiero—Me ruboricé al escuchar sus palabras—. Sé que no nos conocemos, pero necesito que lo hagamos. Déjame mostrarte quien soy, aunque ni yo lo sé ahora mismo porque el antiguo Trent no estaría aquí ahora. ¡Joder...! No quería decir eso. —Cada vez estaba más nervioso y yo estaba igual—. Claro que me fijaría en ti, solo tienes que mirarte, eres preciosa—Sonreí ante ese comentario—. Pero no eres el tipo de chica con el que me suelo relacionar. Tú, tú tienes algo, eres distinta, eres perfecta, no sé qué me haces, pero me gusta y no quiero que cambie.

—No tienes que darme ninguna explicación. Estás aquí, sí y, aunque yo no te invité a que vinieras, me alegro de que lo hicieras. Yo... yo tampoco sé quién soy, sólo soy mis fantasmas. —Terminé la frase bajando demasiado la voz, lo dije más para mí que para él.

—¿Puedo pedirte algo? —asentí—. Déjame pasar la noche contigo, no estoy hablando de sexo, solo quiero dormir abrazado a ti. —Esa petición me resultó de lo más extraña, pero volví a asentir.

Nos terminamos las copas solo mirándonos, con nuestras manos aún unidas, él no dejaba de trazarme círculos sobre la palma de mi mano, hasta que nos levantamos y fuimos a mi habitación. En silencio entré en el baño, me quité la ropa que llevaba, me cepillé los dientes, el pelo y me puse unas mallas y una camiseta deportiva, no era plan de ponerme mi pijama de ositos.

Cuando salí del baño él seguía de pie frente a la cama, sin saber qué hacer. Le dije que si quería podía usar el baño y entró. Me dirigí a la cama, esperé a que saliera y cuando lo hizo me quedé fascinada viendo su cuerpo. Se deshizo de los vaqueros y sólo quedó vestido con unos *boxers* negros que dejaban poco a la imaginación y la misma camiseta con la que apareció en mi puerta. Llegó a la cama y se tumbó a mi lado.

—¿No tienes calor? —me dijo mientras se acomodaba a mi lado.

—Soy algo friolera, así que no. —Aquello era extraño, pero a la vez me resultaba muy natural estar al lado de él en una cama.

—Entonces, déjame que te abrace. —Se acercó a mí haciendo que apoyara mi cabeza sobre su pecho mientras él me abrazaba.

Me dio un beso en la cabeza, empezó a realizar pequeñas espirales con sus dedos sobre mi vientre y, sin saber cómo, caí en un sueño relajante donde él era el protagonista.

Trent

No sé de dónde saqué las fuerzas para no hacerla mía en aquel sofá. Algo dentro de mí me dijo que, si quería que las cosas salieran bien, tenía que dejar que ella marcara el ritmo, así que lo único que tuve valor de pedirle era que me dejara dormir a su lado.

Llevaba dormida cerca de una hora. El despertador que había en la mesita junto a la cama me lo confirmaba y era incapaz de conciliar el sueño con ella a mi lado.

Me excitaba de solo tenerla así, con su cabeza sobre mi pecho. No quería moverme por temor a despertarla, era tan guapa, tan inocente, tan frágil... y yo solo era un cabrón, sí. En ese momento un cabrón con suerte por tenerla a mi lado, aunque ahora tenía algo en la cabeza a lo que no paraba de darme vueltas, el maldito manuscrito.

Lo vi sobre la mesa del salón. Cuando lo escribí y lo mandé para que ella lo leyera me pareció una buena idea, pero ahora me parecía la estupidez más grande del planeta. Quedaban solo dos días para que supiera que yo andaba detrás de todo aquello y se diera cuenta de lo mierda que era porque en el estaban escritas todas las gilipolleces que hice hasta el día que la conocí.

"Era una puta, como todas las niñas que me follaba desde que tenía uso de razón, no me podía permitir verla de otra manera. Ellas me veían como un reto y yo como otra más con la que pasar una noche de sexo desenfrenado. No significaba nada para mí y, aunque yo nunca repetía, había acudido a Mary por tercera vez en ese mes. Sabía que no era bueno, que se iba a hacer algún tipo de ilusión, era otra chismosa más que pertenecía a las malditas animadoras, pero... ¡Joder, la chupaba tan bien! Además, me dejaba hacerle todo lo que me daba la gana, era una zorrilla de las mejores y lo tenía claro, aquella noche iba a ser la última.

Esa noche no me apetecía despedirme, me levanté de la cama con cuidado, me vestí y salí de su habitación. Para que lo entendiera perfectamente, dejé un billete de 100 dólares sobre la mesa del salón con una nota. "Gracias por tus servicios, ya no hará falta repetirlos". Así me aseguraba, como todas las veces que realizaba ese gesto, que no alardearía con la conquista, ni perdería la oportunidad con otra de sus amigas. Ya era una costumbre hacerlo de aquella manera, aunque normalmente era un billete más pequeño, de alguna manera ella se merecía mejor recompensa por aquellos tres polvos."

Recordando uno de los pasajes que escribí en ese maldito manuscrito me quedé dormido con su precioso olor a coco y el calor de su cuerpo junto al mío.

Margaret

Me desperté sobresaltada, hacía demasiado calor, pero, aun así, era raro que yo sudara mientras dormía. Sí, estábamos a finales de Julio, aunque eso nunca había sido un impedimento para mí por mucho calor que hiciera en Sevilla. Entonces noté una presión sobre mí, una mano me sujetaba uno de mis pechos, estrujándomelo con fuerza y recordé que Trent estaba en la cama conmigo. De pronto empecé a notar como su respiración se agitaba y empezaba a moverse inquieto, tenía una pesadilla.

—Trent—le susurré mientras lo intentaba mover—. Despierta, es solo una pesadilla. —Abrió los ojos y vi terror en ellos, me recordaba a algo y no sabía a qué—. Shhh, no pasa nada, solo era un mal sueño. —Me acerqué a él por instinto y lo abracé acunándolo para que se calmara.

Sus manos me empezaron a acariciar la espalda, su cuerpo se pegaba más al mío y noté cómo su excitación aumentaba por momento. Aunque era novata en aquello, una violación y haber follado una vez, no significaba que no supiera lo que le pasaba. Tenía casi veinte años y de tonta tenía poco. Sus labios bajaron hasta la altura de los míos y, sin tener que decirnos nada, empezó a besarme.

Fue un beso dulce que poco a poco se empezó a convertir en una promesa, una promesa que me decía que, aunque sólo me hubiera pedido dormir juntos, los dos sabíamos que no se quedaría solo en eso.

—Dios, eres tan bonita, tan perfecta y yo no te quiero estropear—susurraba las palabras mientras sus besos recorrían mi cuello y empezó a morderme el lóbulo de la oreja—, pero tenerte tan cerca y no poder poseerte.

—Por favor, hazlo.

Se lo rogué y ya no hizo falta que dijera nada más. El beso se volvió más apasionado, sus manos más hábiles y exigentes, su camiseta y la mía desaparecieron sin apenas darnos cuenta. Se apoderó de uno de mis pezones, se dedicó a él en cuerpo y alma, mientras yo arqueaba mi espalda en busca de placer. La humedad empezó a empapar mi ropa interior y como si él lo notara, con su mano libre empezó a deshacerse de mis estrechos pantalones. Una vez que estos habían abandonado mi cuerpo, deslizó una mano dentro de mis braguitas y con impecable conocimiento encontró el punto de calor entre mis piernas.

Lo rozó, lo pellizó, poco a poco su boca empezó a descender, dejándome un dulce reguero de besos hasta llegar a mi ombligo. Introdujo su lengua en él para después soplar suavemente arrancándome un gemido que no reconocí como mío.

Su mano seguía haciendo maravillas con mi clítoris y con lentitud se deshizo también de mis braguitas. Me encontraba completamente desnuda, a su merced y no me importaba. Era una chica tímida, pero con él todo era completamente distinto.

Sumida en mi propio placer, no noté que se encontraba entre mis piernas hasta que su lengua se introdujo entre mis pliegues. Aquel contacto me hizo levantar las caderas, introdujo un dedo en mí, empezó a moverlo y, rápidamente, metió un segundo.

—Así, pequeña. Déjame prepararte para mí.

—Trent, yo no tengo... ahhh— grité de placer cuando me mordisqueó el clítoris.

—Espera—dijo entre jadeos—. Tengo en mis pantalones. —Se separó de mí y aunque no tardó ni un minuto en volver, durante ese tiempo me sentí completamente vacía.

Se colocó de nuevo entre mis piernas, se quitó los *bóxers* y cuando yo creía que empezaría a follar conmigo volvió a hundir su cabeza entre mis muslos.

—¡Joder! Sabes tan bien... —gemía mientras me saboreaba.

Cuando le grité que ya no podía más, subió hasta mi boca y me besó. Tenía su sabor y mi sabor, sabor a sexo que me excitó más aún. Rasgó el envoltorio del preservativo y se lo puso. Colocó la cabeza de su miembro entre mis piernas y de una sola embestida me penetró.

—Joder...—gritó.

No sé cuánto tiempo pasamos entregándonos el uno al otro. Media hora, una hora, dos,... Me daba igual, aquello fue lo más maravilloso que sentí nunca. Si el recuerdo de mi primera vez con él fue increíble, esta no tenía descripción. Se entretuvo en darme todo el placer que le pedía, me susurraba te quiero, me acariciaba y cambiaba de postura cada vez que notaba que yo podía estar algo incómoda. Sentir su peso sobre mi cuerpo era lo más placentero que nunca creí que podía experimentar y de repente lo noté, mi cuerpo empezó a convulsionar, una corriente eléctrica me recorrió de arriba abajo, me agarré a sus brazos y le clavé las uñas a la vez que el sonoro grito que llevaba un rato aguantando se escapó de mi garganta. Sólo hicieron falta un par de embestidas más para que el grito de él me acompañara a un placentero sueño.

Trent

Me desperté tranquilo, con una sensación de paz que hacía años que no sentía, tenía a Margaret a mi lado, la abrazaba desde atrás, teniendo su espalda contra mi pecho. Sí, realmente era la sensación más placentera del mundo, una chica preciosa, dulce, totalmente inocente y yo estaba locamente enamorado de ella.

Me levanté con cuidado de la cama sin querer despertarla, fui al baño y me lavé la cara. Al mirarme en el espejo vi los surcos de sus uñas en mis brazos y una sonrisa se dibujó en mi cara, aquello eran muestras del sexo que compartimos en mitad de la noche. No fue follar, aquello fue distinto, le hice el amor por segunda vez.

No me quise meter en la ducha para no despertarla, así que fui a la cocina a preparar algo de desayunar y de repente lo vi otra vez. Mi manuscrito seguía sobre la mesa del salón y parecía llamarme.

¡Joder! Era sábado, el lunes sabría que yo era el autor de aquello y cuando lo supiera entendería que todo lo que se contaba en él era mi vida, mi jodida vida.

Me acerqué a la mesa y lo cogí. De él sobresalían mil y un post-its, tenía notas en los márgenes del manuscrito y no pude evitar sentarme en el sofá con él en mi regazo y leer lo que opinaba de todo aquello. Así también me sería más fácil poder decirle todo antes de que lo descubriera por sí misma.

"Que te quites la ropa cada vez que estés con una chica no significa que desnudes tu alma, pero con ella no me hizo falta eso. Sólo su olor me pedía a gritos contarle quién era, su sonrisa, sus ojos, la pasión con lo que hacía todo se convirtió en mi universo y decidí empezar a cambiar".

Tenía esta frase marcada en el manuscrito, era una de las últimas que había en él escritas y justo al lado había anotado *"el amor puede encontrarse en una simple librería"*.

Aquello hizo que se me erizara el pelo, ¿estaba hablando de mí? ¿Amor? ¿Sentía amor por mí? Entonces escuché la cafetera y solté el manuscrito donde estaba.

Preparé dos tazas de café con unas galletas que tenía por allí. Me encantaba el orden que reinaba en aquel pequeño estudio, era tan ella.

Volví al dormitorio otra vez, estaba girada hacia el lado de la cama que antes ocupaba yo y tenía el brazo extendido sobre la cama como si intentara buscarme. Estaba preciosa, relajada, sólo vestida con la camiseta que se había vuelto a poner y las braguitas, su preciosa melena rubia ocupaba la almohada como una cascada de oro.

Saqué mi móvil y le hice una foto, si una vez que le desvelara todo quería alejarse de mí no se lo iba a impedir, pero necesitaba quedarme con esa imagen para el recuerdo.

Me acerqué a la cama y dejé la bandeja sobre la mesita de noche. Maggie se movió, levantó la cabeza, me miró y sus ojos me llamaron. Tuve que acercarme a ella y besarla. Fue un beso corto y me encantó que levantara sus brazos y me abrazara.

¡Dios, era tan perfecta! Esperaba que no se asustara cuando comprendiera que aquel tipo roto de la novela era yo.

—Buenos días, princesa. Te hice el desayuno—susurré entre sus labios.

—Buenos días, nene. —Esa palabra me recorrió todo el cuerpo con absoluto placer—. Gracias—Se sonrojó.

Le acaricié las mejillas y con el pulgar levanté su barbilla. Quería que me mirara porque tenía que empezar con aquello cuanto antes, nunca me consideré un cobarde y no me comportaría como tal en aquel momento.

—Café y galletas, no quería ser un cotilla rebuscando entre tus cajones. Desayunemos y hablemos, creo que será lo mejor.

Le alcancé su café y ella se lo tomó sin desviar su mirada de mí. Estaba preciosa esa mañana al despertar, después de una noche de absoluta pasión, con el pelo alborotado y la pintura de su maquillaje corrida por sus ojos. Estaba impresionante la mirase por donde la mirase.

—Deberíamos vestimos e ir al salón. Aunque esté loco por meterme entre tus piernas otra vez, será lo mejor. Necesito contarte algo. —Se sonrojó de nuevo, me encantaba esa inocencia que desprendía su mirada.

Margaret

Despertarme con Trent a mi lado era algo increíble. Me enamoré de él la primera vez que lo sentí entre aquellos libros y estaba allí conmigo. Recorrió miles de kilómetros para encontrarme, pero me asustaba lo que me quería contar.

Me levanté de la cama, cogí mi ropa y me fui al baño sin responderle. Me miré en el espejo, vi mis labios rojos e hinchados por la sesión de besos de aquella noche y mis mejillas sonrojadas y encendidas. Me desnudé y me metí en la ducha, el agua caliente sobre mi cuerpo me relajó. Cuando salí de la ducha me sequé, me puse unos shorts blancos con florecitas y una camiseta de tirantes finos color menta. Me dirigí al salón con el pelo recogido en un moño despeinado, él ya estaba allí esperándome sentado en el sofá sobre sus piernas con el manuscrito del autor anónimo sobre su regazo.

Me hizo una señal para que me acercara y me senté junto a él. Había preparado dos vasos de agua con hielo que estaban sobre la mesita del salón. Cuando quise hablar me lo impidió hablando primero.

—Me gustaría hablarte de esto —lo dijo señalando el manuscrito—. ¿Qué te ha parecido? —Aquella pregunta me dejó descolocada, ¿que sabía el de aquello?—. Siempre fui alguien directo—continuó— y esto me está costando más de lo que creía, pero quiero que lo sepas antes de que llegue el lunes. Este manuscrito... esto... lo escribí yo.

Me quedé paralizada, aquel manuscrito era perfecto, estaba lleno de sentimientos, lleno de pasión. Todo empezó a cuadrarme, aquel manuscrito no sólo lo había escrito él, aquel manuscrito era él. Me levanté rápidamente del sofá y empecé a dar vueltas por el salón. ¿Qué se suponía que tenía que decir yo?

—Trent, no sé qué decirte. Eso no lo has escrito tú, eres tú. —Empezaron a venirme pasajes del manuscrito a la cabeza.

"Otra noche más de vacío en mi interior. Esa noche la pasé con dos chicas de la universidad, ellas tenían ganas de fiesta y yo ganas de que alguien me la chupara". "Era un jodido desastre, no es que me gustara hacer lo que hacía, pero el sexo era eso, sexo". "Todo dejó de tener sentido cuando la vi por primera vez". "Su olor a vainilla y coco lo reconocería a miles de kilómetros". "La buscaré donde haga falta y escribiremos el final juntos"

¿Ese era él? Si esa había sido su evolución desde que perdió a su madre, había sido enorme hasta conocerme a mí. ¿Era él el tipo de persona que describió en el libro? ¿Era verdad que me quería y cambiaba por mí? Eso era mucha información en muy poco tiempo y entonces hablé.

—Por favor, vete. Necesito estar sola, pensar, hacerme a la idea. Te has tomado muchas molestias por todo y yo tengo que saber aun lo que siento. —Sabía de sobra lo que sentía, estaba enamorada, incluso sentía pasión por el escritor de aquellas palabras y eran la misma persona.

—De acuerdo. Sólo quiero que sepas que esto lo hice para que supieras quien soy, no encontré otra manera de explicártelo. Llámame si necesitas saber algo más.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, no quise apartarme, no podía, así que me giré, le rodeé el cuello y le besé en los labios. Nos separamos y salió de mi apartamento dejándome sola y vacía.

Fui al sofá, cogí el manuscrito, me metí en mi cama con él entre mis brazos y lágrimas en los ojos. Me quedé dormida pensando en él, en quién era, en quién es y quien podríamos ser.

Margaret

Estaba sola, le pedí que se fuera otra vez y no protestó, respetó de nuevo mi decisión, bueno sola lo que se dice sola no estaba, estaba con mis pensamientos y en ese momento no eran una gran compañía.

¿Cuántas cosas más descubriría en tan poco tiempo? Trent estaba en España, había recorrido miles de kilómetros para buscarme y lo tenía todo más que planeado, lo organizó todo durante los meses que estuvimos separados. Habló con mi madre, descubrió dónde trabajaba, escribió el maldito manuscrito de su vida que tenía en mi poder y a todo lo que estaba pasando lo llamaba amor.

No sabía qué pensar, en mi vida nunca tuve una relación seria con nadie, quitando la de Jordan que fue un fracaso absoluto. ¿No podía ser todo como las novelas románticas? Chica conoce a chico, chico le declara su amor y viven felices y comen perdices. Una mierda, todo aquello era mucho más complicado, el maldito Trent lo tenía todo más que calculado y en ese momento era yo quien tenía que mover ficha. ¿En qué lugar me dejaba aquello?

El lunes lo volvería a ver, teníamos una reunión con Sergio para hablar de su novela, que, siendo sincera, era una maravilla. Expresaba sus sentimientos de una manera espectacular, pero también había mucha mierda, toda su mierda, todos sus fantasmas. Era su vida al completo y lo hizo para que yo lo conociera de principio a fin y ahí era donde estaba todo el miedo que inundaba mi alma en aquel momento. ¿Estaba preparada para todo aquello? No lo sé, en su manuscrito se apreciaba que él intentaba cambiar, que lo quería con todo tu ser, que me amaba, como decía en él: *"Es la luz que ilumina el camino hacia la esperanza, es el aire que llena mis pulmones, es la paz que libera mi alma"*. Era todo tan intenso y él era tan apasionado que me daba miedo.

En ese momento sonó mi móvil y lo cogí con miedo, aunque sabía que no sería él. Me dio una tregua para hacerme a la idea de que estaba otra vez en mi vida y sólo habían pasado dos horas desde que había salido de mi casa.

Miré pantalla bloqueada y en ella vi reflejado el nombre de Sergio. Desbloqueé y leí el mensaje que me había enviado. Pobre chico, lo dejé tirado. Sé que no fue muy bonito por mi parte y menos teniendo en cuenta que terminé la noche en los brazos de Trent, le debía una disculpa.

"Maggie, no quise molestar, solo espero que estés bien. Por favor, necesito saber de ti, estoy muy preocupado"

No podía decirle lo que me pasaba, no tenía la suficiente confianza con él. Me atraía muchísimo, como para no hacerlo, estaba como un queso, pero lo había utilizado para eliminar a Trent de mi cabeza y no sirvió para nada. Busqué su nombre entre los contactos y le di a la tecla de llamar, en menos de dos tonos descolgó.

—Hola... —su voz era triste. ¿Por qué diablos le hice aquello?

—Lo... lo siento Sergio, te debo una disculpa. —No pude articular muchas más palabras, en ese momento me eché a llorar.

—Tranquila, Maggie. No llores, no sé lo que pasó y no tienes por qué contármelo si no quieres. Las disculpas te la debo yo si fui demasiado directo. —Sergio era un chico al que se le daba bastante bien la palabra e intentaba parecer fuerte, pero en su voz se le notaba roto—. No te quiero engañar, sí, me gustas, pero entiendo perfectamente que yo a ti no. Sólo quiero que esto no sea un impedimento para nuestro trabajo. Por favor, perdóname.

—No es que no me gustes, es que es todo muy complicado. —Se hizo un silencio incómodo de esos que tan poco me gusta y continué hablando—. Mi vida, por desgracia, es más complicada de lo que puedas imaginar y muy pronto entenderás un poco más de lo que pasa. Solo déjame aclararme un poco y el lunes te explicaré todo, o por lo menos creo que lo entenderás un poco mejor. —Se enteraría de todo. Trent, su manuscrito y la relación de estos conmigo.

—Vale. Sólo dime que no la cagué demasiado y que todo está bien.

—Sí, no te preocupes, todo está bien. Nos vemos el lunes.

—De acuerdo. Hasta el lunes entonces.

Colgué el teléfono y las imágenes de Trent y mía no dejaban de pasar por mi mente, tenía que desconectar. Esos eran los momentos en los que se echa de menos tener la familia cerca.

Podía llamar a mi madre, pero... ¿qué le iba a decir? Ella sabía todo lo que estaba pasando y yo no necesitaba hablar sobre ello ni pensar. Tras darle muchas vueltas a la cabeza, decidí llamar a mis compañeras de trabajo.

A pesar de que eran mayor que yo, llevaban un par de semanas insistiéndome para salir juntas algún fin de semana y si quería dejar de pensar, esa era una buena opción. No quería pasarme todo el fin semana en mi cama, oliendo el dulce aroma de mis sábanas en las que estaba impregnado el olor de Trent. Antes de coger el teléfono para hablar con las chicas, quité las sábanas, las metí en la lavadora y me volví a meter en la ducha.

Hacia tanto tiempo que no me daba una de más de quince minutos que me supo a gloria. Cuando ya estaba cómoda, con mis leggins negros y una camiseta de tirantes, creé un grupo de fiesta llamado "Necesito Fiesta", las agregué y les escribí a las tres.

"¿Admitís a una más?"

Al momento todas aparecieron en línea y empezaron a contestar.

Como era de esperar, la primera fue Merchi.

"Ya estabas tardando pequeña"

A continuación, Patri.

"¿Dónde, cómo y cuándo? yo me apunto"

Y finalmente Pepi que era la que me parecía más seria

"Me estoy colgando el bolso así que decidme a dónde voy"

Me reí a carcajadas porque esas chicas eran todo un show. Me dijeron que en el momento que me apeteciera salir estarían allí. Nunca creí que se pusieran tan contentas.

Nos pusimos a hablar y sin darme cuenta ya era la hora del almuerzo. Con el móvil en la mano que tuve que cargar de modo urgente por la actividad del grupo, me metí en la cocina y preparé un sándwich porque ni tenía mucha hambre ni tenía ganas de cocinar.

Finalmente quedamos en que pasarían por mi casa a eso de las nueve, que no me preocupara por nada porque ellas lo traerían todo. Comida, bebida y ganas de fiesta.

Después de aquella estupenda charla, me apetecía una buena siesta por la falta de sueño de la noche anterior. Había estado tan entretenida con aquellas tres que ni recordaba que había quitado las sábanas y puse unas limpias.

Me tumbé en la cama, cogí el móvil y puse la alarma a las siete. Así me daría tiempo de descansar lo suficiente, darme una ducha y arreglarme un poco porque como dijo Patri "arrasaríamos Sevilla". Recogería algo la casa, no es que estuviera mal, pero en el mes o así que llevaba allí solo Trent pasó por allí.

Reto conseguido, una siesta de un par de horas sin pensar en nada, otra ducha reparadora y me encontraba secándome el pelo. Sí, tres duchas en un día, pero me relajaban muchísimos y estaba de los nervios en los últimos tiempos.

Pasé un rato frente al armario hasta que me decidí por un precioso vestido rojo de Ralph Lauren con un escote bastante pronunciado, la falda de vuelo por encima de las rodillas y se ajustado por debajo de mi pecho con un cinturón negro. Elegí unos zapatos Jimmy Choo atados al tobillo que me regaló mi madre cuando cumplí los dieciocho, tenían un tacón de infarto, pero gracias a que ese último mes me lo había pasado subida a unos tacones, soportaría bastante bien la noche. El bolso iba a juego con los zapatos.

Para terminar de sentirme guapa, me decidí por una divina ropa interior. Un minúsculo tanga de encaje negro con un precioso sujetador sin tirantes, no es que fuera buscando algo esa noche, pero necesitaba sentirme bien conmigo misma. Mi madre era de las que siempre decían que, si una se veía guapa y cómoda, todos los males desaparecían y yo pretendía que esa noche fuera inolvidable para mí. Sabía que mis tres compañeras me ayudarían a que así fuera.

Mientras me terminaba de pasar las tenacillas por el pelo sonó el timbre de mi casa, salí a todo trapo, abrí la puerta y allí estaban las tres. Tan distintas, pero a cuál más guapa.

—¡¡La "mosqueperra" que nos faltaba!! —Merchi se abalanzó sobre mí y empezó a darme besos—. Menos mal que nos llamaste, no pretenderías dejar esta maravilla de cuerpo aquí encerrado, ¿verdad?

Saludé a las chicas y las hice pasar a mi pequeño apartamento. Como si hubieran estado allí un millón de veces, entraron a la cocina y empezaron a sacar cosas de las bolsas. Botellas de vino, cerveza, comida china, ginebra, refresco. Sí, sí, habían llevado más alcohol que comida, pero era una noche de chicas y por lo que me contaban en la oficina siempre eran así. Eso era lo que yo buscaba, desconectar y empecé a conseguirlo en el momento que les mandé el mensaje.

No es que no pensara en él, que sí que lo hacía, cuando cambié las sábanas, cuando me duché, cuando solté el manuscrito, pero el pensar que las chicas venían a casa me ayudó mucho a concentrarme en otras cosas.

—Dime dónde tienes el equipo de música. —Pepi salió de la cocina como un rayo enseñándome una caja de cd's.

—Tenemos que empezar desde ya, buena comida, buena música y mucho alcohol —gritaron las otras dos desde la cocina mientras servían cuatro copas de vino y yo le señalaba a Pepi el rincón donde estaba mi pequeño reproductor de cd's

Se las apañaron para encontrar vasos, copas, platos y todo lo que le hizo falta y antes de que me diera cuenta ya estábamos sentadas, repartidas entre el sofá y el suelo con la comida y nuestras bebidas.

—Bueno, vamos a ser sinceras, algo te pasa. —La voz de la sabiduría era Merchi—. Queremos saberlo, también entendemos que nos conocemos desde hace poco, así que esta noche nos reclamamos para fiesta y aquí están las tres "mosqueperras" para hacerte reír. Así que... ¡¡¡SALUD!!! —Todas levantamos la copa y brindamos por ello.

Me hacía mucha gracia como se llamaban a ellas mismas y lo que más me gustó es que me incluyeran en el grupo así, sin preguntar mucho más.

La noche pasaba de una manera fabulosa, empezaron a contar chismes del trabajo, explicando quién era quién, a qué se dedicaban y como algunos se dedicaban a chupar culos para estar donde estaban, aunque las palabras de Patri fueron: "cuantas pollas se habrá comido para llegar a ese puesto".

Me harté de reír, me tuve que levantar varias veces a hacer pipí y ya no sabía si era por la risa o porque llevábamos cuatro botellas de vino. La noche era increíble, si lo llego a saber antes no me habría negado tantas veces a salir con ellas en las últimas semanas.

Pepi se levantó de la mesa y se la veía algo achispada. Iba preciosa con un vestido negro por debajo de las rodillas, con una apertura lateral que dejaba poco a la imaginación y la espalda totalmente descubierta. No tenía un pecho muy grande, pero aquel escote la hacía parecer una chica de pasarela. Se dirigió a la cocina y tras ella Patri que era la bajita del grupo y la que más curvas tenía, pero la jodida se sabía sacar partido. Llevaba el pelo recogido en una cola alta, un precioso top verde que hacía que sus ojos relucieran más aún y una falda negra justo a la altura de las rodillas con unos zapatos fabulosos que le hacía ganar altura. Con esos pechos y esas curvas seguro que hacía suspirar a más de uno.

Merchi y yo nos quedamos allí sentadas fumándonos un cigarro. Yo no solía fumar, pero cuando me encontraba a gusto y con alguna copa de más, siempre me apetecía uno y esa noche estaba segura de caería más de uno. Me supo a gloria y aquella tres eran unas chimeneas.

Pepi y Patri empezaron a preparar unos gin-tonic en la cocina y desde allí empezaron a gritar que nos tomábamos aquellas copas y saldríamos a quemar Sevilla, que la noche era joven y nosotras más.

Tras un par de gin-tonics, la cosa se alargó en mi casa más de lo que esperábamos y como estábamos cerca de la calle Betis, les dije a las chicas que se quedaran esa noche allí a dormir. Todas gritaron al unísono que sí, pero quedó claro que, si alguna encontraba plan, avisaría que no pasaría la noche con las demás.

A mí me dijeron que ya que la casa era mía era la única que seguro volvería acompañada y entre risas empezamos nuestro paseo hasta la noche de Triana.

Trent

Muchos podrían pensar que fui un cobarde, pero no, lo hice porque ella me lo pidió y por ella lo haría todo. Crucé medio mundo para buscarla, terminé de darle cuerpo a la novela que empecé a escribir el día que me di cuenta de que tenía que soltar toda la mierda que había en mí y ella fue la que me ayudó a darle forma.

¿Que sería capaz de hacer por ella? Todo, incluso desaparecer si me lo pidiera y es lo que estaba haciendo en aquel momento. Me pidió espacio y yo le daría las estrellas si las quería.

Y ahí me encontraba, de camino a la que no era mi casa para llorar. Sí, para llorar, lo que llevaba años sin hacer. No me acordaba el dolor que se sentía al notar las lágrimas salir sin piedad de mis ojos, no recordaba lo doloroso que era cuando el corazón se encogía y no había manera de controlar los sollozos, no recordaba cómo era sentirse un puto crío sin nadie que te consolara.

Estaba enamorado hasta decir basta sin saber que me depararía el futuro. Sabía que ella también me amaba, lo noté cuando nuestros cuerpos se unieron, cuando su lengua se enroscaba con la mía, cuando sus tímidas manos me tiraban del pelo, al notar como convulsionaba al sentir mis embestidas, cómo se ruborizaba cuando le decía entre jadeo y jadeo lo mucho que la quería. Había sido un completo idiota, sabía qué fantasmas la atormentaban día y noche y no supe luchar contra ellos, lo jodí todo.

El recorrido a casa fue más rápido de lo que me esperaba. Subí a mi habitación y cuando abrí la puerta me encontré con Manu. Yo era alto, sí, pero el cabrón medía más de metro noventa y estaba fuerte, muy fuerte. No podía negar que tenía buen cuerpo y el pelo moreno desenfadado, los ojos verdes y su barba de tres días seguro que traía locas a las chicas de aquella ciudad.

—Joder, Trent. Dime que eso que veo en tu cara no son lágrimas. —No me lo esperaba allí y pasé las manos sobre mi cara para eliminarlas—. Vamos a tomarnos unas copas y me cuentas qué te pasa.

Pasamos a su habitación y era igual que la mía, quitando que tenía las paredes empapeladas de posters de películas y grupos de música. No sé cómo lo hacía ese tío, tal vez nos compenetráramos bastante bien desde el principio y la poca diferencia de edad ayudó, pero me solté.

Le expliqué todo lo que pasó entre Maggie y yo sin entrar en detalles con respecto al sexo, pero seguro que viendo mi cara intuyó más de lo necesario. Ya no lloraba, pero el corazón seguía sin responderme.

Tuvo un gesto que me encantó. No, no soy un moñas, pero siempre se agradece que un buen amigo, porque en eso se estaba convirtiendo Manu, te diera un abrazo tranquilizador y no las simples palmadas en la espalda.

Las horas pasaron volando. Al principio sólo hablamos de mí y de lo que sentía por Maggie, de cómo me encantaba su gesto de enrollarse un mechón de pelo en el dedo cuando estaba nerviosa, cómo se mordisqueaba las uñas cuando se quedaba pensativa, su risa, su mirada... Él supo cambiar de tema poco a poco para que yo me fuera tranquilizando, que si una chica por aquí, que si los estudios, el trabajo...

—Lo que no entiendo... Siendo un ligón como dices ser qué cojones haces un sábado en casa —le solté de repente.

—Bueno, tenía una “cita”, si es que lo podemos llamar así, pero soy de los que, si un amigo me necesita, el polvo se puede retrasar un poco. No todos pensamos con la polla. —No pude parar de reírme durante un buen rato.

Ya era la hora de comer, Manu llamó a la cocina y nos trajeron unos bocadillos que estaban de muerte. Cuando nos dimos cuenta estaba oscureciendo y tenía que ser bastante tarde, así que pasamos de las cervezas al whisky que Manu le quitó a sus padres de la bodega o a saber de dónde.

La verdad es que la tarde con él fue fantástica y sí, me ayudó a no pensar, o por lo menos eso creía yo porque cada vez que este no se daba cuenta miraba mi móvil por si Margaret me mandaba algún mensaje, si estaba en línea o cuando fue la última vez que aparecía como conectada. Si no fuera por Manu haría un buen rato que le hubiera mandado un mensaje pidiéndole perdón por no ser sincero con ella.

Nuestra primera vez ella había sido sincera conmigo y yo fui un cobarde por no haberle dicho la verdad. Lo peor estaba por llegar, en dos días tenía la maldita reunión y ella estaría allí. No sabía cómo reaccionaría al verme y necesitaba saber de ella antes de ese día o me volvería loco, pero no aquella noche. Le daría espacio por mucho que me doliera.

Margaret

La mejor decisión que tomé desde que llegué a Sevilla, fue salir con las chicas porque me estaban ayudando mucho. Acabamos en el restaurante donde estuve con Sergio y recordé que le debía una explicación, pero aquel no era el día, tenía ganas de disfrutar.

Desde que vi a Trent en aquella discoteca mi vida había dado un giro impresionante. Había tenido sexo con él en dos ocasiones, sentí por primera vez lo que era un orgasmo, vi desnudo al chico del que estaba enamorada y estaba buenísimo.

Recibí un gran bombazo con respecto a aquella novela en la que estuve trabajando las últimas semanas, era de él. Allí había puro sentimiento, pura pasión, pura sinceridad, eso es lo que pensaba las mil y una veces que la leí y ahora venía el tortazo a la realidad, aquello no era una novela de ficción.

Era su vida, su jodida vida, su infancia, el cómo tuvo que soportar a una madre alcohólica, drogadicta y puta, el cómo se enfrentó a colegios donde el maltrato de los demás compañeros estaba a la orden del día, el cómo intentó superar todo aquello cayendo en la misma mierda, fiestas, alcohol y sexo, mucho sexo que explicaba con pelos y señales, el cómo se aprovechó de todas y cada una de sus relaciones con las chicas, el cómo las trataba al final y ahí es donde me di cuenta, las trataba a todas como putas.

Ese era mi mayor miedo. Yo estaba enamorada de él desde la primera vez que me habló, desde la primera vez que vi sus ojos, desde la primera vez que sentí su olor, estaba total y completamente enamorada de él y él decía que lo estaba de mí. En ningún momento pensé que no fuera cierto, pero... ¿cómo una persona podía cambiar tanto?

Yo no era una experta en relaciones. Nunca supe lo que era tener novio porque lo que tuve con Jordan no se podía catalogar como tal. Él solo quería lo que todos los tíos, un aquí te pillo y aquí te mato que no consiguió.

Después de leer la novela de Trent, ¿qué podía esperar yo de aquello? ¿Que un día cuando me levantara viera un billete sobre mi mesita y un adiós, gracias por un polvo? No, no estaba preparada para aquello.

Esa era mi noche y la disfrutaría a lo grande. Sólo tenía que agradecerle una cosa a Trent y era que me abriera los ojos, al sexo no había que tenerle miedo. Sí, mi primera experiencia, si se le podía llamar así, fue una jodida violación, pero el mundo seguía girando. Las charlas con el psicólogo del edificio donde vivía eran de lo más fructíferas y las chicas desde que entraron en mi vida se convirtieron en la mejor terapia.

Dejé a un lado mis pensamientos y me agarré del brazo de Merchí gritando a más no poder y me la llevé al centro de la pista. Sonaba CoolKids de Echsmith y la letra me venía ni que pintada a la situación, empezamos a bailar como si no hubiera un mañana cuando Pepi y Patri llegaron con nuestros gin-tonics para no cambiar mucho y junto a nosotras empezaron a menear el culo.

El sitio estaba bastante bien y como nos arreglamos bastante se agradecía que fuera un local algo pijo, así no desentonamos con el ambiente. Entre gritos las chicas me animaban diciendo que eso era lo que tenía que hacer, salir y disfrutar.

Había un grupo de chicos al final del local junto a la barra que no dejaban de mirarnos. La verdad es que estaban bastante bien, eran guapos y elegantes. Eran demasiado jóvenes para ellas, pero para mí ya eran hombres. Con casi veinte años, todo lo que pasara de veinticinco me parecía mayor y aquellos tenían que rondar los treinta.

Daba igual la edad que tuvieran, lo cierto es que eran altos, guapos, atléticos y como si todas hubieran leído mis pensamientos, giraron la mirada hacia donde estaban ellos.

—¡Joder, chicas, cómo están! Si meneamos bien el culo, nos sacamos unas copas gratis. —Merchi, como siempre, fue la primera en hablar.

—Merchi, no seas bruta, que eso es puro machismo. —La voz de la sabiduría de Patri siempre estaba allí.

Tras un par de canciones más decidimos sentarnos en un rincón del local donde había unos sofás blancos. Situados debajo de una carpa haciendo que le dieran a aquella zona del local un rollo muy chillout. En menos de un minuto un camarero se acercó a nosotros con cuatro bebidas más. Nos miramos porque ninguna había pedido la siguiente ronda y el camarero nos sacó de dudas.

—De parte de los chicos de la barra. —Levantando nuestras copas les dimos las gracias y ellos lo tomaron como una invitación a acercarse a nuestro lado y presentarse.

Pedro fue el primero. Era alto, moreno, ojos negros y cuerpo atlético. No era feo, pero tampoco era guapo, dejémoslo en resultón.

Mario era el más bajo, rondaría el metro setenta y cinco y tenía una cara de niño que no podía con ella.

El tercero era Adrián. Pelo largo y rizado recogido en una cola, rubio, perilla y cara de malote.

Por último, Lucas. Este era el más guapo de los cuatro... A decir verdad, era guapo a más no poder. Alto como Trent, fuerte, atractivo, rubio, con unos ojos azules que quitaban el sentido, voz profunda y sensual.

No dejaba de mirarme y yo tonta de mí, recién iniciada en esto de la seducción, noté cosquillas en mi vientre, pero la imagen que se me vino a la cabeza fue la de Trent.

Su cuerpo musculado sobre mí, su perfecto pelo, ese escaso vello que le recorría el torso hasta llegar a su ombligo y se perdía por su entrepierna. El pequeño tatuaje que descubrí sobre su cadera y que ninguno nombró. Sus manos sobre mis pechos, sus labios saboreando y sin darme cuenta lo supe. Por más que saliera, por más que quisiera divertirme, por más que me engañara, sabía de sobra lo que sentía por Trent y hasta que no arreglara ese capítulo de mi vida no podría seguir hacia delante.

Era como su maldita novela, Sergio me lo dijo desde un principio, el escritor venía a Sevilla a terminarla, decía que solo aquí podía encontrar su final y al parecer yo era la única persona que podía dárselo.

Merchi, que se dio cuenta de mi reacción, nos disculpó diciendo que teníamos que ir al baño y a mí me vino de maravilla aquella excusa. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—¡Venga, pequeñaja! Ya no hay excusa, has bailado, bebido y reído, pero tu mente no está aquí, así que suelta por esa boquita. —Más directa no podía ser, un poco más y me lo dice delante de todos.

La puse al día de todo, de mi ex de California y de mi primera experiencia con el sexo. Me encantó su reacción porque asentía y, aunque yo sabía que sentía pena por mí, no lo expresó y se lo agradecí. Le conté cómo Trent y yo nos conocimos, cómo apareció en Sevilla buscándome y cómo la jodida novela que me tenía en vela era su vida.

—Pues de verdad chica, no sé por qué dudas, porque ese tío está enamorado de ti —me soltó.

—¿De verdad que has escuchado todo lo que te he contado? —le solté indignada.

—Por supuesto. Sí, fue un jodido cabrón, pero él tampoco tuvo una infancia de lo más idílica. Mira, Maggie, piensa tranquilamente. Tu vida no ha sido un camino de rosas, pero sin embargo tú luchaste por cambiarla. Una jodida experiencia negativa en tu vida, que te podía haber hundido en la miseria, la usaste para ser la chica inteligente, guapa y fuerte que eres ahora. ¿Por qué él no puede utilizarte a ti para ser mejor? Ese chico se ha enamorado de ti y tú no puedes negar que también lo estás de él. —No nos conocemos de nada, pero parece que está dentro de mi cabeza—. No digo que salgas corriendo a sus brazos y le jures amor eterno, pero sí creo que le deberías dar una oportunidad. Fui una cobarde huyendo y dejándolo tirado cuando él intentaba demostrarte que podía ser bueno para ti, así que dale una oportunidad. No, mejor dicho, dátela a ti y vive. Así que ahora, vete a casa, mándale un mensaje y solucionalo. Yo te disculpo ante las chicas. —Parecía la más loca de todas, pero cuando se ponía seria era una gran consejera—. Así me quedo yo a Lucas, que solo tenía ojitos para ti. —Ahí estaba de nuevo. Ya sabía yo que no todo el monte es orégano.

Me acompañó hasta la puerta y aunque estuviera cerca de casa llamamos a un taxi. Me obligó a mandarle un mensaje nada más llegar a casa y un “sí mamá, no te preocupes que te aviso cuando llegue” nos hizo reír a carcajadas. Siempre estaba pendiente de todos y eso era de agradecer.

Me quité la ropa, me puse el pijama, me desmaquillé y me tiré en el sofá con el disco de Maroon 5 de fondo mientras sonaba “Sugar”. Necesitaba algo alegre para hacer lo que tenía que hacer, mandarle un mensaje a Trent. Eran las tres de la madrugada, pero ahora el discurso de Merchi y el alcohol que tenía en el cuerpo me dieron valor y no podía dejar pasar la ocasión.

“Hace seis meses fui una cobarde y esta mañana volví a serlo. Tenemos que contarnos y explicarnos muchas cosas, espero que no sea demasiado tarde. Dime cuando podemos vernos... Lo siento”

Miré el móvil y de repente se encontraba en línea. Un mensaje apareció al instante en la pantalla de mi iPhone.

“Dime dónde y estaré allí cuando tú me digas Yo también lo siento, no sé cómo hacer esto, solo sé que te necesito a mi lado”

“Estoy en mi casa, no puedo dormir”

“Tardó veinte minutos. Si quieres que hablemos, eso haremos. Déjame explicártelo todo”

Y ya no contesté, me quedé relajada en el sofá, con el móvil entre mis manos y la vista en el reloj de la pantalla. En veinte minutos estaría allí y hablaríamos. Sí, teníamos que hablar, aunque solo pensar que lo tendría otra vez en mi casa, con ese cuerpo, esas manos que me hacían sentir lo que nunca imaginé...

«¡Venga, Maggie, céntrate que tenéis que aclarar muchas cosas!» Y así me quedé adormilada en el sofá.

Trent

¡Joder, me mandó un mensaje! Me quedé en estado de shock porque no podía creer que quería verme, necesitaba verme. No había pasado ni veinticuatro horas desde que me pidió tiempo y sabía que lo que tenía que decirme podía ser tanto para bien como para mal. No quise pararme a pensarlo, tenía que estar allí en veinte minutos.

Miré el reloj y eran las tres de la mañana. Manu notó mi inquieto y no dudó en levantarse y lanzarme las llaves de una moto.

—Coge mi moto, es la Honda, y llegarás en nada. —Me dedicó una sonrisa y como un resorte me levanté del sofá.

Cogí el casco que descansaba sobre la mesa que había en la pared lateral de la habitación y salí de allí balbuceando un gracias. Sólo me dio tiempo de ponerme unos vaqueros rotos, unas botas, una camiseta blanca lisa y una chaqueta de cuero, no tenía tiempo que perder.

Cuando llegué al garaje me sorprendí al ver aquella maravillosa moto, una Honda CBR 1000. ¿Veinte minutos? ¡Y una mierda! en diez estaría allí.

Le volví a mandar un mensaje a Maggie diciéndole que ya salía para su casa, se marcó como recibido, pero no leído. Me daba igual, ella me pedía que fuera y no dudé en hacer lo que me pedía.

Tarde poco menos de quince minutos en estar delante de la puerta de su edificio. Estaba como un flan y parecía un quinceañero al que la chica más popular del instituto le daba una razón para vivir. La puerta estaba abierta y de dos en dos subí los escalones hasta llegar a la suya. Había llegado el momento de la verdad, tenía que coger el toro por los cuernos como decían en Andalucía y contárselo todo. Llamé con nervios a la puerta y esperé.

Margaret

Un suave sonido me despertó de mi dulce sueño. Soñaba con Trent, con sus labios sobre mi cuerpo y otra vez el sonido me hizo volver a la realidad. Llamaban a la puerta y de repente recordé que le había mandado un mensaje para que viniera, necesitaba hablar con él.

El sueño se había apoderado de mí y ahora estaba en pijama, con el pelo hecho un asco, intentado recogerlo con una goma del pelo que estaba en la mesa. Me hice una cola y me re Coloqué la ropa. Me puse colorada al mirarme en el espejo y ver que el pijama que llevaba era el de ositos rosas. El mismo que me ponía siempre que estaba de bajón y que me había acompañado en los últimos días.

Abrí y allí estaba él, tan guapo como siempre, con esos vaqueros ajustados con un roto en las rodillas, una camiseta blanca que dejaba poco a la imaginación y un casco de moto en su brazo.

Nos miramos y vi el brillo en sus ojos. Me dedicó esa sonrisa ladeada que tango me gustaba y no pude resistirme, me lancé a su cuello y le besé. Saboreé sus labios como si no hubiera un mañana, como si fuera el último beso que compartiríamos. Sabía que después de hablar, esa era una posibilidad, que todo acabara, que yo continuara siendo una cobarde y que él no luchará más.

Él me respondió al beso, pero no de la forma apasionada que yo esperaba. Se retiró lentamente, me agarró la mano, entramos en el salón y sin decirnos nada nos sentamos en el sofá.

—Me muero por besarte princesa, pero creo que antes te debo una explicación. —Era obvio que estaba nervios y eso me puso nerviosa a mí—. Quiero que lo sepas todo y quiero que tu respuesta sea sincera. —Me levanté del sofá y él se sorprendió, le dije que iba a la cocina a servir dos copas y asintió.

Cuando regresé se quitó la chaqueta y se acomodó mejor dejando suficiente espacio a su lado. Quería que no me sintiera intimidada por su proximidad, o tal vez era él quien necesitara esa distancia.

Puse las dos copas de vino blanco sobre la mesa, cogió la suya y bebió. Un silencio incómodo inundaba la estancia, alguien tenía que empezar la conversación y fue él quien empezó dejando la copa sobre la mesa.

—No sé cómo hacer esto porque nunca me he sentido así con nadie. Me has hecho cambiar, ser mejor persona. —Le temblaba el labio al hablar—. Me alegra que decidieras mandarme el mensaje y aquí estoy. Necesitamos esta conversación, pero tienes que escucharme y dejar que te lo explique todo. Cuando termine podrás preguntarme todo lo que quieras.

Empezó a explicarme que aquel manuscrito llevaba mucho tiempo escrito, que para él fue una especie terapia, una recomendación de su tío ya que nunca hablaba con nadie de su mierda. Me dijo que aquel era el momento de terminar aquella etapa y que yo fui su inspiración.

“Sólo me hizo falta verte una vez para saber que serías mi salvavidas” dijo antes de continuar. Me lo contó todo con pelos y señales, de la misma manera en la que escribía. Cómo siempre se portó como un gilipollas que usaba su polla antes que la cabeza, que siempre le funcionaba para apaciguar su ira, hasta que me conoció.

Me habló de su infancia, de su madre, del maltrato que sufrió, de cómo durante un tiempo ocultó su depresión en el alcohol, las drogas y el sexo, todo antes de conocerme. Me contó el porqué de la pelea con Jordan, las conversaciones que tuvo con mi madre, de cómo llegó a la conclusión de que debía venir a buscarme a España, de las veces que se quedaba sentado en la cafetería observándome, de cómo por “casualidad” nos encontramos en la discoteca la primera vez.

Sin previo aviso empecé a llorar. Sentía una mezcla de lastima por lo que pasó en su vida, de miedo porque volviera a ser quien era antes de conocerme, pánico por el amor que sentía por mí, porque eso era lo que en su voz sonaba cada vez que decía que me quería, que yo era todo aquello por lo que él podría empezar a vivir...

—Maggie, cielo. No llores, por favor. Sé que estoy jodido, pero tú me completas, tú me haces diferente, tú eres la que escribes un final feliz en mi vida, déjame que ese final sea contigo.

Se me rompió el corazón, quería creerlo, yo no sabía qué era el amor, cómo podía corresponderle, mi vida siempre fue un completo desastre.

—No es...tan...fácil. —No podía articular palabra—. Yo estoy rota, primero una violación, años sin poder siquiera besar a un chico. Cuando todo empezó a ir bien falleció mi padre y nos fuimos a California. Intenté empezar otra vez con mi vida y conocí a un chico que creí que podía hacerme feliz. —Cogí fuerzas y las palabras salieron solas de mi boca—. Tú apareciste, tu simple presencia hacía que mi corazón fuera a mil, Jordan fue un gran error y después me dio miedo Trent, mucho miedo. Todo lo que toco se estropea. —Mi sollozo se hizo aún más fuerte.

Trent se acercó a mí y me abrazó. Su olor, su calor y el tacto de sus manos empezaron a calmarme, pero no podía dejar de llorar.

—Eso no es cierto, princesa. A mí no me has roto, sino todo lo contrario, juntaste todas las piezas de mi ser. Tú eres la única que sin tener que hacer nada me ayudaste a comprenderme, tú eres la pieza que faltaba en mi corazón, en mi alma. —Levanté la vista y lo vi, vi ese amor.

Era cierto, me quería, me amaba con todo su ser y lo besé. Un beso de amor, suave, sincero, el continuó abrazándome, acariciándome la espalda, dándome consuelo y así, entre lágrimas y sus caricias, me quedé dormida.

Desperté y noté su calor, su cuerpo abrazado al mío, estábamos en mi cama, en algún momento de la noche me llevó allí. Él estaba sentado con la espalda apoyada sobre el cabecero, yo estaba tapada dentro de la cama con la cabeza sobre su pecho y su mano descansaba sobre mi cabeza.

Con cuidado levanté la vista y, por primera vez desde que lo conocí, vi en su cara a un chico que había sufrido durante toda su vida, su infancia fue dura. Su

mirada me reveló que de verdad me quería, que estaba dispuesto a dejarlo todo por seguirme, por explicármelo.

En ese momento entendí que tuvo que ser muy duro contar su historia y lo había hecho por mí. Supe que lo quería con toda mi alma, sí, ya lo entendía. Dos almas rotas se pueden unir para completar una aún más fuerte.

Con cuidado me incorporé y besé sus carnosos labios, noté como me devolvía el beso y sus manos me ayudaron a incorporarme sentándome a horcajadas sobre él.

—Buenos días, princesa. —Su sonrisa iluminó la habitación—. Dime que este despertar se repetirá cada día hasta que me muera.

¡Joder! ¿Cómo un chico con esa pinta de malote podía decir aquellas palabras tan románticas?

—Te quiero, Trent. Escribamos juntos el final y el nuevo comienzo. Quiero empezar otra vez, pero contigo.

Epílogo

Han pasado cuatro años desde aquella noche en la que mis sueños se hicieron realidad, donde me di cuenta de que no todo puede ser malo en esta vida, donde entendí que con mucho o poco amor todo es posible.

Conseguí terminar mis estudios y aún trabajo en la editorial. Sergio se sorprendió mucho cuando aquel lunes me vio aparecer de la mano de Trent en la oficina, al parecer él sabía más de aquella historia de lo que me contó, pero no sabía que yo era aquel ángel que lo salvaba de la autodestrucción.

Como le prometí, le ayudé a terminar aquella novela, la que nos hacía a los dos empezar otra vez, esta vez juntos y con más fuerza. Es todo un éxito.

El final de la historia es la charla que tuvimos aquella mañana llena de sexo donde nos prometimos amor, donde nos encontramos a los dos, donde una historia con final feliz tenía cabida.

Ahora soy yo la que os cuenta la historia de quién fui, de quién soy y de quién seré. La mujer más afortunada del mundo por estar rodeada de la mejor familia que nadie pueda tener.

Manu es como un hermano para Trent. Las chicas... ¡qué decir de mis chicas! Están como locas y, a día de hoy, siguen repitiendo una y otra vez “*Tía que estas con alguien famoso*”.

Sergio se disculpó. Sé que me quiere mucho, pero tras la publicación de la novela de Trent se volvió a Madrid. Siempre dijo que no lo haría nunca, que Sevilla ahora era su hogar, pero el hecho de que lo ascendieran le hizo recapacitar y volver con su familia. No sé si es verdad o una excusa, pero me alegro por él y cada vez que hablamos me dice que ese es su nuevo comienzo. Respetaré siempre sus decisiones, aunque me duele no tenerlo hoy aquí.

—Maggie, cariño. Deja el ordenador, la peluquera está aquí. —¡Ahhh! Que no es lo dicho, hoy es el día de mi boda—. Deja de escribir esa novela ya. Sé que las musas aparecen cuando menos se lo espera una, pero Trent lleva esperando cuatro años a que te cases con él y como no nos demos prisa seguro que te viene a buscar y te lleva con ese pijama de ositos a la iglesia. —Sí, el pijama de ositos se convirtió en mi amuleto de la suerte, del amor y Trent no me deja deshacerme de él.

El día que le publicaron la novela me llevó a cenar al hotel EME con unas preciosas vistas a la Giralda y allí, clavando una rodilla en el suelo sacó una cajita del bolsillo de sus vaqueros, me volvió a declarar su amor y yo le dije que ¡Sí!

¿Cómo no iba a hacerlo si estaba enamorada de mi malote y quería pasar toda mi vida con él?

Tras tres años de preguntarme casi a diario cuando pondríamos la fecha claudiqué. Nos casamos justo cuatro años después de aquella mañana, cuando me desperté y estaba a mi lado después de nuestra conversación de revelaciones y sinceridad. Lo tengo claro, quiero que todas mis mañanas sean igual que aquella.

La peluquera ha hecho una maravilla con mi pelo. Lo llevo suelto con ondas que caen por mi espalda con una pequeña diadema de brillantes sobre mi frente y unas horquillas sujetando mechones que me dan un aspecto más informal.

El vestido es precioso, un diseño de David Delfin, con escote de corazón, un cinturón color oro justo debajo del pecho y la falda haciendo hondas doradas. Me miro al espejo y me veo como una princesa de Disney con su final feliz y es que es lo que soy, tengo mi final-principio feliz.

—Pequeña, estás preciosa. —Mi madre no deja de llorar y la maquilladora de reírle porque no ha parado de recomponer el estropicio que se hace con cada lágrima—. Me siento tan orgullosa de ti y si tu padre estuviera aquí...

—¡Mamá! —le reprendo porque no quiero echarme a llorar—. Venga, vámonos que Merchi tiene razón y mi móvil está repleto de mensajes de Trent.

Llego a la iglesia y todo está precioso. Entro y lo veo allí de pie, guapísimo, con su traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata. Desde que le publicaron la novela lo usa mucho y está tan sexy que me entran ganas de sacarlo de allí y empezar la noche de bodas antes de tiempo.

Estoy en el altar. El tío está bastante mayor y no ha podido viajar, por eso Manu es el padrino. Se acerca a Trent y le dice bajito para que solo lo escuchemos nosotros “*chico, o dices el sí quiero rápido o me la llevo*”. Nos reímos y negamos con la cabeza.

La ceremonia ha sido sencilla y corta porque no queríamos nada extravagante. Nos hemos hecho las fotos de rigor en el Alcázar de Sevilla y de allí hemos ido al salón de celebraciones. Tras cumplir con la cena y el baile, donde sonó Maroon 5 es mi elección y “Sugar” se convirtió en nuestra canción, desaparecemos para poder al fin empezar nuestra historia juntos.

—Princesa, ya no podemos huir ni ser cobardes nunca más. Ahora empezamos nuestro camino juntos. —Me besa en los labios—. Soy el hombre más feliz del mundo y ahora que te tengo no escaparás de mí nunca más.

—Y no lo haré, te lo prometo. Tú y yo siempre porque Te Quiero.

—Te Quiero, nena.

FIN

Agradecimientos:

Vaya, creo que esta es la parte más difícil de este libro. Hay tanta gente a la que le tengo que agradecer que este sueño se haga realidad que no quiero dejarme a nadie atrás. Así que no os mosqueéis si alguien no aparece, sabes que te doy las gracias por hacer mi sueño realidad.

Gracias Noni García, por las horas que has echado con este manuscrito en tus manos, por darme tu opinión y por enseñarme tanto. Por soportar mis llamadas y mensajes dando igual la hora que fuera. Sin ti esto no sería lo que es.

Gracias a China Yanly, por la paciencia que tuviste conmigo para la creación de esta maravillosa portada y por captar también lo que quería transmitir.

Gracias a Belén Parra, sin ti sí que esto no sería un sueño hecho realidad porque fuiste la primera en decirme que diera el paso. Eres un amor y sabes que te llevaré dentro de mi corazón siempre.

Gracias a mi familia, por apoyarme, por estar siempre ahí y acompañarme en todas las locuras en las que me embarco. Nada sería igual sin vosotros.

Gracias a todas esas amigas de Facebook, lectoras y escritoras que me ayudan y apoyan. Myriam Ojeda, que te quiero un montón y lo sabes. Lorena, jaish, mi margarita! Qué locuras nos quedan por vivir juntas. Clara Árboli, nuestras charlas sabes que son de las mejores, ¿verdad, pequeñaja? Loli Sánchez, sabes que nos embarcamos juntas en esta locura de autopublicar y que me tendrás ahí siempre que lo necesites. Raquel, Mandy, May, Leila, Ana Belén, Míriam, sois tantas que estoy segura de que me dejo muchas detrás, pero todas sois parte de este proyecto, porque me habéis animado siempre a seguir adelante.

A mi marido, Jesús, por aguantarme, por soportar mis horas delante del ordenador acostándome tarde, por hacerte cargo de nuestras princesas, Sofia y María Jesús, cuando las musas y los musos hacían de las suyas. Sabes que te quiero con toda mi alma y sin ti, este libro, sí que no sería una realidad.

Y por último, pero no menos importante, a ti, lect@r, gracias. Gracias por haber llegado hasta aquí y darme la oportunidad de contar mi historia.